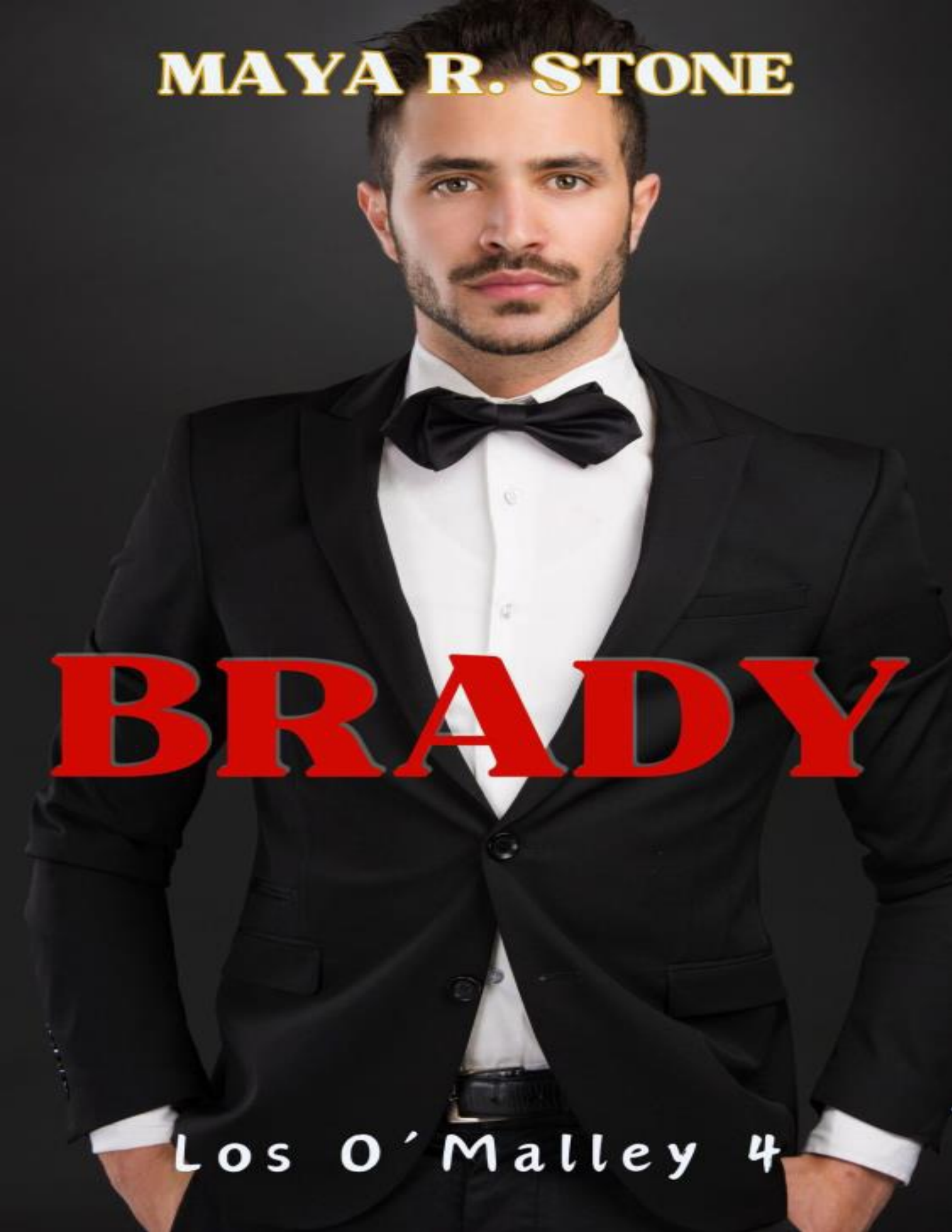


A full-body portrait of a man with dark hair and a light beard, wearing a black tuxedo jacket, a white dress shirt, and a black bow tie. He is standing with his hands in his pockets against a dark background.

MAYA R. STONE

BRADY

Los O'Malley 4

BRADY

Los O'Malley 4

MAYA R. STONE

©Todos los derechos registrados

[Introducción 1](#)

[Introducción 2](#)

[Introducción 3](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9.](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16.](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20.](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Desenlace](#)

[Novedades](#)

Introducción 1

*Fragmentos que ilustran el pasado de Brady
(De la novela Jack y Minerva)*

—¿Qué secreto tan terrible puede haber que divida a una familia? ¿Cómo un padre puede querer a sus hijos bajo tierra?—preguntó Minerva, con horror.

—Vives en un mundo muy limitado e idealizado—sentenció Declan—. Pasarte la vida entre máquinas hace eso. Te inhibe de poder entender algunas pasiones humanas.

A Minerva no la molestaba ni la hería que Declan O'Malley le hablase de esa manera, porque era evidente que lo hacía desde una postura de dolor.

—Aprecio tu pensamiento—Brady O'Malley la miró con serenidad, y ella conectó con él de inmediato. No era la sombra de su hermano mayor, como decían, sino alguien con mucho por decir, ella lo notaba—. En un mundo ideal y para gran parte de las familias de este mundo, lo que dices es cierto. Pero no en el seno de la mafia.

—En el caso de la nuestra, aún menos—gruñó Declan, cruzando sus brazos.

—Nuestra familia estuvo dividida desde el vamos. Nuestro padre...

—Donador de esperma—corrigió Declan.

—Él fomentó la competencia y el odio entre sus hijos, y no la cooperación o el cariño. Nuestros hermanastros... Nos detestan. Nos ven como los rivales a derribar para quedarse con el imperio O'Malley. No comprenden que ni Declan ni yo lo queremos. Ambos hemos pagado caro el nacer en esa jaula de oro que la sangre ha alimentado. Hemos sido infelices. Desgraciados.

—No es necesario que estos desconocidos sepan esto, Brady. Pedir ayuda no significa que queramos exponer nuestra intimidad—dijo Declan con gesto hosco—. Solo tienen que saber que nuestras vidas corren peligro.

—Siempre he sido el tendón de Aquiles de mi hermano—dijo Brady sin atender a lo que Declan pedía—. Ha debido protegerme desde pequeño. De las burlas, de la incompreensión. Del desprecio que despierta mi sensibilidad artística, mis pinturas. Nacer y vivir entre mafiosos cuando lo único que quieres como arma es un pincel...—suspiró—. Mi padre es mi principal enemigo—murmuró con amargura—. Él quiere hijos feroces. Tan depravados, codiciosos e irredentos como él. Yo amo el arte en todas sus formas.

—Y lo ejecutas de puta madre, no hay nada malo con eso—dijo Declan, y para todos fue obvio que era feroz defensor de Brady.

—Valoro la vida, y para mí el dinero es un medio, no un fin. Sí, he vivido muy bien en lo material, rodeado de lujos, y mucha gente podría decir que no tengo idea de lo que es sobrevivir. Pero...—Brady suspiró y meneó su cabeza.

—Mi hermano ha sufrido. Mucho—sentenció Declan.

—Sospechamos algo así porque Minerva accedió a sus registros médicos, y estos hablan por sí solos—indicó Matt.

—¿Nos investigan? ¿Con qué fin? ¡Somos sus clientes! Su única función es protegernos, no cuestionarnos...—dijo Declan, sus ojos abiertos con desmesura.

—No es lo que hacemos. Pero el más mínimo detalle puede ayudar o comprometer nuestra tarea. Es necesario tener cubiertos todos los frentes—señaló Matt Turner, mirándolo sin mover un músculo.

No era la cabeza de la agencia de seguridad por nada. Declan encajó la mandíbula con fastidio, pero calló. Brady suspiró.

—Nada como romper un brazo, quemar la piel o arruinar una mano para quebrar el espíritu de un pintor, ¿no es así?—rio con amargura obvia—. Mas todo eso podría haberlo soportado si no...

—Tratamos de apartarnos de las facetas más crudas de los negocios de la familia. De lo criminal, de la violencia—intervino Declan, cortando a Brady—. Nuestros hermanastros lo vieron con beneplácito, más que agradecidos de tomar las porciones de poder que no queríamos. Es por eso por lo que creamos Davagh. Esta empresa me permitió explorar otra cosa, y creí que era el camino para salir de la mierda mafiosa, tal como hicieron nuestros primos Cillian, Aidan, Brian. Nuestro padre trató de que los odiáramos, de que los viéramos como ratas traidores, pero...

—Secretamente los consideramos como un faro en la oscuridad en la que vivíamos—dijo Brady—. Hace dos meses... Hace dos meses nos enteramos de que nuestra madre fue asesinada, de que no murió como nuestro padre nos indicó, sino que por el contrario, él mismo fue el causante de su muerte.

La información dejó a todos en silencio. Minerva se llevó una mano a la boca, horrorizada. Esto era inesperado, terrible.

Las confesiones que habían escuchado eran de por sí solas desoladoras, pero esto... Parecía demasiado, de película.

¡Cuanto dolor habían atravesado estos dos millonarios que parecían tenerlo todo! Sin embargo, eran fachadas. Declan y Brady habían tenido vidas miserables dentro de mansiones.

Su crianza había sido terrible, en especial la del segundo, pero no dudaba que Declan había asumido el papel de padre más que de hermano, de protector. ¿Cómo no ser agrio, amargado? Y el mazazo de conocer una verdad tan dura, que su padre mató a su madre. Un horror.

—¿Vuestro padre sabe que ustedes...?

—Lo sabe. No pude evitar confrontarlo—dijo Declan, las manos en los bolsillos, caminando hacia la ventana, y miró afuera—. Me equivoqué. La furia me hizo actuar de manera descuidada.

—Él teme que descubramos su secreto ante nuestra familia irlandesa, la rama materna—dijo Brady—. Esto comenzaría una guerra intestina que traería muchas complicaciones.

—¿Es eso lo que quieren hacer?—preguntó Matt.

—Ni siquiera llegamos a pensarlo. El horror, el desconcierto fue tanto que lo único que hicimos fue... Arrancarnos del lado de nuestro padre fue lo primero que vino a nuestra mente—dijo Declan, dándose la vuelta para mirar a Matt, más calmo.

—Pero él se está adelantando y quiere cortarles los caminos y recursos. Por eso procura dejarlos sin dinero. Destruirlos para evitar que lo hagan caer y lo descubran—adivinó Minerva.

—Exacto—dijo Brady.

La comprensión alcanzó a todos los presentes. El padre y los medio hermanos de Declan y Brady esperaban que estos fueran consumidos por el temor y cometiesen errores.

No contaban con que sus primos hubiesen aceptado ayudarlos a pesar de haber estado alejados.

Y menos que traerían a una agencia de categoría como la de Matt Turner, con guardaespaldas altamente calificados, con capacidad logística para repeler ataques de cualquier tipo.

++++

Un francotirador contratado disparó al interior de la casa donde Brady y Declan estaban siendo custodiados.

—Si no hubieses gritado... Si no nos hubieses dicho que nos moviéramos, Brady estaría muerto—Minerva miró al guardaespaldas Jack y se estremeció—. ¿Cómo es que teníamos un asesino a doscientos metros y no nos dimos cuenta?

—Nos hacemos la misma pregunta, créeme—resopló Matt—. Fue un movimiento inesperado.

—Cuánto odia su familia a Brady. Contratar a alguien para eliminarlo...

++++

Resuelto el principal escollo.

—Declan y Brady no volverán a la mansión. Están muy preocupados por lo que se les viene, pero ambos fueron categóricos al manifestar que agradecen lo que hemos hecho y en especial la ayuda que Brian y Cillian no dudaron en suministrar, pero se retiran—dijo Matt Turner.

—¿Adónde?—dijo Minerva con alarma—. Van a seguirlos y ubicarlos si nadie les cuida las espaldas.

—Lo saben, no son tontos. Se manejaron posibilidades, escenarios, opciones. Declan fue muy claro. Está cansado de escapar y dejar que los acontecimientos lo empujen. Está decidido a ir a la guerra contra su padre y hermanastros.

—Pero...—Tragó saliva—. Es suicida—susurró.

—No tanto. No van a estar solos. Los custodiaremos mientras estén en el país y en su viaje. Volverán a Irlanda, y lo harán en un avión privado.

—A buscar el apoyo de su familia materna—dijo Minerva, entendiendo.

—Sí. Hasta hoy protegieron a su padre al no filtrar el rol que tuvo en la muerte de su madre. Ya no más.

—Va a ser un baño de sangre—se estremeció ella.

—Procurarán focalizar su blanco solo sobre su padre, y dejar a sus hermanos fuera.

—¿Será posible?

—No sé. La verdad, nadie lo sabe.

++++

La trama se desenvolvió.

—Una pena que el padre de Declan y Brady haya muerto sin enfrentar a la justicia—gruñó Hawk, y Jack asintió.

—No enfrentó la justicia legal, pero si la de la mafia. La familia de su esposa se cobró la deuda de sangre que generó. No debe haber sido nada fácil para Declan y Brady el contarles esa verdad, sabiendo que condenaban a su padre.

—Ese hombre no fue padre—resopló Hawk, y Jack asintió.

—Y hay pruebas suficientes como para que sus hermanastros estén en un hoyo por décadas. Fraude, evasión de impuestos, contrabando...

—¡Siniestros! Y eso que no se pudo encontrar más pistas sobre el tráfico de drogas, en el que estaban metidos de seguro. Esa mujer... Alona, es más cruel que el hombre, por cierto. Despiadada.

—Como sea, van a estar demasiado ocupados en juicios como para ser un peligro para Declan y Brady. Estos van a poder volver al país y retomar el control de Davagh y lo que quede de la fortuna familiar.

Introducción 2

1 año más tarde

La pluma tembló entre los dedos de Brady O'Malley antes de que tocara el papel. La suave lámpara de su estudio proyectaba sombras sobre el diario que había comprado meses atrás, a sugerencia de su terapeuta.

Diario que hasta ahora había evitado usar.

No había querido abrir esa puerta, no quería enfrentar lo que habitaba al otro lado de su conciencia. En la profundidad de su cabeza, encerrados, estaban sus terrores y decepciones.

Pero esta noche era diferente.

El silencio de la escena bostoniana era roto solo por el distante rugir de algún motor surcando la calle. A través de las ventanas la ciudad parpadeaba con luces frías, indiferente.

Brady respiró hondo, dejando que el bolígrafo rozara la primera página en blanco.

Tenía nueve años.

Las palabras surgieron con un peso que casi lo hizo detenerse. Se forzó a continuar, a recordar.

Había llovido esa tarde. Recuerdo el sonido de las gotas en el ventanuco del sótano mientras trataba de no moverme demasiado. Mi costado ardía; respirar era como tragar fuego.

Papá había decidido que necesitaba hacerme un hombre. Yo había dicho que no quería aprender a disparar.

Brady cerró los ojos un momento. La memoria llegó con brutal claridad. La figura de su padre, un hombre corpulento con una voz que retumbaba como truenos, llenaba el sótano:

<<Eres un debilucho,>> había dicho, con ironía y un rictus desagradable en su boca. <<Nada bueno saldrá de ti si sigues con tus dibujitos y tus tonterías. Eres una deshonra.>>

Luego vino el golpe. Uno, dos, tres... Contarlos no ayudaba, pero parecía lo único que podía hacer. Al final de la golpiza había quedado tendido en el suelo, sin aire. Las costillas rotas dolían menos que las palabras.

Mas lo que recordaba con mayor claridad no era el dolor. Era la oscuridad que había caído después. Y luego, el sonido de pasos ligeros bajando las escaleras. Declan.

<<Brady>> había susurrado su hermano. Su voz era un susurro, temeroso de que alguno de los lacayos de su padre pudiera oírlo.

Había sentido su mano cálida sobre su cabello enredado, un tosco gesto buscando llevar confort a su maltrecho cuerpo. Luego, algo fresco tocó sus labios agrietados. Agua. La bebió frenético.

El sabor dulce de una pasta blanda, probablemente robada de la cocina, fue lo siguiente que paladeó.

Declan, como de costumbre, se las había arreglado para ir a ayudarlo. Le mostraba su incondicional presencia. Su amor fraterno. Brady había contenido el deseo de llorar abrazado a su hermano mayor.

<<Te prometo que no voy a dejar que te haga esto otra vez>> le había dicho Declan, su voz estrangulada, su furia obvia en el sacudir de su cuerpo.

Brady dejó de escribir, sus dedos apretando el bolígrafo con tanta fuerza que casi lo quebró en dos.

Se incorporó de la silla frente al escritorio y caminó hacia la ventana. La vista de la ciudad de Boston a sus pies le devolvió una sensación de control, aunque tenue.

Las luces brillaban como estrellas artificiales, ajenas a sus tormentas internas. Apoyó la frente contra el vidrio frío, dejando que el aire llenara sus pulmones, lentamente.

Los recuerdos aún tenían filo, pero ya no le atravesaban de la misma manera. Ahora era capaz de mirarlos sin desmoronarse.

—Soy un hombre—murmuró, las palabras resonando en la habitación vacía—. Mucho más de lo que mi padre alguna vez fue. Y quiero vivir sin miedo.

Apretó la mandíbula, permitiéndose un último respiro antes de regresar al escritorio.

Tenía que hacerlo para dar vuelta la página y disfrutar del presente que su hermano y sus primos habían ayudado a forjar, a sangre, fuego, y arrancándolos del camino a la destrucción que su padre y hermanos habían decidido para ellos.

Empezaban una nueva vida, y la quería limpia, clara. Para ello tenía que drenar su mente y su corazón de la mugre de su pasado.

El diario esperó paciente, una página ya completa y muchas otras por llenar. Brady volvió a sentarse, decidido a purgar su pasado de miserias para quitarles poder.

Introducción 3

Lo sabía, no era su decisión más inteligente, pero aquí estaba.

Necesitaba descargarse, drenar tensiones, y la pintura no estaba siendo de ayuda esta tarde.

Sus demonios lo tenían atrapado, pensamientos irredentes que iban y venían. La mayor parte de los días eran mejores. Nuevos, más brillantes. El pasado odiado estaba atrás, su arte florecía, su círculo de confianza crecía.

Su nombre se hacía más y más conocido en el circuito de los respetados críticos y coleccionistas de renombre. No trabajaba por comisiones, no lo necesitaba.

El ascenso de Davagh, la empresa de su hermano... *De ambos*, le corregiría Declan. Como fuera, iba excelente, y los dividendos eran altísimos.

Vivía muy, muy bien. Sus primos no fallaban en invitarle una y otra vez a sus casas, y había ido cediendo, ansiando la tibieza de hogar que Cillian y Brian habían logrado con sus esposas. Encantadoras mujeres, prestas a integrarlo, y presentarle candidatas.

Pero no buscaba una relación estable, no sentía que pudiera sostener una. Le bastaba con follar, y para eso estaba aquí.

Ya debería haber llegado, pensó. Miró su móvil, otra vez, impaciente. No estaba taaan desesperado, y su mano podía ayudarle a aliviarse.

—Buenas noches.

La voz sedosa le hizo dar la vuelta. La mujercita adelante era bonita, pero sobre todo, sexy.

Una boca bien formada pintada sin exceso. Sensual. Curvas sinuosas apretadas por el vestido que le llegaba sobre la rodilla. Cabello largo y suelto sobre senos que el escote moderado permitía atisbar.

Era un alivio no llevarse una sorpresa. Le había pasado más de una vez usando estas aplicaciones para ligues. Los jodidos filtros disfrazaban a la gente.

—Buenas noches—respondió, y sonrió.

—Soy Emma. Y tú, Brad.

Si, no era de lo más original con sus perfiles, pero ¿qué más daba? Los tenía para follar, no para conectar. No buscaba su alma gemela.

—Así es. Un placer, Emma.

—Igualmente.

La mirada de la mujer le desnudó, y le hizo sentir más cómodo. No había dos lecturas en esto.

—¿Tu sitio o el mío?—inquirió, y ella no mostró sorpresa o molestia por su abrupta pregunta.

Algunas mujeres eran muy osadas e iban al frente en la red, pero cuando se encontraban cara a cara... Esperaban detalles, tiempo, inversión.

Brady no era un bastardo ni un gilipollas sin sentimientos. Ninguna de las mujeres con las que follaba se iba insatisfecha, y las trataba muy bien, como debía ser.

Pero no buscaba momentos. Lo suyo era simple: sexo. Dejarse ir en el punto alto del orgasmo. Drenar ansiedades y necesidad física.

—Mm, ¿el tuyo?—dijo ella, coqueta.

—Perfecto.

Le indicó el camino hacia su vehículo y le abrió la puerta. Usaba el carro más

indistinguible, cómodo y nuevo, pero que no gritaba dinero a raudales.

No quería dar malas ideas. No era inteligente promocionar que le iba bien.

—Un caballero, genial.

Ella hizo un mohín al subir, y su falda trepó por sus piernas. Firmes, torneadas. Se verían bien alrededor de su cuello. La perspectiva le hizo latir la polla con interés.

Se apuró a dar la vuelta y poner destino al hotel en el que había reservado una habitación. Uno con servicio al cuarto, por supuesto, de fácil acceso, concurrido, y donde su anonimato estuviese garantizado.

—Hablas poco, ¿no es así?—dijo ella, acomodándose el vestido, y Brady llevó su mirada al escote, breve.

Asintió.

—Tú... ¿Estamos en la misma...?

Ella le interrumpió con un movimiento de su mano, y sonrió. Sexy, sin inhibiciones. Se le hizo la boca agua.

—Por supuesto. Solo quiero follar, y tú pareces salido de mis fantasías.

—Eso es bueno. Tú eres muy hermosa, y sensual.

—Ay, gracias—abatió sus pestañas, bien delineadas, y su mirada café se deslizó por su cuerpo—. Y tengo una boca hecha por los dioses, querido. Me encanta usarla.

Joder, qué subidón. La mano femenina se movió presta y se posó en su entrepierna, y la masajeó.

Brady se acomodó en su asiento y la dejó hacer, sintiendo la presión de la lujuria en su bajo vientre y viajando por su cuerpo.

Aceleró y en pocos minutos estuvieron en su destino, y en el ascensor, besándose con pasión, él pegándola contra el metal y restregándose contra ella, que ronroneó, y le pasó la lengua por el costado del cuello.

—Voy a hacerte sentir tan bien—susurró—. Me encanta comer polla, y como te dije en el chat, disfruto que me usen. ¿Vas a hacerlo bien, papi?

Joder, era una bomba.

—Voy a cumplir algunas de tus fantasías, eso seguro.

Caminar con una erección no era sencillo, pero fueran apenas pasos hasta la habitación, y allí, no hubo prolegómenos.

—Desnúdate, y siéntate en esa silla, hermosa.

Había traído su pequeño bolso, en el que tenía todo lo que necesitaba. Se aseguró de mostrarle cada objeto, y el calor en su mirada le contó de su excitación. No había miedo en ella.

Antifaz. Esposas. Plug anal. Lubricante. Con eso bastaría.

—Abre tus piernas, Emma.

Ella obedeció, y su coño estuvo en primer plano. Brady sonrió, y se complació en desnudarse despacio bajo la atenta mirada de la hembra, que se pasó la lengua por los labios, provocadora.

—Veo que no mentiste sobre tu polla. Joder, no puedo esperar a tenerla en la garganta—murmuró.

—Eso puede arreglarse—indicó, y tomó las esposas y se dirigió a ella, que levantó sus manos, haciendo un puchero.

—Ay, papi, castígame, he sido mala.

Sonrió, y el clic de las esposas llenó la habitación.

Se inclinó y la besó, breve y sin mayor contacto. Luego, tomó sus piernas y las elevó, y

comenzó a jugar.

Sus dedos masturbaron el canal húmedo y depilado y se concentró en el clítoris y en su ano, que trabajó con ahínco. El lubricante hacía maravillas, y pronto el tapón estaba en su sitio.

Ella estaba excitada y se arqueaba, sus senos en exposición, y los disfrutó sin prisa, mordisqueando y succionando, provocando algo de dolor, pero estaba todo hablado con anticipación.

Solía elegir a la mujer que quería debido a sus gustos expresos en las plataformas de sexo, y había un largo interrogatorio previo para llegar a acuerdos.

Con Emma, había sido sencillo. Le gustaba duro, con algo de tensión y dolor leve, que la usaran, y algo de degradación oral la ponía.

—¿Estás bien?—inquirió, antes de seguir, y ella asintió.

—Eres una puta, ¿eh? Te gusta follar con todos. A que miras a tu jefe, a tus compañeros, a los esposos de tus amigas y te ofreces en bandeja. Y te dejas penetrar por todos tus agujeros. Seguro que te gusta hacerlo y que te miren.

—Sí, sí—dijo ella—. No puedo evitarlo.

Era una fantasía, probablemente, pero estaba bien vivirla. Brady podía jugar con eso.

Su mano abofeteó los senos, una y otra vez, dejándoles rojos, y luego colocó su polla entre ambos, moviéndose arriba y abajo, y rozando los labios en el proceso.

—Abre esa boca, succiona mi glánde.

Así lo hizo, y en su ansiedad por más, se movió adelante. Él rio.

—Tan codiciosa. Esto quieres, ¿eh? Pues aquí lo tienes.

Su pene ingresó de una estocada en la boca, que se abrió, y Emma se atoró, pero se recuperó con velocidad y lo mamó con dedicación.

Brady disfrutó, echando su cabeza atrás, y luego de unos minutos, comenzó a follarle la boca. Rio ante la desesperación de la mujer con sus manos esposadas, que quería masturbarse.

Cuando estaba por correrse, porque así de buena era ella, se retiró, y fue por el antifaz. Lo colocó en sus ojos, y la guio hacia la ventana.

—Abre tus piernas, manos en el vidrio. Voy a follarte para que todo Boston te vea.

—Oh, Dios...

Sí, el voyerismo también era un tic en la lista de Emma.

Mientras se colocaba el condón, hizo caer el sistema de cortinados externos que bloqueaba la luz y que mantenía la habitación privada.

Una cosa era actuar en la fantasía, otra exponerse, o a este mujer.

Entonces, se colocó atrás, y sus brazos la rodearon y pincharon sus pezones, excitándola, mientras su polla abría sus glúteos y se mecía entre ellos. Quería correrse, pero necesitaba más.

—Te están mirando desde el edificio del frente. Joder, hay tres hombres, y te miran con hambre. Seguro que están tocándose las pollas, deseando tenerte para follarte por todos lados. Sería ideal: uno en tu boca, otro en tu coño, y el tercero en tu culo.

Ella gimió largo, y los dedos de Brady tocaron su excitación húmeda, que esparció por toda la raja.

—Sí, y de seguro llamarían algunos amigos. Eso hacen cuando tienen una mujer como tú, la disfrutan todos, se turnan.

Su mano fue al tapón que tenía un control remoto. Era bueno usando varios instrumentos a la vez, como un prestidigitador.

—¿Estás lista? Soy solo yo, pero tengo recursos—dijo, y su polla se colocó sobre su

entrada trasera y comenzó a pujar con cuidado, dejándose envolver por el apretado agujero.

—Me dijiste que te gusta reservar esta entrada para tus amantes, ¿no es así, Emma?

Ella jadeó, y asintió.

—Tu esposo no tiene acceso. Eso es muy travieso, Emma. Te lo reservas para que desconocidos te lo llenen de esperma. .

Se inclinó un poco más, empujando, a la vez que le daba el tapón.

—Coloca esto en tu coño.

Ella lo hizo, y jadeó. Brady cerró los ojos, porque el movimiento volvió su entrada trasera más estrecha y apretada. Placer en su polla constreñida.

Pujó adelante y atrás, y ella gimió largo.

—Listo—susurró, enderezándose levemente.

Él sonrió, y la diversión comenzó.

Con un toque al control, el tapón se encendió en su coño, y ella pareció electrizada. Brady empujó más, y cuando estuvo con sus caderas contra sus glúteos, esperó.

Dos de sus dedos fueron a la boca, y se metieron adentro de esta, pujando. Ella, estremecida por sus tres entradas, se movía con brío, sacudida, y Brady comenzó a follarla con fuerza.

Lo que siguió, fue éxtasis. Gemidos fuertes. Emma era vocal, mucho.

—¡Eso, dame fuerte! Joder, así, así... Duro...

Sus manos apretaron sus senos, y sus caderas adquirieron velocidad, su cuerpo gritando por correrse.

Ella se sacudió primero, lanzando palabrotas e instándolo a correrse juntos, y Brady se dejó ir.

En el proceso, largo, satisfactorio, cortó una racha de semanas de sexo escaso y de poca calidad.

Gruñó, dando estocadas finales, llenando el condón con su descarga.

El alivio y el cansancio siguieron. Ayudó a Emma, limpiándola, quitándole los objetos, asegurándose de que estuviese hidratada y que hubiese pasado bien.

Le untó ungüento en las muñecas, con delicadeza, y la observó vestirse, sin prisa.

—No tengo esposo, en realidad—murmuró ella—. No lo haría si...

Brady le sonrió, y asintió.

—Está bien, Emma, no tienes que decirme nada.

La acompañó a la salida luego de llamarle un auto.

—Gracias, Brad, fue espectacular. Espero verte alguna otra vez.

Él sonrió, sin comprometerse. No iba a pasar. Esto era relajación para él. Ahora, saciado, podría pintar.

Su cerebro comenzaba a apagarse, deseando el descanso, pero mañana... La musa tal vez lo favorecería.

Capítulo 1

Brady contemplaba la sala, sintiéndose un poco fuera de lugar. Las paredes blancas de la galería de arte brillaban bajo luces colocadas con cuidado para destacar las obras en exposición.

Eran el trabajo de un artista emergente que, según había leído, había captado la atención de los coleccionistas más exigentes. Algunos de ellos pululaban por el lugar, de hecho.

Se abocó a observar las piezas. Detenido frente a una de las pinturas, la valoró con calma. Una combinación de colores vibrantes, rojos intensos y azules profundos, parecían simular un amanecer en un paisaje abstracto.

Las formas onduladas sugerían movimiento, pero la ejecución se sentía calculada.

Interesante, pero demasiado... Seguro, pensó Brady, inclinando la cabeza. Valoraba la técnica, pero algo en la obra carecía del riesgo que él buscaba y admiraba.

Desde que había podido sacudirse el peso de las expectativas y amenazas familiares, había jurado no comprometer su creatividad y no aceptar nada menos que lo sublime de la libre expresión.

Así vivía su arte, y el sexo.

—¡Brady O'Malley! Qué agradable sorpresa verte aquí—exclamó una voz masculina elevada.

Brady giró y se encontró con Josh Mac Donald, un marchand conocido en el circuito artístico.

No había hecho negocios con él, aunque no por falta de interés del hombre. Josh era insistente.

Ahora, sonreía ampliamente, al parecer entusiasta de verlo aquí.

Su expresión no fallaba en despertar recelo en Brady. Su exagerada cortesía, la amabilidad untuosa, la excitación forzada...

Tal vez leía demasiado en él. Era factible. Su desconfianza natural era molesta, le hacía diseccionar las intenciones de cada persona que se le acercaba.

Se forzó a ser civilizado.

—Josh—respondió, estrechándole la mano con cortesía—. ¿Eres quien ha organizado esta muestra? No tenía idea de que estabas enfocando tu interés en los nuevos artistas.

Josh asintió, sin perder su extensa sonrisa.

—Oh, siempre estoy donde el buen arte se encuentra, y este evento es especial. Esta galería es mía, por cierto—guiñó su ojo, el orgullo obvio.

—Oh, felicidades, no tenía idea.

De ser así, no hubiese venido. El marchand era intenso, demasiado para su gusto.

—Mi muchacho es un gran pintor, hay mucho interés en sus obras. Aunque debo admitir...—bajó la voz—. Tu presencia aquí es alentadora, y no la voy a desaprovechar. ¿Cuándo vas a acceder a que organice un evento para ti? Tus obras son tan codiciadas, Brady. Estoy seguro de que podríamos lograr algo único. Tu genialidad y mi talento comercial serían explosivas.

Brady sonrió con diplomacia. *Ni en sueños*, pensó.

Detestaba la abierta codicia con la que el marchand operaba. El arte era para ser vivido, apreciado, juzgado por ojos gentiles.

Josh vendía obras como inversiones para magnates ignorantes de las sutilezas de un pincel, o de los significados. .

—Gracias, Josh, pero prefiero dejar que mi trabajo encuentre su camino de forma

natural.

Josh asintió, aunque Brady notó un destello de desilusión en sus ojos.

—Valoro tu autenticidad, no lo dudes. Seguiré insistiendo, empero—guiñó su ojo con aparatosidad—. Oh, ahí estás—Su sonrisa se desdibujó un momento, y Brady creyó ver fastidio en él, aunque se rehízo con velocidad—. Brady, quiero presentarte a alguien especial.

La mujer que se acercó a ellos era... *Sublime*, susurró su mente.

Brady parpadeó, maravillado, y sintió que el ambiente cambiaba. Ella caminaba con una elegancia discreta, sin intentar llamar la atención, pero su presencia era magnética.

Tenía la piel pálida y suave como el mármol antiguo. Sus ojos eran del color del cielo, pero no celestes era un azul... Tenía matices. Tendría que mezclar pinturas para lograr el tono exacto.

Su cabello castaño con destellos dorados caía sobre sus hombros con ondas, y su vestimenta le sentaba, pero era de una sencillez que contradecía la sofisticación del lugar.

—Brady, te presento a mi novia, Marcia Donahue. Querida, este es Brady O'Malley—dijo Josh, con un tono que a Brady le pareció condescendiente.

Le molestó eso, que además rompió el hechizo en que Brady se había sumido al verla.

La sonrisa femenina se hizo amplia y los ojos brillaron. Sí, pensó, como en un trance. La noche se había vuelto mucho más interesante y radiante.

—Señor O'Malley, es un placer conocerlo—dijo Marcia, extendiendo la mano—. Soy una admiradora ferviente—agregó, y no hubo un ápice de deshonestidad en la afirmación, Brady estuvo seguro de eso.

Apretó su mano y tal vez demoró un segundo más de lo necesario en devolverla. La piel era cremosa y suave. Y esos ojos increíbles...

Brady no podía dejar de mirarla, aunque años de entrenamiento en no mostrar sus emociones le ayudaron a recomponerse.

—El placer es mío, señorita Donahue—respondió.

Ella era lo que todo artista buscaba. Una musa. La idea inesperada se instaló en su mente, y no dudó que una obsesión comenzaba a nacer en su cabeza.

—Marcia es curadora en el Museo de Bellas Artes de Boston—anunció Josh, con seriedad—. Dicen que tiene un ojo impresionante para reconocer una pieza de arte.

Brady parpadeó. Algo en la forma en la que el marchand lo dijo le hizo pensar que el hombre no creía lo que decía.

Tenía que ser un error. Mac Donald podía ser un negociante antes que una persona que valorara el arte por sí mismo, pero no podía ser tonto.

Marcia Donahue tenía que ser muy buena en su tarea para tener un puesto tan importante en el museo.

—Debe ser un trabajo fascinante. Y desafiante, también—dijo.

Marcia asintió, dirigiendo su atención a una pintura cercana. Un leve rubor se extendió en su rostro. *No está acostumbrada a ser halagada*. Tímida. Un rasgo que la ponía a ciento ochenta grados de su novio.

—Lo es, pero también muy gratificante. Descubrir piezas que conectan con las personas es la parte que más disfruto.

—Mmm, sí, sí—interrumpió Josh—. Lamentablemente, no es algo que pague bien—agregó, y la observación innecesaria hizo parpadear a Marcia y molestó a Brady—. Para eso estoy yo. Bueno, los dejo para que conversen. Estoy observando que mi artista está siendo asediado—dijo, y se apuró a desaparecer entre la multitud.

Marcia se volvió hacia Brady con una sonrisa tan bonita que podía desarmar un ejército. Ah, el poder de la belleza no dejaba de sorprender a Brady.

Y la de esta mujer era una particular, y no atada a los cánones actuales, consideró. Su mirada experta valoró los rasgos de la faz femenina. Luego, bajó por la curva de su cuello hacia los hombros que el vestido negro de coctel dejaba libres.

—Me temo que Josh espera que intente convencerlo de exponer con él—dijo ella, e hizo un mohín de disculpa.

Brady sonrió, relajándose. La noche se había elevado, y disfrutaría de esta mientras pudiese.

—Sería un esfuerzo noble de su parte para ayudarlo, pero poco fructífero. No me gusta mostrar mis obras así—hizo un gesto con su barbilla para indicar su desaprobación.

Ella asintió.

—Sí, me lo imagino. No es la manera en que lo haría yo, pero...—Se encogió de hombros—. Josh tiene ideas particulares sobre lo que atrae y vende, y...

—Ese es su trabajo, y parece bueno en él.

—Lo es, sí. ¿Qué le parece si miramos y evaluamos?

—A mi juego me llamas, Marcia. ¿Puedo tutearte?

Ella asintió.

—Haré lo mismo.

Brady tomó dos flautas de champagne y le cedió una, y ella agradeció.

—¿Qué opinas de esta pintura?—inquirió, señalando la que había estado observando.

Por un instante Brady solo pudo respirar y absorber la fragancia que despedía. Era dulce, intenso, sin ser opresivo. Nardo, vainilla y...

No sabía qué más, pero la mezcla era jodidamente embriagadora. Intentó sacudirse la sensación, y con dificultad lo logró. Carraspeó, y se enfocó en la pieza delante suyo.

—Me parece demasiado calculada. Buen trabajo con los colores, sí, pero es... Como si tratara de agradar a todo el mundo—dijo, y por un instante temió haber sido abrasivo y petulante.

Ella asintió con su cabeza, empero.

—Coincido. De hecho, creo que cada pieza colgada tiene ese rasgo, y es lo que la hará venderse rápido. Va con las tendencias, perfecta para un cuarto de estar ostentoso—indicó Marcia en voz baja—. Le falta originalidad. Pero no se lo digas a Josh—indicó, mordiendo su labio inferior, como si se considerase en falta o traicionando a su novio por tener buen gusto.

Bien por ella, pensó. Y su interés creció más, si eso era posible.

Brady sonrió de verdad, sintiéndose cómodo. Hablaron durante un buen rato, discutiendo sobre arte con una honestidad refrescante.

Finalmente, Marcia sacó una tarjeta de su bolso y se la extendió.

—Si alguna vez visitas el museo, déjame saberlo. Me encantaría mostrarte algunas piezas que no están en exhibición.

Brady aceptó la tarjeta, sintiendo el roce breve de sus dedos.

—Gracias, lo haré. Sería un placer contar con tu guía—En un gesto espontáneo, y urgido por no perderla del todo, sacó su móvil y se lo extendió—. Si no te molesta, me gustaría tener tu contacto. No es habitual que pueda hablar con alguien tan interesante como tú.

Ella se sonrojó, pero sonrió, y agendó su número. Brady tomó el teléfono y de inmediato le envió un mensaje.

—Agéndame. Eso sí, no le pases el contacto a Josh—dijo, e hizo gesto de plegaria, lo que le ganó una risita que se acompañó de un sonido extraño.

Esto atrajo algunas miradas. No le importó para nada, porque cada detalle de ella, incluso raro, se le estaba metiendo en la piel.

Marcia, sin embargo, se sonrojó y parpadeó, de pronto más seria. Estaba demasiado consciente de su entorno, a la defensiva. Innecesario. Esta bella mujer podría mandar a todos a tomar por culo, pero no tenía idea de que era perfecta.

Cuando ella se alejó para buscar a Josh, Brady se quedó mirando la tarjeta por un momento. Por primera vez en mucho tiempo sentía curiosidad por alguien fuera de su mundo de lienzos y colores.

Capítulo 2

Mientras se alejaba, Marcia no pudo evitar mirar hacia atrás, encontrándose con la figura de Brady O'Malley.

Era alto, tal vez más del metro ochenta, con cabello negro que caía sobre su frente en desorden. Sus rasgos eran marcados y atractivos.

Nariz roma, labios bien delineados y gruesos, ojos intensos. Cuerpo delgado pero con músculos. Desprendía magnetismo, a pesar de su presencia tranquila.

Había un aura regia alrededor suyo. Hablar con él había sido un soplo de aire fresco. *Nada que ver con los artistas que promueve Josh.*

En general, estos eran jóvenes o adultos desesperados por hacerse de un nombre y una cuenta bancaria abultada.

Brady O'Malley no lo necesitaba. Era millonario por nacimiento, eso tenía entendido. Eso importaba poco para Marcia. Lo que destacaba en él era su cultura, amabilidad, y sinceridad.

Brady le había causado una impresión que no esperaba. Ajustó la correa de su bolso, sonriendo. Definitivamente esperaba volver a verlo. Era más que agradable hablar con alguien afín que tenía tanto interesante por decir.

Suspiró cuando divisó a Josh. Se movía con actividad frenética entre los ricachones que pululaban por la galería, bebiendo, sonriendo, palmeando espaldas, haciendo comentarios sobre las pinturas.

Se instó a esperar, y deambuló por el lugar, acercándose a su novio cuando este la llamaba y la presentaba con pompa. No porque estuviese orgullosa de ella y su labor, sino porque agregaba a su estatus.

No pienses así, no lo hagas. Dale más crédito, Marcia, no manches lo bueno que tienes siendo exigente.

Cuando el evento por fin terminó, Marcia suspiró con alivio. Sentía todo el cansancio de la jornada sobre sus hombros y espalda.

Había venido directo del museo para la galería, a instancias de Josh, y había sido su recadera, camarera, y lo que fuese necesario para que la exposición fuese lo que su novio pretendía.

Era una noche especial para él, y quería ayudar, mostrar su compromiso con sus proyectos. *Ojalá fuese un camino de ida y vuelta.*

Otra vez esa voz mental miserable boicoteando su realidad. Era frustrante. *Cállate.*

Abrió la portezuela del vehículo y la estaba cerrando cuando Josh aceleró y maniobró, antes de que pudiera abrocharse el cinturón.

Las ruedas del Maserati chirriaron al tomar la calle, y Marcia se apuró a asegurarse, mientras el ominoso silencio se abatía en el interior del vehículo.

Con los ojos fijos en la carretera y las manos apretando el volante, su novio parecía inmerso en uno de sus estados de ánimo tormentosos. La experiencia le decía a Marcia que convenía callar.

Esto la inquietaba, aunque no porque temiera una explosión de ira, sino porque la tensión contenida era peor.

Esta eventualmente se manifestaría en palabras que la herirían, disfrazadas de comentarios casuales o reproches pasivo—agresivos.

Que no se equivocaba se demostró pronto.

—Bueno—dijo él, su tono cargado de sarcasmo—. Eso fue un éxito rotundo. Algunas

ventas, pero no las que esperaba. Ese pintor idiota, dejando saber lo que le inspiró, llevó a todos al tedio profundo.

Silencio, y espera.

—Creo que el único que salió ganando fue O'Malley, con todas esas miradas puestas en él. Vi al menos a tres millonarios rogando por una de sus pinturas. El pretencioso se cree mucho.

Marcia entrelazó las manos sobre su regazo, mirando la luz roja que iluminaba el interior del coche. Carraspeó, y aventuró su opinión, que buscaba distender.

—Fue una buena exposición. La gente estaba interesada, pero sabes que hay clientes que se toman unos días para considerar. Van a volver y...

Josh resopló y la miró con desdén.

Eso no fallaba en hacer que el ánimo de Marcia colapsara.

No había modo de justificar esas miradas. Los negocios iban bien, no tenía urgencias económicas. Al contrario.

El pent-house, los tres autos lujosos, su chateau en Francia, la mansión en los Hamptons, todo hablaba de riqueza rápida.

—Eso crees, ¿eh? ¡Eres tan tonta!—sacudió la cabeza—. Te vi hablando con ese idiota O'Malley.

¿Eran celos los que le habían puesto así? No tenían asidero, ella nunca...

—Parecías arrobada, mirándolo como si él fuera una especie de genio. Uno que no necesita el mercado, o lientes. Cagándose en nosotros, mortales míseros que vendemos y compramos el arte—escupió Josh, apretando el volante.

Debería sentirse tocada, o halagada, a pesar de lo infundado, pero la ilusión no le duró.

—Me miró como si tuviese la peste cuando le propuse exponer. Y tú estabas allí, Marcia. Podrías haberme ayudado a convencerlo.

Se trataba de él, de Josh. De cómo lo hizo sentir, de que no le ayudaba. Era... egoísta. *¿Y te llama la atención? Pff*, agregó su mente.

—Lo hice, le pregunté—se defendió ella, frustrada—. No le interesa. No creo que mi opinión fuese a influir y ...

Josh soltó una carcajada amarga.

—Ni siquiera lo intentaste. Te limitaste a mirarlo con esa patética cara de gilipollas. Siempre es lo mismo contigo, Marcia. ¿Cómo se supone que podamos avanzar como pareja si no me apoyas en lo importante?

Ella cerró los ojos un momento, intentando contener la ola de frustración que amenazaba con desbordarse.

—No estás siendo justo, Josh—Marcia cruzó los brazos, tan tensa como agotada. Esto era cansino—. Tú haces contactos importantes todo el tiempo sin mi ayuda. No me necesitas.

Josh soltó una risa breve y sin humor, sacudiendo la cabeza.

—No hablo solo de hablar con la gente. Claro que lo hago bien—Su voz tenía un filo peculiar. La miró, sus ojos fríos, una comisura elevada—. Si no puedes ver que mi trabajo es mi vida, y que debes integrarte a ella...—sacudió su cabeza.

El aire entre ellos se cargó de algo más pesado que el desacuerdo. Él respiró hondo, como si contuviera algo a punto de desbordarse.

—Pero parece que estás demasiado ocupada en ese empleo de mierda entre cosas muertas. Como si...

Se detuvo. El resto de la frase flotó entre ellos, no dicha pero cortante, como un vidrio a punto de romperse.

Ella no bajó la mirada esta vez. La rebelaba que él le enrostrara una y otra vez que consideraba que su trabajo era ridículo, sin sentido, mal pago.

—Adelante, termina la frase, sé que te hará sentir mejor—le dijo, su voz filtrando la frustración y tristeza que él le hacía sentir a veces.

—Como si importase algo que ese lugar colapsara. Y tu tarea podría hacerla cualquiera, querida. No eres especial.

Ahí estaba, la insidiosa puñalada a su ego. Nada le importaba que ella adorase su labor, o que esta la llenara de pasión.

Él no podía entenderlo, había tratado de explicarle, en vano.

—Sé que no lo soy, pero intento...

Josh suspiró, apretando el puente de su nariz.

—Olvídalo. Solo digo que no es mucho pedir, ¿verdad? Que hagas algo por el bien de los dos.

¿Qué mierda quieres de mí?, quiso gritarle. *¿No basta mi tiempo, mi cansancio, mi presencia?*

Volvió la vista al parabrisas, observando cómo la lluvia comenzaba a golpear los cristales. Inspiró muy hondo, y contuvo el aire, y luego exhaló, en silencio.

No tenía sentido hablar más. No cuando él estaba en este estado.

Mientras Josh continuaba despotricando sobre las oportunidades perdidas, Marcia se perdió en su mente.

A ella volvió la conversación con Brady O'Malley. La pasión genuina por el arte había impregnado sus palabras. La había impresionado.

Incluso al criticar una pintura, su opinión había sido cuidadosa pero firme, sin caer en pedantería.

Por un momento, se preguntó qué se sentiría estar con alguien así. Alguien que pudiera compartir sus intereses, que no viera el mundo como un lugar para obtener ganancias.

Alguien que no la hiciera sentir pequeña cada vez que las cosas no salían como esperaba.

Su mano rebuscó en su bolsa para tomar su móvil, y abrió su agenda del día siguiente. Sus dedos, empero, fueron a la notificación de mensaje recibido.

Hola, soy Brady, me encantó charlar contigo. No es fácil encontrar a alguien que entienda el arte como lo hago yo.

Se aturdió, como si la mera lectura de un mensaje tan inocuo fuese una traición al que manejaba como poseído por Boston y ahora hablaba en altavoz con el artista al que acababa de denostar hacía minutos.

Su tono era mesurado, jocoso incluso. Era raro ver cómo podía cambiar de un momento a otro.

Cuando llegaron a casa, Josh abrió una botella de vino y se sirvió una copa llena, sin molestarse en ofrecerle.

No era que Marcia quisiera. La bebida se le daba terrible, pero el detalle... Hubiese sido bonito.

Le observó beber mientras se quitaba la chaqueta y deshacía el moño de la corbata. Era como si la fachada perfecta que mostraba al mundo se desmoronara en cuanto cruzaba la puerta.

—Algún día entenderás lo difícil que es mantener todo esto a flote—le dijo Josh, con una voz que comenzaba a arrastrarse por el alcohol. Esta copa no era la primera que tomaba, por cierto—. No es tan fácil como estar en un museo jugando a encontrar el arte perfecto.

Marcia se apoyó en el marco de la puerta, otra vez llenándose de pena y frustración.

Había un tiempo en que Marcia había creído que Josh era el indicado. Que con él podría construir una vida, formar una familia, ser feliz.

Recordaba las noches en las que le había tomado la mano con ternura, las promesas susurradas al oído, la risa compartida en la intimidad de su mundo.

Pero cada día que pasaba, esa esperanza se desmoronaba un poco más, como arena deslizándose entre sus dedos.

Sus palabras, antes apasionadas, ahora cortaban como una brisa helada en la piel. Su incapacidad para mostrar calidez la dejaba con un vacío en el pecho, un nudo que no se deshacía.

Y esa mirada... la forma en que la observaba con una decepción silenciosa, como si ella estuviera fallándole en algo que nunca terminaba de comprender.

Se abrazó a sí misma, frotando sus propios brazos como si pudiera sacudirse el peso de su frustración.

Tal vez lo que más dolía no era su indiferencia, sino la sospecha creciente de que él no era el indicado. Más bien, era una ilusión que se disipaba, dejando tras de sí nada más que la sombra de lo que pudo haber sido.

Se preguntó por qué lo toleraba. Por qué seguía aquí, encadenada a una relación que le pesaba como un abrigo empapado en invierno, sofocante y frío al mismo tiempo.

¿Cuándo había comenzado a confundir resignación con amor?

La respuesta se escabullía entre los pliegues de su mente, como una sombra huidiza que no lograba atrapar. Pero un murmullo enterrado bajo años de expectativas y falsas promesas empezaba a alzarse.

Algo tiene que cambiar. Quizás no había nacido para el lujo o para esta vida impoluta que Josh insistía en construir, una casa con cimientos de cristal donde cada grieta era un recordatorio de su insuficiencia.

Quería algo más. Algo real, que la hiciera sentir viva, no solo presente. Soltó un suspiro tembloroso, sintiendo el peso de su propia determinación como una cuerda tensándose en su pecho.

Se dio la vuelta, sus pasos amortiguados por la alfombra, y caminó hacia la salida. Tomaría un coche e iría a su piso. Lo tenía abandonado, la mitad de su ropa aquí. De hecho, pasaba aquí parte de la semana.

Esta noche, empero, quería estar sola. Josh no se enteraría. Mientras cerraba la puerta, el chasquido inconfundible de un corcho liberándose del cuello de una botella se filtró por el aire. Otra más.

En media hora estuvo en su cama, sobre la que se dejó caer, su cuerpo hundiéndose en el colchón como si la gravedad pesara más esa noche.

Afuera, la lluvia comenzó a golpear la ciudad, arrastrando el polvo de las calles y llenando los desagües con su prisa impaciente.

Ojalá también pudiera lavar lo que se había acumulado en su pecho—los silencios pesados, las palabras no dichas, la certeza de que debía tomar una decisión trascendente, y el temor a hacerlo.

Capítulo 3

Brady O'Malley cerró la puerta de su piso con un suspiro pesado.

El eco del mundo, de las conversaciones banales y las miradas curiosas, se desvanecía al cruzar este umbral. Se quitó la chaqueta y se descalzó, y se dirigió al aparador, donde descansaba una botella de whiskey, acompañada por un vaso de cristal.

Vertió una porción generosa y bebió un largo primer sorbo, que le quemó agradablemente al descender.

Su teléfono sonó en el bolsillo de la chaqueta, y fue a buscarlo. Era Declan, porque el sonido era particular. El único al que le había configurado uno, porque su hermano era el único al que no dejaría de atender.

Una sonrisa involuntaria se dibujó en sus labios al leer el mensaje de Declan:

Declan: *Cinco días sin noticias. ¿Sigues vivo? No me hagas ir a buscarte.*

Brady meneó la cabeza, una sonrisa ladeada curvando sus labios mientras exhalaba una risa baja.

El jodido siempre en modo protector.

Incluso ahora, cuando su vida giraba en torno a Adele, cuando su tiempo y su atención parecían monopolizados por la mujer que, de algún modo, había logrado domar el corazón impenetrable de Declan.

Brady apoyó el codo en la barra, girando el vaso entre los dedos. Adele. Un torbellino de dulzura e ingenio, con una risa ligera que suavizaba los bordes filosos de su hermano.

Había sido un cambio inesperado, sí, pero uno bienvenido. Ver a Declan abrirse, dejar su fachada de hombre frío y calculador al que tantos temían fue removedor.

Brady inclinó la cabeza, observando el reflejo dorado del whiskey bajo la luz tenue.

Declan había lidiado con sus problemas resguardándose tras una coraza de acero, para mostrarse inquebrantable ante el mundo.

Brady, en cambio, nunca se molestó en forjar una armadura. Nunca quiso una. Su sensibilidad había estado ahí, a flor de piel, como una pintura sin barniz expuesta al sol y a la tormenta. Gajes del oficio.

Por ello Declan había debido estar para él. Le dio otro sorbo al whiskey, el líquido ardiente deslizándose por su tráquea, despertando memorias que nunca habían terminado de adormecerse.

Ser artista. Ser alguien que observaba el mundo con ojos ávidos, que encontraba belleza en lo efímero.

Desde niño, había sentido esa urgencia: dibujar, pintar, recolectar flores marchitas, conchas fracturadas, ramas torcidas.

Pequeños fragmentos de la naturaleza que otros ignoraban, pero que para él contenían historias, formas, sombras que clamaban por ser plasmadas en lienzo.

Y, sin embargo, todo aquello que lo hacía sentirse vivo, era justo lo que lo había convertido en blanco de desdén.

Su padre. El hombre que escupía desprecio con cada mirada, que fruncía el ceño ante sus manos manchadas de carboncillo. *Cosas de marica.*

El insulto aún flotaba en su memoria, no como un eco lejano, sino como un golpe seco en el pecho. Una cicatriz que no terminaba de cerrarse.

Brady dejó el vaso sobre la mesa con un leve *clink*. El veneno de aquel hombre ya no le hacía efecto. Lo había drenado, gota a gota, con cada trazo, con cada obra, con cada decisión de

seguir siendo exactamente quien era, sin pedir permiso.

El pasado se sentía como un eco lejano, como un mal sueño que había dejado de perseguirlo. No. No un sueño. Una pesadilla de la que había despertado por voluntad propia.

Había cortado los lazos. Quemado los puentes. Enterrado los fantasmas.

El hombre que le había dado la vida—si es que merecía llamarse hombre, si es que merecía llamarse padre—ya no tenía poder sobre él.

Ya no estaba en este mundo, pero tampoco en su cabeza. Había sido un donador de esperma, nada más.

Alguien que había querido moldearlo a golpes y desprecios, que nunca entendió que el miedo no era amor, que el respeto no se exigía con puños.

Sus hermanastros, esos que habían seguido la ruta del crimen como si fuera la única carretera posible, también eran parte de otra vida.

¿Cuánto tiempo había sentido la sog a en el cuello sin darse cuenta? ¿Cuántos años había creído que no había escapatoria? Muchos, largos años.

Pero el presente... el presente era distinto. Brady inspiró hondo, dejando que el aire le llenara los pulmones, que la certeza se asentara en su pecho.

Él y Declan eran libres. Por fin. No más juegos sucios. No más sombras acechando en cada esquina. No más deuda de sangre, de lealtad obligada, de órdenes dadas entre susurros en la oscuridad.

Ahora, construían su camino, lejos de la suciedad que había marcado su infancia. Quizás las cicatrices nunca desaparecerían, pero la diferencia era que tenía elección.

Y cada día, cada jodido día, elegía algo distinto, mejor.

Con un movimiento decidido, Brady tomó su móvil.

Brady: *Estoy bien, Declan. Más que bien. Pintando y disfrutando de la vida. Vuelve tu intensidad hacia tu mujercita, jodido.*

Luego, con una sonrisa, se encaminó hacia su atelier. Había pensado dormir, creyó estar agotado, pero su mente bullía.

Empujó la puerta con el hombro, deslizándose dentro de su refugio, donde el mundo exterior se quedaba en el umbral.

El aire estaba impregnado de aceite de linaza, trementina y pigmentos, un aroma que se le metía en los pulmones y aflojaba los nudos de su pecho.

Bajo la luz cálida y difusa, los pinceles usados y los tubos de pintura esparcidos sobre la mesa creaban un mapa caótico que solo él podía leer.

Se desabrochó la camisa y se la quitó sin pensar, dejándola caer sobre el respaldo de una silla. El calor de la habitación y la familiaridad del espacio pedían piel desnuda, libertad de movimiento.

Su torso llevaba cicatrices viejas, pero también color. Vida.

En su costado izquierdo, subiendo por sus costillas y desplegándose hasta su hombro, un fénix vibrante se alzaba en un estallido de tinta y fuego.

Las plumas ardían en una sinfonía de rojos, naranjas y dorados, cada detalle trazado con la precisión de un artista que entiende el significado de renacer.

No era solo un ave. Era él. Un recordatorio de que había ardido hasta las cenizas, que su pasado lo había reducido a polvo, pero que había encontrado la forma de levantarse.

Pasó una mano distraída por la piel marcada con aquel símbolo de supervivencia antes de centrar la mirada en el lienzo en blanco frente a él.

Lo estaba esperando. Y Brady sabía qué debía volcar en él.

Tomó la espátula y aplastó un montículo de pintura contra la paleta, mezclando con una precisión casi feroz.

El azul más profundo, el rojo más vibrante, una chispa de dorado. El color tenía voz, tenía peso, tenía propósito.

El pincel rozó la superficie del lienzo con un susurro leve, un primer trazo que contenía el peso de lo inevitable.

No era solo inspiración, era urgencia. Algo adentro empujaba, exigiendo salir, y él no era hombre de resistirse a esa clase de impulso. No cuando se trataba del arte. No cuando se trataba de su creatividad.

Marcia Donahue. Una desconocida, eso era, pero... Su imagen estaba adherida a sus pensamientos como pintura fresca en la piel.

Brady cerró los ojos un instante para verla con más claridad.

Su sonrisa. Esa leve curva en sus labios, sin estridencias, sin la arrogancia de quien sabe que es hermosa. Sus ojos. Azul cielo.

Al comienzo lo creyó el celeste de un día prístino, pero la observación le mostró que no eran del color del cielo sereno, no el de una postal sin historia.

Era el azul de la hora incierta, ese instante *antes* del amanecer o el anochecer. Lograrlo no sería sencillo.

Soltó un resoplido bajo, una risa sin humor. No la conocía realmente, pero la había visto. De verdad visto. En la forma en que se movía, en la manera en que su presencia llenaba un espacio sin reclamarlo.

Había luz en ella, pero no la de lo obvio, sino la que se descubre en una segunda mirada.

Brady inhaló profundo, el aroma de óleo y trementina llenándole los pulmones mientras su mano se movía sola, febril, precisa.

Las sombras, los matices, los detalles. Todo emergía de la nada con una naturalidad que lo desconcertaba y, al mismo tiempo, le resultaba tan familiar como su propio pulso.

Era la primera vez que algo—alguien—se le metía en la piel de esta forma.

Las musas eran un mito, había dicho más de una vez. Una excusa romántica para justificar la obsesión. Y, sin embargo, ahí estaba, atrapado en la urgencia de plasmarla.

Retrocedió un paso, luego otro. Su torso desnudo estaba cubierto de motas de pintura, como si cada trazo se hubiera filtrado en su piel.

El boceto lo miraba de vuelta. No era un retrato completo, ni exacto, pero capturaba una parte de ella. Casi.

La fuerza y la dulzura en la misma pincelada. La contradicción entre su presencia tranquila y el torbellino que insinuaban sus ojos.

Brady pasó una mano por su nuca, su piel caliente, su respiración agitada.

No lo planeó, pero nunca había sido de los que elegían qué lo obsesionaba. El arte decidía por él. Siempre lo había hecho. Y ella, sin saberlo, ya estaba en su lienzo. Inevitable.

Capítulo 4

Marcia salió de la galería con el pulso acelerado y los labios apretados, la discusión aun palpitando en su sien como un latido molesto.

Otra vez la misma historia, el mismo tono exasperado de Josh cuando ella ponía su trabajo por delante de sus caprichos.

¡Como si la vida de Marcia girase en exclusiva en órbita a su mundo! Esta vez había terminado la conversación antes de que Josh pudiera torcerla a su favor.

Se había dado la vuelta y se había marchado sin mirar atrás, bajando los escalones con prisa, y saliendo a la calle dispuesta a caminar a su piso.

El aire helado de la noche y una vigorosa marcha deberían enfriar su cabeza, caliente de frustración.

Transitó varias cuerdas, los pasos rápidos, casi rabiosos. La sensación de injusticia se le pegaba como alquitrán. Josh no tenía derecho a denigrar su labor, su salario, sus elecciones.

Tenía que confrontarlo con esto. No podía dejar pasar más sus comentarios, tildándolos... *Disculpándolos...* como fruto de su frustración y sus impulsos.

Joder, que días malos y situaciones incómodas vivimos todos, y la mayoría no vamos por el mundo descargándonos en los demás.

Entonces, en medio de la perorata mental que buscaba darle valor para plantarse, se le vino a la cabeza que había dejado su laptop atrás, y la necesitaría. Se detuvo en seco. ¡Mierda!

Había dejado la mochila en la antesala de la oficina de Josh cuando pasó a saludarlo. Antes de la discusión. Luego, en su apuro por largarse, la olvidó.

Su estómago se revolvió. No quería volver. Una cosa era pensar y dar vueltas y generar ideas valientes para una futura charla entre ambos, necesaria. La otra, confrontarlo cuando no tenía las cosas claras.

No quería arriesgarse a que Brady aún estuviera en la galería, a que la discusión se reanudara con nuevos argumentos y nuevas formas de hacerla sentir como una egoísta.

Pero no tenía opción. El inventario del museo estaba en el dispositivo, y no lo había cargado a la nube.

Con una exhalación pesada, giró sobre sus talones y deshizo el camino. Diez minutos después, estaba de vuelta frente a la puerta de la galería.

Estaba cerrada. Miró la hora. Más temprano de lo habitual.

Se encogió de hombros y sacó la copia de la llave que Josh le había dado meses atrás y la hizo girar en la cerradura con movimientos cuidadosos. Si tenía suerte, él ya se habría ido.

El eco de sus pasos resonó en el espacio vacío cuando cruzó el umbral, cada sonido amplificado por el silencio envolvente. La galería cerrada se sentía distinta. Más fría. Más ajena.

Las sombras proyectadas por los reflectores dibujaban figuras abstractas en el suelo, como manchas de tinta derramadas.

No te entretengas. Entrás, tomas la mochila y sales. Marcia se deslizó por el pasillo y subió las escaleras con la ligereza de alguien que no quería ser detectado.

No eres una ladrona, y el que debería cuidar sus palabras es él. Sí, era verdad, pero de todos modos, pretendía evitarlo. Hoy, tal vez mañana y el día posterior. Alejarse para tomar perspectiva era una buena idea.

Al llegar a la antesala de la oficina de Josh, su mirada recorrió la habitación con urgencia hasta que vio su mochila junto a un sillón. La estaba tomando cuando el sonido la golpeó de lleno.

Un gemido, luego otro. Inconfundibles. Toda ella se tensó, y su boca se abrió. *No... No podía...*

Parpadeó, y agitó su cabeza. Su mente no quiso procesarlo de inmediato, como si su conciencia tratara de amortiguar el golpe antes de que la realidad terminara de asentarse.

Pero entonces, el ritmo acompasado de piel contra piel rompió cualquier posibilidad de negación.

No. No. No.

Sintió el estómago anudarse, y su corazón se aceleró. Parpadeó, sin poder moverse.

Si me voy ahora... Si finjo que no vi, ni escuché... Si...

Aferrarse a la ignorancia. ¿Para qué? ¿Por qué traicionarse así?

Sus pies, traicioneros, la llevaron hacia la rendija de la puerta entreabierta. Tenía que ver, comprobar con sus ojos lo que su mente concluía en base a los sonidos.

Ahí estaba. Josh. La camisa desabotonada, el rostro encendido, el cabello revuelto por el sudor.

Sus pantalones en sus tobillos, y sus caderas moviéndose rápidas, follando a la becaria... ¿Betty, Becky? ¿Qué más daba?

Las manos masculinas firmes en sus caderas, clavándola contra el escritorio con la facilidad de alguien que había hecho esto antes. Muchas veces antes.

La joven tenía la cabeza echada hacia atrás, los labios entreabiertos en un gemido ahogado, los dedos aferrados al borde de la madera.

Marcia sintió que su pecho se encogía, su respiración atrapada en algún lugar entre la garganta y el estómago.

Quiso apartar la mirada, quiso huir antes de que el dolor terminara de instalarse, pero sus ojos permanecieron fijos, atrapados en la escena como un insecto en ámbar.

El aire se sentía denso, como si la habitación se hubiera cerrado sobre ella, como si el suelo bajo sus pies se hubiera vuelto incierto.

Sus dedos se aferraron a la pared con desesperación, buscando un punto de apoyo que no encontraba.

¿Cuánto tiempo? ¿Desde cuándo él la miraba a la cara y le decía que la amaba, que lo entendiera, que todo lo hacía por su futuro juntos, mientras follaba a otra? ¿Desde cuándo se burlaba de ella mientras la usaba y degradaba?

La risa de la becaria pareció el chasquido de un látigo, y la trajo de vuelta de la turbulencia de su mente.

—Estás loco, Josh, pero me encanta. Nadie me lo hace como tú.

—Claro que no, nena. Y nadie está tan dispuesta como tú, y eso me calienta más. Ahora, cállate, y limpia mi polla—murmuró él, con voz entrecortada y satisfecha—. No puedo esperar a verte en un tanga diminuta. Esos cabrones en Miami van a estar duros como roca cuando te vean colgada de mi brazo. Pero tú eres mía, ¿no es así?

La posesividad era desconocida, y la hirió.

El comentario era horrible, por supuesto. Cosificaba, era sucio, pero... Esa faceta de él era extraña para ella, y lo conocía hacía años.

¿Lo conocía? Parecía que no.

—Tuya, papi, no lo dudes—gimió la mujer.

Marcia no sintió nada. No había odio en ella para la becaria. La estaba pasando bien, o invirtiendo en su futuro. No tenía idea cuál de las dos opciones era ciertas. Tal vez ambas, pero no le importaba.

Miami. La daga de la traición se hundió en ella hasta la empuñadura. El viaje que Josh había mencionado con tanta seriedad, con la mirada limpia de un mentiroso consumado.

Reuniones importantes. Contactos clave. Planes para su futuro juntos.

Una carcajada amarga le subió por la garganta, pero murió antes de llegar a sus labios. *Mentiras.* Todo era una jodida mentira.

¿Para qué carajos le había aguantado tanto, en honor a un amor que se había deshilachado? Ahora resulta que además de abusivo verbal, era infiel.

El golpe de la traición la dejó sin aire, su cuerpo paralizado entre el dolor y la furia, entre la incredulidad y la certeza absoluta.

No sabía si quería gritar o vomitar. Lo único que sabía era que ya no sentía el suelo bajo sus pies.

Entonces, el ascensor sonó con un *ding* suave y mecánico, quitándola del shock.

Marcia se encogió de inmediato, apretando el cuerpo contra el suelo y gateó para esconderse debajo de la mesa, su respiración atrapada en el pecho.

¿Quién más venía a esta hora? Su piel aún ardía con el descubrimiento, con la humillación de haberlo visto de la peor forma posible.

Por eso se escondió. No quería que la vieran así, no quería enfrentarse a nadie en este estado.

Josh y su amante también escucharon el ascensor, porque el repiqueteo de los tacones de la becaria se acercó. El sonido era rápido, apresurado. Se estaba yendo.

Marcia se arriesgó a levantar la mirada justo a tiempo para verla pasar ajustándose la falda y acomodando su cabello.

—Buenas noches, caballeros—la escuchó decir al alcanzar el elevador, su voz obsecuente—. El señor Josh está en su oficina. ¿Puedo ofrecerles café?

—No. Retírese, Josh no va a necesitarla—dijo una voz grave que reverberó y Marcia no reconoció.

El sonido de pasos firmes y controlados se superpusieron a los de tacones que se perdían en el ascensor, y Marcia cerró los ojos y tragó saliva.

Perfecto, pensó, atrapada como una ladrona en un escondrijo. Ahora menos que nunca podían verla.

Su campo de visión estaba limitado por la madera de la mesa, pero sintió la presencia masculina en el peso del aire, en la quietud tensa que se instaló en la habitación.

Uno de los hombres pasó a metros de donde ella estaba escondida, y Marcia percibió la tela perfectamente cortada de su pantalón, y el brillo pulcro de sus zapatos de cuero.

Detrás de él, una silueta más grande. Pesada. No necesitó verlo por completo para saber que era enorme.

Sus pasos eran más densos, más deliberados, y la americana que llevaba se tensaba a la altura de su cintura de una forma que no dejaba dudas. Estaba armado.

Su estómago se revolvió. ¿Quiénes eran estos tipos? Cerró los ojos y trató de nivelar su respiración.

Quédate quieta. No respires fuerte. Si cierran la puerta, corre a las escaleras sin tacones y lárgate de aquí.

Entonces, la voz de Josh rompió la quietud. Su tono era de sorpresa, y también de inquietud. Cautela. Lo conocía bien.

Bah, eso había creído, consideró, con ira.

—¿Qué haces aquí tan tarde, hombre? Te dije que...

—Mac Donald. Tsk, Tsk. ¿Desde cuándo atiende yo a lo que tú me dices?

La voz era baja, con una cadencia que sonaba extranjera. ¿Francés? ¿Italiano? No estaba segura. Apenas una impresión, una sombra de acento en la forma en que pronunciaba su apellido.

—Es que...

—No estoy aquí para charlas innecesarias. Necesito respuestas.

Josh soltó un bufido.

—Te dije que todo está bajo control.

El hombre avanzó un paso más, y Marcia, aún encogida, vio cómo la luz de la oficina se reflejaba en su perfil.

Nariz afilada, mandíbula cuadrada, líneas duras. No era uno de esos hombres que tenía el hábito de sonreír demasiado, al parecer.

Pero lo que más la inquietó fue la curva apenas perceptible en sus labios. Una mueca fría, contenida. Desconfiada.

Este hombre veía a Josh por el bastardo mentiroso que era, se dio cuenta. *Bien, alguien tenía que hacerlo*, pensó, rabiosa.

—¿Bajo control?—repitió con una calma que lo hizo sonar más peligroso—. Eso no es lo que veo.

Josh resopló y se pasó una mano por el cabello, incómodo.

—Necesito un poco más de tiempo, pero te aseguro que...

—No necesito promesas, Mac Donald—lo interrumpió el hombre, su voz endureciéndose—. Necesito el dinero.

El dinero. Marcia se aferró a la pata de la mesa, su corazón golpeándole las costillas.

¿Qué mierda estaba pasando? ¿Debía Josh dinero a este hombre? Estaba loco si así era.

En la risa tensa que siguió Josh demostró su intranquilidad, y Marcia se regodeó en ella porque la sintió como una pequeña venganza personal.

—Tú y yo sabemos que hay demoras en este tipo de transacciones. Las ventas han sido lentas, pero...

—Déjame explicarlo de otra manera—el trajeado inclinó apenas la cabeza—. He visto los registros. Sé que han desaparecido piezas. Sé que el dinero no está cuadrando. Y sé que, si no lo resuelves rápido, esto va a convertirse en un problema.

Josh se puso rígido.

—¿Qué estás insinuando?

El grandote se movió detrás del trajeado, con la paciencia de quien ya sabe cómo va a terminar esto.

Marcia vio la forma en que su americana se tensó con el movimiento, y atisbó el brillo oscuro de un arma bien asegurada en su funda. Su garganta se secó.

El trajeado chasqueó la lengua con desgano.

—Que no soy idiota.

Josh cruzó los brazos, pero su postura no tenía la misma arrogancia de siempre.

—Martin, no tengo idea de lo que estás insinuando, pero si estás tratando de acusarme de...

—Yo no acuso, Mac Donald. Los números lo hacen.

Josh abrió la boca para replicar, pero el llamado Martin levantó una mano, cortándolo en seco.

—No me hagas perder más tiempo. Mis hombres no se esforzaron para robar esas pinturas para que tú las desaparezcas. Realiza el trabajo para el que te contraté. Asegúrate de que

las obras lleguen a destino, y que el dinero fluya. O te garantizo que las vas a pagar. No bromeo, ¿entiendes?

El peso de la amenaza quedó suspendido en el aire. Marcia apenas podía respirar.

No entendía todo lo que acababa de escuchar, pero sí entendía el miedo.

Lo sentía impregnándosele en la piel, en la tensión contenida en el cuerpo de Josh, en la calma inquietante del otro hombre.

Finalmente, el trajeado hizo un gesto con la cabeza y el grandote se giró hacia la salida.

Los pasos se alejaron, el sonido del ascensor se activó de nuevo, y luego... Silencio. Josh se quedó inmóvil en el centro de la oficina, la mandíbula tensa, los puños cerrados.

Marcia supo que era su oportunidad. Con movimientos calculados, salió de su escondite, deslizándose su cuerpo por la pared hasta la salida. Solo unos metros. Solo un poco más.

Llegó a la boca de la escalera y miró atrás, justo cuando Josh se giró y su mirada se clavó en ella.

Su sorpresa fue mayúscula. Parpadeó, y luego arrugó el entrecejo. Cuando ella le devolvió furia en su mirada, él entendió que lo había escuchado todo.

—¿Marcia? Escucha... No es lo que... ¡Marcia!

Su voz se llenó de ira, y su nombre en los labios pareció convertirse en látigo que buscaba detenerla, pero Marcia ya corría escaleras abajo, sin mirar atrás, pensando solo en poner distancia entre ambos.

Sin mirar atrás, pero sí adelante, para no toparse con los dos hombres, corrió a la salida y luego por la acera para conseguir un taxi.

La fortuna le sonrió, y una vez en marcha, pudo respirar, aunque la agitación y la adrenalina la llenaban todavía.

Apretada contra sí, la mochila con su laptop. Al menos había tenido presencia suficiente como para traerla consigo.

Su mente corría más rápido que el carro, pensando en lo que había escuchado y lo que significaba. No podía pensar con total claridad, pero era obvio que no podía perder tiempo.

Esa gente no eran los hombres que acudían a los eventos de la galería o iban a los museos. Eran criminales, y Josh estaba enredado con ellos. Ella sabía de sus chanchullos, y Josh sabía que sabía.

Joder, se le enredaba la cabeza. Pero no iba a quedarse a esperar a que él viniese a mentirle. O a que le enviara a esos dos. Se estremeció.

¿Haría algo así? Josh era... *Mentiroso, infiel, manipulador, y lidiaba con arte robado. Y tenía vínculos con gente que portaba armas y amenazaba.* Sí, no iba a quedarse a averiguar qué haría.

Al llegar a su piso, se apuró a buscar su maleta, que llenó sin concierto con lo esencial: ropa, documentos, lo que tenía de dinero en efectivo.

Sus manos temblaban tanto que dejó caer varias cosas al suelo, pero no podía detenerse. Josh vendría a buscarla, el móvil había vibrado sin parar desde que lo dejó atrás.

Los mensajes de texto cada vez eran más frenéticos:

Josh: *Marcia, ¿dónde estás? Esto no es lo que parece.*

Josh: *Llámame. Ahora.*

Josh: *¡Contesta, joder! No seas insensata. No se juega con esta gente. Si no respondes, no puedo garantizar tu seguridad.*

Josh: *¡No digas nada a nadie! Debes dejar que te explique.*

Cada mensaje era un golpe más a su ya frágil estabilidad. Estaba alienada, aterrorizada,

pero también segura de que no podía quedarse allí.

Si Josh la encontraba, no le iría bien. La infidelidad descubierta, mala como era, decepcionante, palidecía al lado de lo que sabía ahora.

Josh tenía tratos sucios con un mafioso, ese era el resumen adecuado.

Con el bolso en la mano y el teléfono apagado, Marcia se detuvo un momento frente a la puerta. Respiró, tratando de calmarse.

No tenía un plan claro, pero una cosa era segura: tenía que huir antes de que fuera demasiado tarde.

Capítulo 5

El pincel cayó sobre la mesa con un sonido seco, salpicando. Otra vez. Brady mesó su cabello, despeinándolo más, el ceño fruncido en una mezcla de frustración y desconcierto. No lograba lo que quería.

Frente a él, el lienzo lo observaba imperturbable. Había un boceto en él, y estaba bien. La técnica era impecable. Las sombras, los matices, la estructura de su rostro... todo lo que debía estar allí, estaba.

Pero no era ella. No era Marcia. La luz en sus ojos no era la correcta. Su expresión tenía algo que no pertenecía.

Como si su esencia se le escapara en el último trazo, en el último respiro sobre la tela. Como si su alma se negara a ser capturada.

Brady exhaló, la mandíbula tensa.

Se inclinó hacia adelante, con los antebrazos apoyados en la mesa, los dedos manchados de pintura resbalando por su boca en un gesto distraído.

Maldita sea. Esto no era normal.

Había dibujado mujeres antes. Decenas, tal vez cientos de veces. Algunas modelos pasajeras que se prestaban a su lienzo y luego desaparecían. Otras quedaban atrapadas en la pintura para siempre, sin que él necesitara mirarlas más de una vez.

Pero esta mujer, Marcia... Era distinta.

Brady echó la silla hacia atrás con un movimiento impaciente y tomó su teléfono. La pantalla iluminó su rostro, reflejándose en sus ojos con un brillo frío.

Había pasado la última hora revisando sus redes sociales. Deslizando. Buscando. Las imágenes de ella se acumulaban en su galería como piezas de un rompecabezas que no lograba encajar.

Ahí estaba en una inauguración, sosteniendo una copa de vino y sonriendo con cortesía. En otra foto, en un café, con el cabello recogido y una mirada perdida en la ventana.

Parecía la misma mujer en todas. Y, sin embargo, ninguna era la que se había quedado atorada en su cabeza.

El dedo de Brady se detuvo sobre la pantalla, y sin pensarlo, amplió una imagen. Una foto cualquiera. Marcia en un vestido negro, la luz dorada de la galería reflejándose en su piel. Bonita. Perfectamente compuesta. Vacía.

Soltó un gruñido bajo y dejó caer el teléfono sobre la mesa, frotándose la cara con ambas manos. No lo lograría así. Tenía que verla otra vez.

Tenía que estar frente a ella, ver cómo sus ojos se movían cuando pensaba, cómo su boca se curvaba cuando algo la divertía, cómo la tensión se instalaba en sus hombros cuando creía que nadie la observaba.

Porque ahí estaba la diferencia. La de las fotos no era la Marcia que él había visto. Brady se reclinó en la silla, exhalando con fuerza. Su pecho subía y bajaba con un ritmo contenido, su mente ya trabajando en el siguiente paso.

No iba a quedarse con una versión incompleta. No hasta que entendiera qué era lo que hacía que su mente no la soltara.

No lo pensó más, y en un impulso, tomó el móvil, buscó su número y presionó llamar. El tono repicó una vez. Dos veces.

El tercer timbrazo fue interrumpido por una respiración entrecortada al otro lado.

—¿Brady?

No era la voz que esperaba. No la Marcia segura, firme, con respuestas listas en la punta de la lengua.

Esta voz era baja, temblorosa, como si apenas pudiera empujar su nombre fuera de su boca.

—Sí. No quiero molestarte, pero necesito verte.

Brady pasó una mano por su nuca, sintiendo la tensión en su propia voz, la urgencia que no lograba contener. No estaba acostumbrado a esto, a necesitar a alguien fuera del arte.

Y sin embargo, ahí estaba, llamándola, porque no podía dejar de pensar en ella. Así expresado, parecía una locura. Tal vez lo era.

—Me está costando plasmarte en el lienzo—continuó, arrastrando las palabras, tratando de explicar algo que ni él mismo entendía del todo—. No es tu rostro, ni tu cuerpo, ni siquiera los colores. Es algo más... Algo que se me escapa cada vez que intento atraparlo.

Tomó aire y empezó a caminar por el *atelier*, incapaz de quedarse quieto.

—Brady, yo no...

Ahí estaba, la negativa. No, tenía que explicarle. Explicarse, para que no le creyera un loco.

—Los artistas somos así. Nos obsesionamos. Piramos cuando algo no nos encaja, cuando sentimos que estamos a punto de tocar la verdad con los dedos, pero no podemos sujetarla. Es un maldito tormento—Soltó una risa tensa, sin humor—. Y tú... tú tienes algo que me está volviendo jodidamente loco.

Silencio. Al otro lado, solo su respiración. Un sonido leve, entrecortado.

Y entonces, la voz de Marcia llegó, pero no con la exasperación que él esperaba. No con ironía, o negación fruto de la incompreensión.

—No puedo hablar... No, yo estoy...

Su tono mezclaba urgencia y desesperación, y le erizó la piel.

Brady cayó en la cuenta de que había hablado como un tonto sin escucharla, sin considerarla. Y no estaba bien, porque ella se escuchaba rara.

—Marcia, ¿qué pasa? Lamento haber monologado como un idiota. Dime qué ocurre, por favor.

Tardó en responder, y cuando lo hizo, fue con un murmullo apenas audible.

—Creo que estoy en peligro.

Su garganta se secó.

—¿Qué?

—No sé bien... Es confuso, apenas entiendo lo que pasa, pero es grave.

Brady sintió su pecho contraerse.

—Explícame. ¿Quién te amenaza?

Otro silencio. Un ruido sordo al otro lado, como si ella se moviera rápido. ¿Estaba escondiéndose?

—Josh dijo...—tragó saliva, y su voz se hizo más temblorosa—. Josh insinuó que podría morir.

Brady sintió una descarga helada recorrerle la columna.

—¿Qué carajos...? ¿Tu novio te amenazó?

La ira se instaló rápida en su pecho.

—Pero él es un mentiroso—lo interrumpió ella, pero era más como si se hablara a sí misma—. Mintió. Todo es una farsa. No sé si esto es real, no sé si es otra de sus manipulaciones o si realmente...

Su voz se quebró en un susurro. Brady dejó de pensar.

—Ven a mi piso.

Ella jadeó, sorprendida.

—¿Qué? No... no puedo. No quiero ponerte en peligro.

—No te lo estoy pidiendo, Marcia. Ven ahora.

Puso tanta firmezas en su tono como pudo. Quería sonar seguro, y que ella no dudara. Estaba en una situación desesperada, se notaba, y no podía permitir que ella deambulara por la ciudad así.

Ella no respondió al instante. Pero entonces, un leve sollozo tembló al otro lado de la línea.

—Está bien... dime la dirección.

Brady se la recitó de inmediato, aliviado. Su mente ya iba a mil por hora, tratando de encajar piezas sin contexto.

Cuando cortó la llamada, se quedó con el móvil en la mano, los músculos tensos. ¿Qué cojones estaba pasando?

Josh Mac Donald. Su novio estaba en el centro de esto. Pero, ¿qué había hecho?

¿Por qué Marcia estaba aterrada, dudando si creerle o no, y más inclinada por lo segundo? ¿Por qué hablaba de morir? ¿Estaba enferma, era eso?

La posibilidad era triste, no quiso creerla. Lo único que tenía claro era el miedo en su voz, y eso era suficiente para que su lado protector tomara el control.

++++

Cuando el timbre sonó, Brady se quedó inmóvil por una fracción de segundo, su cuerpo reaccionando antes que su mente. Era ella. No tenía dudas, lo sintió en la piel, en la electricidad repentina que recorrió su columna.

Pero mira que eres cateto, Brady, se rezongó, moviéndose con celeridad a la puerta.

Cuando abrió, un nudo se formó en su pecho. La que estaba en la entrada era una sombra de la Marcia que recordaba y le obsesionó.

Parecía como si le hubiesen drenado color, energía. Su expresión estaba vacía y, al mismo tiempo, cargada de algo que lo golpeó en el estómago: un miedo tangible, no contenido.

Su cabello caía en mechones desordenados alrededor de su rostro pálido. Sus ojos eran enormes, pero el fascinante color y la calidez que él había querido pintar no estaban.

Había espanto incrustado en cada línea de su rostro.

Su pecho subía y bajaba demasiado rápido, y sus dedos aferraban el bolso contra su cuerpo como si fuera la única cosa que la mantenía en pie.

Brady abrió la boca, pero no supo qué decir.

Espabila, gilipollas. Ella vino a ti por ayuda. Ese pensamiento lo dejó aturdido por un instante. Marcia necesitaba ayuda, y vino a él.

Podría haber ido a cualquier otra parte. Pero estaba aquí. Y eso solo podía significar una cosa: estaba completamente sola. ¡Mierda!

La pena se le enredó en la garganta, porque pocos sabían más que él de sentirse agobiado, asustado y atrapado.

Aunque siempre tuve a Declan de mi lado, se recordó. ¿No había alguien así para Marcia?

Una mujer tan encantadora, culta, gentil...

Había un tropel de imbéciles afuera que no reconocían lo bueno así les golpeara con una barra en la polla, era la única explicación que cabía.

Sin pensarlo, estiró el brazo y la tomó de la mano, que apretó en muestra de apoyo. Su piel suave estaba fría, y temblaba.

—Entra —le dijo, con suavidad—. Estarás bien aquí, te lo aseguro.

Ella se movió como si su cuerpo no le respondiera del todo, arrastrando los pies en el umbral.

Brady cerró la puerta detrás de ella y giró la llave en la cerradura. No porque creyera que alguien iba a irrumpir en ese preciso instante, sino porque sintió que ella lo necesitaba.

El sonido del cerrojo fue un cierre, un límite seguro entre el afuera y el adentro. Ella se quedó en el medio de la sala, rígida.

—Puedes sentarte, si quieres—dijo Brady, señalando el sofá—. Es muy cómodo.

Ella parpadeó y asintió, y se sentó en el borde del asiento.

—¿Te ofrezco algo? ¿Café, té?

Marcia tragó saliva, y negó.

—Solo agua, por favor—indicó, y Brady se apuró a ir a la cocina y traerle el agua infundada con lima que gustaba de tomar fría.

Ella bebió varios tragos largos, y pareció distenderse un pelín. Luego lo miró, y su mirada tenía el peso del mundo.

—No sé qué hacer—susurró.

La desesperación en su voz lo golpeó fuerte. Sonaba rota. Sin esperanzas, como una presa atrapada.

Brady sintió un tirón en el pecho. Quería pronunciar algo que la hiciera sentirse mejor. Pero, ¿qué podía decir sin saber el fondo de la situación?

Se acercó con cautela y rozó su muñeca con los dedos, un contacto apenas perceptible. Era tan fina, tan frágil.

—Estoy aquí. Dime qué pasó, y veamos cómo puedo ayudarte.

Ella parpadeó varias veces, y sus manos frotaron sus muslos, mirando abajo, hasta que tomó impulso y comenzó a hablar.

Las frases salieron desordenadas, entrecortadas por su propia confusión. Se llevó una mano a la frente, como si su relato la abrumara.

—Yo... Fui a la galería... Josh estaba con ella.

Su boca se apretó en una línea fina, y su vista se tornó huidiza.

Estaba avergonzada, adivinó Brady, y esa emoción se vinculaba a Josh y alguien más. La situación empezaba a clarificarse.

Brady asintió, alentando con el gesto a que desarrollara.

—La becaria. Una de ellas. Su nombre empieza con B. No importa—suspiró—. El caso es... Josh y ella... Estaban... Tenían sexo en su oficina.

Ah, era esto. Infidelidad. Ese hombre era más cateto de lo que pensaba.

—Le dijo que la llevaría a Miami. Se suponía que iba allí por trabajo—Suspiró, y apretó los labios en un mohín de desengaño doloroso.

Brady no se sorprendió, no en realidad. Los tipos como Josh Mac Donald creían tener el mundo y las mujeres en sus manos, y usaban su dinero para satisfacer deseos carnales sin culpa.

Historia de todos los días, lo había visto cien veces entre los hombres que lo rodearon al crecer.

Su padre había sido uno de ellos. *Machos*. Cuanto más follaban, cuantas más marcas en el cabecero de sus camas, más se empoderaban.

Ella sacudió la cabeza, como si quisiera empujarlo fuera de su mente.

—Quise confrontarlos, pero... El ascensor sonó, y dos hombres entraron. Me escondí— Se mordió el labio inferior y lo miró—. Sé que es aninado, pero no quería que me vieran. No estaba compuesta, la verdad. La traición me golpeó fuerte, no me esperaba algo así. No sé por qué, ahora que lo pienso bien—resopló.

Brady asintió, alentándola a continuar.

—Esos hombres... ¿Qué pasó?—inquirió, buscando evitar que diera vueltas sobre los mismos pensamientos.

—Al principio no entendí de qué hablaban, pero luego... Luego las palabras empezaron a tomar forma. Josh no estaba contento de verlos. No, me pareció que estaba preocupado. Hablaban de obras desaparecidas, de dinero que faltaba...

Brady sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—¿Dijeron qué tipo de obras? ¿Eran de artistas que Josh representa?

Marcia frunció el ceño, como si tratara de hacer sentido de la escena otra vez.

—No. No. Sonaba como... como si trabajara para alguien más. De hecho... El que hablaba habló de robos.

Brady entrecerró los ojos.

—¿Mencionaron nombres?

Ella asintió lentamente.

—David. Así llamó Josh al de traje, al que hablaba bajo y con acento. Cuando me atreví a asomarme, lo vi. Traje impecable, mirada helada. Su sonrisa... no era real. Y no estaba contento.

Brady anotó el nombre en su cabeza.

—¿Algo más? ¿Sobre el dinero?

Marcia tragó saliva.

—Mencionó cosas que no estaban “cuadrando”, que había que “resolverlo” antes de que... antes de que fuera demasiado tarde.

Brady no tuvo que preguntar qué significaba eso.

Ella se abrazó a sí misma y respiró hondo.

—Dijiste que tenía acento.

Ella asintió.

—Era leve, tal vez del sur de Europa. No sé, no estoy segura.

Joder, no le estaba gustando el derrotero que esto tomaba.

—Y el otro hombre...

—Era enorme. Y tenía un arma.

Brady sintió su mandíbula apretarse.

—¿La viste?

Marcia asintió lentamente.

—Se le marcaba bajo la americana.

Esto no era solo Josh metido en un mal negocio. Esto era algo más grande. Marcia metió la mano en su bolso, sus dedos temblando, y sacó su teléfono.

—Josh me ha estado enviando mensajes. He apagado y prendido el móvil, no quiero hablar con él, pero no puedo estar incomunicada—Llevó su mano a su sien, y masajeó. Luego lo miró—. Tu llamado... Fue providencial.

Había agradecimiento en sus ojos, esperanza, como si Brady fuese un tronco a la deriva que podía salvarla, y él se dijo que lo intentaría.

—¿Puedo ver los mensajes?

Necesitaba ver qué decía el bastardo. Había herido doble a su novia: traición romántica seguida de desengaño en relación con su trabajo.

Si lo que creía era verdad, Josh Mac Donald estaba metido hasta el culo en el tráfico de obras de arte, y con vínculos nada buenos.

Tomó el móvil que ella le ofreció y deslizó la pantalla. Mensajes múltiples, llamadas perdidas. Accedió al chat con Josh y frunció el ceño al leer los textos que iban de apaciguadores a ominosos. ¡Bastardo!

Josh: *Contesta, Marcia. Podemos arreglar esto. No sé qué viste o creíste escuchar.*

Marcia: *Vi y escuché todo. A ti con la becaria, y con David. No me escribas ni me llames, mentiroso infiel. Terminamos, no me busques.*

Josh: *No seas estúpida. Esa golfa no es nadie, simple desahogo. Sabes que tu frigidez no me logra satisfacer.*

Josh: *Pero te quiero. Ven y lo arreglamos.*

Marcia: *Adiós, mentiroso serial. Y el problema en la cama eras tú, no yo.*

Josh: *¡No te atrevas a bloquearme! No sabes con quién estás jugando. Esa gente no bromea. Estás en peligro. ¡No seas necia!*

Josh: *Dijiste que me amabas. Esto no tiene por qué ponerse feo.*

Así seguía, aunque Marcia no respondió más.

Brady sintió la ira prenderse en su pecho, lenta pero feroz. Los términos en que se refería a ella eran derogatorios.

Este cínico buscaba manipularla a pesar de que la había herido por partida doble, y la había puesto en peligro.

Marcia dejó escapar un suspiro tembloroso.

—No quiero meterte en esto, Brady. En realidad, ni siquiera sé si es algo...

Él negó con la cabeza.

—Es algo. De hecho, creo que Josh es parte de una red de robo y contrabando de obras de arte. He leído sobre eso. Y si ese hombre que dices es quien creo...

Ella desorbitó sus ojos.

—¿Quién... Quién crees que es?

—David Lupin. Tiene vínculos con la *Camorra* italiana.

Ella lo miró con los ojos muy abiertos.

—¿La... mafia?

Brady asintió, y ella se colocó las manos en las rodillas y miró a un costado, pensativa.

—Okay, Okay... Es malo... Muy malo. Pero yo no voy a volver con Josh. Está decidido —Ella asintió, como queriendo convencerse—. Por tanto, eso no me incumbe. No tiene que ver conmigo.

—No es tan fácil, Marcia—Ojalá pudiese decirle otra cosa, pero no le iba a mentir—. Creo que Josh no está tan convencido—dijo, bajito, tomándole la mano para reducir el impacto de sus palabras—. Sus textos demuestran que está preocupado de que tú... De que hables, de que lo denuncies. Se le va la libertad y la vida en esto, Marcia.

—No lo haré. No soy tonta, no me quiero complicar.

—Pero no tienen esa seguridad. Josh sabe que estás herida. Las mujeres... Digamos que muchas procurarían infligir dolor y dañar al que las traicionó.

—¡Soy mejor que eso!—dijo, indignada, y Brady distendió su boca en una sonrisa.

Por supuesto que lo era.

—Tú sí, pero él no, por lo que su mente ensaya escenarios en los que tú lo traicionas, lo

llevas ante el juez.

—Hablaré con él. Le haré saber que...

—Marcia...—carraspeó—. No lo haría. No podemos descartar la posibilidad de que él le haya dicho algo a ese hombre de la galería.

Ella se mordió el labio y sus ojos se desmesuraron.

—Manda huevos...—susurró—. Esta es una situación bien jodida.

—Lo es. No te voy a decir lo contrario. No se juega con la mafia, lo sé bien. Crecí en el seno de la mafia irlandesa. Sé cómo funciona este mundo.

Marcia pareció contener el aliento, y palideció. Pobre bonita, el día no dejaba de empeorar para ella.

Le provocó abrazarla, confortarla, lo cual era ridículo. Ella era una mujer hecha y derecha, no una niña.

Se inclinó ligeramente para acercarse.

—No te inquietes. Puedo ayudarte.

—¿Puedes?

Brady asintió, enfático. Podía, y lo haría.

—Estoy fuera de los *negocios* de mi familia—le dijo—. Pero tengo los contactos y el dinero para asegurarnos de que estés protegida. Legal, pero muy eficiente.

Ella lo miró por un instante largo. Y luego, por primera vez desde que llegó, sus hombros se relajaron. No por completo. Pero lo suficiente.

—No quiero traer mi caos a tu vida. Me estoy comiendo un marrón por confiar en ese infeliz... No es justo que te arrastre.

Brady sostuvo su mirada, e impregnó determinación e intensidad a la suya. Quería que viera que no hablaba por hablar. Estaba decidido.

—No voy a dejar que te pase nada. Me alivia poder ayudarte. Fue lo que personas generosas hicieron conmigo cuando lo necesité. Tómalo como mi devolución al Universo.

Marcia, temblorosa y frágil, asintió, y Brady respiró más tranquilo. Pondría manos a la obra, luego de que lograra que ella comiera algo y se instalara en el dormitorio de huéspedes.

Joder, pensó entonces. Tengo a mi musa personal a metros de mi atelier. Eso era un subidón. Luego, moderó su entusiasmo.

Ella estaba aterrada, y en medio de un problema serio. Sí, su musa estaba en problemas, pero Brady no era un O'Malley si no ponía todo de sí para ayudarla.

Capítulo 6

Marcia abrió los ojos con dificultad. El peso del sueño empapado de angustia aún se aferraba a sus párpados. Por un instante, hubo un limbo.

Un segundo donde su mente flotó entre el sueño y la vigilia, donde su cuerpo creyó—ingenuamente—que todo había sido una pesadilla.

Pero la memoria regresó de golpe, arrancándole el aliento.

Josh. El nombre reverberó en su mente, y con él, las imágenes que se negaban a soltarse de su cabeza.

Josh con la becaria, con la camisa abierta y esa expresión lasciva satisfecha de quien no sentía ni una pizca de culpa.

Josh diciéndole que la amaba, que era la única para él, que confiara en su plan, en su futuro juntos.

Josh, ese hombre al que le había entregado tres años de su vida, al que había amado con entrega, a pesar de sus recelos, y soportando sus términos.

Un sollozo se atoró en su garganta. Tres años. ¡Tres jodidos años de mentiras, de una ilusión que alimentó en su cabeza como una empollona!

Se incorporó con lentitud, sintiendo el colchón mullido hundirse bajo su peso. Se pasó una mano por la cara, tratando de borrar las lágrimas que vertidas. No podía llorar por ese bastardo. No lo valía.

No es por él. Es porque me hizo sentir... Pequeña. Idiota. Una idiota crédula. El dolor de la humillación estaba ahí, aferrado a su pecho con garras invisibles.

No solo por la traición. No solo porque Josh la había engañado con una mujer más joven. No, el problema de fondo era la mentira. Las mentiras.

Había creído en él como hombre, como su futuro esposo, considerándole un profesional exitoso, un adicto a su trabajo. Había creído en cada detalle, en cada gesto planeado, en cada promesa de estabilidad.

¡Qué de hostias se daría, si no estuviese ya malherida! Era su culpa. Josh la había convencido de cada cosa que quiso, pero porque se lo permitió.

¿Se podía ser más crédula? Una gilipollas, eso era.

Soportando cada pollo que montaba, sus rabietas inmaduras.

Sus celos enfermizos, y sus desaires.

Las críticas disfrazadas de consejos bien intencionados.

Las pequeñas manipulaciones.

La forma en que, poco a poco, él fue moldeando la relación a su favor.

Marcia sintió una oleada de náuseas. Dios, ¿cómo no lo había entendido? Se abrazó a sí misma, tratando de contener el temblor en sus manos.

Pero eso no es lo peor. Era un maleante, un criminal. Con vínculos mafiosos. Brady lo dijo.

La Camorra. La palabra flotó en su mente y la piel se le erizó.

El hombre de traje impecable, David. El grandote con un arma en su cintura. Las amenazas veladas. El dinero que no cuadraba. Los cuadros desaparecidos.

Había huido de su apartamento, de Josh, pensando que estaba escapando de una relación podrida y unos ladrones. Pero no. Estaba escapando de algo más grande, algo que podía matarla.

La habitación pareció cerrarse sobre ella, y su respiración se aceleró. El inicio de un

ataque de pánico. Había visto y atendido alguno en el museo.

Marcia se obligó a jalar aire. A recordar dónde estaba. En casa de Brady O'Malley. *Brady*. El hombre que le había ofrecido su ayuda sin que se lo pidiera.

El que intuyó que necesitaba protección, una vía para escapar. Sin dudar, la invitó aquí, a su mundo. Le había dicho que no la dejaría sola.

Sus dedos se hundieron en las sábanas, enredándose en la tela como si fuera una línea de salvación. Había perdido todo. Su relación, su estabilidad, su trabajo.

¡Joder, su trabajo, que le había costado un Perú lograr, escalando puesto a puesto, trabajando horas sin descanso!

Mas no podía volver allá. Sería uno de los primeros lugares adónde Josh la buscaría. O ese tal Martin, si Josh le dijo que ella escuchó sus amenazas.

¿Sería tan cobarde, tan basura como para exponerla? Quería pensar que no, pero Brady...

Él había dicho que Josh estaba demasiado preocupado, y no precisamente porque descubrió su asunto con la becaria. Se estremeció.

El silencio de la habitación pesaba. Marcia se frotó los brazos, sintiendo la piel erizada, aunque no estaba segura de si era por el frío o por la incertidumbre.

¿*Estoy a salvo aquí?* Brady le había prometido ayuda, protección incluso, pero... ¿Debía confiar en él? No lo conocía.

Se mordió el labio, inquieta. Cuando él le habló de su pasado, cuando mencionó su conexión con la mafia irlandesa, su instinto no se disparó como cuando escuchó a aquel hombre de acento extranjero amenazar a Josh.

Y sin embargo, el peso de sus palabras regresó con más claridad. <<*No se juega con la mafia, lo sé bien. Crecí en el seno de la mafia irlandesa. Sé cómo funciona este mundo.*>>

Un estremecimiento le recorrió la espalda. Su sexto sentido le decía que Brady no era peligroso, que no era como los hombres con los que Josh hacía negocios.

Pero, ¿cómo podía saberlo con certeza? Había confiado en Josh durante tres años y había sido una catástrofe. ¿Qué le aseguraba que Brady no tenía sus propios secretos oscuros?

Tal vez la policía era la mejor opción. Tal vez debía hacer lo correcto, ir con ellos. No lo sabía.

Se levantó de la cama con un suspiro y fue al baño. Encendió la luz y la brillantez del mármol crema y dorado la hizo parpadear.

Cada detalle en este lugar hablaba de un lujo que no tenía cabida en su vida. Toallas gruesas, suaves al tacto, perfectamente dobladas.

Jabones y cremas de marcas que apenas podía pronunciar, alineados en una repisa de vidrio.

La ducha no era una cualquiera, sino un cubículo de cristal con múltiples cabezales, controles digitales y un banco empotrado de piedra pulida. Un spa privado, como los que aparecían en revistas.

Se acercó a la encimera y deslizó los dedos por la superficie del mármol frío. Marcia tragó saliva. Sabía que Brady O'Malley era un pintor famoso, pero verse rodeada de esa opulencia le dejó claro cuánto significaba "famoso" en términos financieros.

Giró la cabeza y sus ojos se encontraron con su reflejo en el espejo. La mujer que la miraba de vuelta parecía alguien ajeno a ella. Ojos hinchados, piel pálida, cabello enredado. Deshecha. Se acercó un poco más.

Entonces y por primera vez en todo el caos, recordó lo que Brady le había dicho por

teléfono.

Me está costando plasmarte en el lienzo. Algo se me escapa. Pensé que podrías entender...

Cerró los ojos por un instante. Hasta ese momento, había pasado por alto el significado de sus palabras. Había estado demasiado ocupada huyendo, demasiado aterrorizada como para digerirlo.

Pero ahora, en la calma artificial del baño de un hombre que apenas conocía, el peso de aquella revelación cayó sobre ella.

Brady la estaba pintando. El aire se le atascó en la garganta. Como Licenciada en Historia del Arte, había leído y releído sobre musas. Sobre los artistas que las perseguían obsesivamente, tratando de capturar su esencia en cada trazo.

Pero ella nunca se había considerado el tipo de mujer que inspiraba ese tipo de devoción. Y sin embargo, eso era para Brady O'Malley, al parecer.

Un escalofrío, distinto esta vez, le recorrió la columna. El pensamiento era... exhilarante.

O lo habría sido, si no estuviera en la peor situación de su vida. No podía permitirse pensar en eso, se instó.

Había cosas más importantes en juego. Como su seguridad. Como descubrir si estaba en peligro incluso aquí.

Pero podía tomarse un ratito para disfrutar. Se desnudó y entró a la cabina, y estuvo unos minutos tocando botones hasta que logró la temperatura y presión perfecta para los chorros que brotaron desde varios ángulos.

El agua caliente golpeó su piel como una caricia. Marcia dejó escapar un suspiro tembloroso mientras inclinaba la cabeza hacia atrás, dejando que el líquido resbalara por su rostro, por su cuello, purgando la tensión que se aferraba a sus músculos.

Cerró los ojos y se permitió sentir. El vapor envolviéndola, el peso líquido arrastrando consigo el miedo, la fatiga, el asco que se aferraba a su piel.

Había huido, había llorado, había temblado de miedo. Y seguiría haciéndolo. Pero en ese instante, aquí, bajo esta ducha ridículamente lujosa, podía robarle unos minutos a la desgracia.

Tomó uno de los frascos de champú, pesado y de vidrio esmerilado. Lo destapó y un aroma sofisticado la envolvió de inmediato.

Almizcle blanco, madera de cedro, algo floral que no terminaba de identificar. Costoso. Refinado.

Frotó la espuma entre sus manos y se hundió los dedos en el cabello con un placer involuntario, masajeando el cuero cabelludo con movimientos lentos, sintiendo cómo la opresión en su cabeza se disipaba poco a poco.

Era como si se estuviera rehaciendo, lavando la noche anterior de su cuerpo, despegándose de todo lo que Josh le había hecho sentir.

Los aceites corporales, dispuestos en pequeños frascos de vidrio con etiquetas elegantes, olían a vainilla negra y bergamota. Un aroma cálido, intenso, sensual.

Deslizó las manos por los hombros, por los brazos, por las curvas de su cintura, sintiendo la piel más tersa bajo sus dedos.

Giró ligeramente la cabeza, observándose en el reflejo borroso del vidrio empañado.

Sus curvas delineadas por el agua, la piel sonrojada por el calor, el cabello pegándose a su espalda como hilos oscuros. Se veía diferente.

Se envolvió en la toalla suave y fue hacia el espejo. Ojos oscuros, enmarcados por

pestañas humedecidas, la observaban desde el reflejo.

Por un instante, intentó verse como lo haría un pintor. Intentó imaginar lo que Brady veía.

Las sombras bajo sus ojos restaban brillo a sus pupilas, de habitual de un azul claro. Su boca, dibujada con capricho por la naturaleza, favorecía su labio superior con un arco de cupido muy pronunciado.

Tenía pecas leves en la nariz, que siempre le había parecido muy pequeña para su rostro. ¿Era esto lo que había querido plasmar?

El pensamiento le revolvió el estómago, no por desagrado, sino por la extraña mezcla de emoción y desconcierto que traía consigo.

Porque era absurdo que, en medio de todo, pudiera sentir siquiera un atisbo de emoción ante la idea de ser la obsesión de un artista.

Resopló y se llamó a la cordura. Era una mujer promedio, normal, nada estridente. Y no importaba qué tan perfumada y renovada estuviera.

Su vida seguía siendo un desastre.

Se vistió cómoda y práctica, con pantalones de mezclilla, una blusa en tonos pastel y unos zapatos chatos, y buscó su móvil. Su corazón se aceleró al no encontrarlo.

—¿Dónde está? —susurró con el pánico creciendo en su pecho.

Salió apresurada y recorrió el pasillo hasta llegar al salón. Brady estaba allí, de pie frente a la ventana, con una taza de café en la mano.

La luz tenue del amanecer delineaba su silueta. Cuando se giró hacia ella, sus ojos la encontraron. Expresivos. Le sonrió, y su atractivo rostro cobró brillo.

—Buenos días. ¿Pudiste descansar?—inquirió.

—Sí... Gracias. Yo... ¿Mi móvil?

—Tu teléfono se está cargando—dijo, señalando una mesa cercana—. Lo dejaste en tu bolso. Disculpa si fui atrevido, pero pensé que lo necesitarías. Debe haber otra gente a la que quieras ubicar.

Marcia caminó con rapidez y lo tomó entre sus manos. La pantalla estaba llena de notificaciones. Llamadas perdidas, mensajes. Suspiró con frustración.

—Gracias—murmuró, sin saber si quería revisarlo de inmediato o no—. Tendré que hablar con mis padres, luego.

Brady se acercó con calma y le extendió otra taza.

—Tómalo. Necesitas despejarte.

Ella aceptó y se sentó en el sillón de cuero negro. Dio un sorbo y sintió el calor extenderse por su cuerpo. Café fuerte, exactamente lo que necesitaba.

Brady la observó en silencio, luego se sentó frente a ella.

—Ahora que dormiste y estás más lúcida, dime qué quieres hacer.

Marcia bajó la taza y se humedeció los labios.

—Debería ir a la policía. Esto es lo correcto...—dijo.

El teléfono sonó, y sus ojos fueron a la pantalla, en la que alcanzó a leer parte de un mensaje.

Josh: Recuerda que sé lo de Isabel, y si...

Marcia sintió un escalofrío. Su estómago se encogió al darse cuenta de lo que le decía.

Isabel, la joven migrante que trabajaba como empleada de limpieza en el museo. Cuando la policía de migración hizo una redada allá, Marcia mintió. La escondió, le dio refugio en su piso durante dos semanas. Tenía una niña pequeña.

Lo hizo porque era lo correcto, porque nadie debía ser arrancado de su hogar de esa manera. Lo haría otra vez sin pensarlo. Pero, ¿cómo lo sabía Josh? Había evitado contarle porque sabía que le diría que era una tonta, que todos los migrantes eran basura, criminales.

—Marcia... ¿Qué ocurre? Te pusiste pálida... Oye, ¿qué...?

—No puedo ir a la policía—susurró, sus dedos apretando con fuerza la taza de café.

Brady la miró con el ceño fruncido.

—¿Por qué no? Josh es un criminal, si cuentas lo que viste, la policía podrá protegerte.

No es que confíe en las fuerzas del orden, en verdad. Pero...

Marcia negó con la cabeza, su respiración temblorosa.

—Él sabe algo... Mira...

Le mostró el mensaje, y él arrugó el entrecejo.

—Es una amenaza implícita.

—Si lo denuncio, pondré en peligro a mi amiga. Es una muchacha que trabaja en el museo.

Brady entrecerró los ojos, la mandíbula tensa.

—¿Qué ocurre con ella?

—Es mexicana. No tiene papeles. La ayudé hace un año. No podía dejar que la deportaran, tiene una niña pequeña. Josh sabe eso, al parecer. Si voy a la policía, se vengará con ella, eso me dice en ese mensaje. ¡Es un bastardo!

Brady se pasó una mano por el cabello, exhalando con frustración.

—Un hijo de puta...

Hubo un silencio pesado entre ellos antes de que Brady hablara otra vez.

—Anoche contacté a un amigo. Louie. Es analista de sistemas. Y hacker, de los buenos —aclaró—. Le pedí que buscara información sobre el hombre con el que Josh se reunió.

Marcia se tensó, sintiendo el pánico crecer en su pecho.

—¿Y sobre Josh? —preguntó, con un hilo de voz.

Brady apretó los labios y asintió.

—Sí. Y no son buenas noticias.

Capítulo 7

Louie ajustó sus gafas con un gesto automático, su mente inmersa en líneas de código y patrones de tráfico digital.

Estiró los dedos antes de volver a teclear. La penumbra rodeaba su estación de trabajo en la oficina de ciberseguridad de Davagh.

Las múltiples pantallas proyectaban un resplandor azul sobre su rostro. Bostezó. Era muy tarde en la noche.

Era probable que no estuviesen más que él y los guardias de la seguridad abajo, en recepción, pero a él le gustaba así.

Menos interrupciones. Silencio. Y un campo de juego más despejado para rastrear cualquier anomalía en la red de la compañía.

Había pasado la última hora reforzando los cortafuegos, parcheando vulnerabilidades y asegurándose de que ninguna amenaza cibernética lograra colarse en las operaciones financieras de la empresa.

Un intento menor de intrusión había captado su atención, pero no era nada preocupante que indicara algo fuera de lo común.

Estaba considerando dar por finalizada su labor cuando su monitor parpadeó con una notificación en su línea segura. Era un mensaje entrante. Extraño, dada la hora.

Y más raro quién lo enviaba. Uno de sus jefes. Brady O'Malley. El eterno ausente de la compañía por estos días. Sonrió. Esas eran buenas noticias: estaba pintando.

¿Qué querría de él? Arqueó una ceja y terminó el resto de su café, ya frío, antes de abrir el mensaje. No le daba buena espina esto, joder.

Brady no era de los que enviaban mensajes para saludar o preguntar gilipolleces.

Sentía verdadera estima por este O'Malley. Era un hombre sufrido, un soñador que había pagado un duro precio por ello.

Su historial médico era uno de horrores infligidos por su padre. Louie la había pasado mal enterándose. *Bien muerto está*, pensó, sin arrepentirse del exabrupto mental.

Louie era un pacifista, defendía el planeta desde su pequeño lugar, a diario. No usaba aerosoles, donaba dinero a caridades caninas y de veteranos de guerra, y cuando podía ayudaba en una biblioteca comunitaria.

Pero su trabajo en los últimos años le había permitido conocer mucha mierda, y el sondear en la vida digital de gente muy mala le había dejado cicatrices mentales.

Que se agregaban a su disyuntiva más grande, la que le quitaba el sueño y... *Focaliza, vamos.*

Brady: *Necesito que busques información sobre un tipo. Josh Mac Donald. Es un marchand de arte conocido aquí en Boston.*

Brady: *Y sobre un hombre que se reunió con él ayer por la noche en su galería de arte. Su nombre es David, y tenía un guardaespaldas con él. ¿Crees que puedes hacerlo?*

Louie rodó los ojos. ¿Si podía? Por favor. ¿Es que no habían presenciado ya su genialidad en acción?

Contrólate. ¿Estás esperando un aplauso de pie y una ovación? No lo necesitas... Aunque tampoco dolería.

Rio, y meneó su cabeza. Se le estaban pegando los modismos de su amiga Minerva.

Louie: *¿Algo específico que deba buscar?*

Brady: *Lo que encuentres. Busca en la superficie. Si el tal David es quien creo, esto será serio.*

Brady: *Cuentas bancarias escondidas, conexiones con arte robado, cualquier suciedad.*

Louie chasqueó la lengua y empujó la silla hacia atrás con un movimiento fluido, estirando los brazos sobre la cabeza hasta que un crujido satisfactorio recorrió su espalda.

Se levantó de un tirón, desperezándose como un gato que acaba de decidir que es hora de moverse.

No podía abordar esta nueva tarea con los reflejos adormilados. Se dirigió a la cafetera. Iba a necesitar dosis doble de cafeína.

Luego, se tendió en el suelo y comenzó a hacer flexiones, buscando que la sangre circulara más rápido y despertara cada músculo que había estado demasiado tiempo pegado a la silla.

Uno. Dos. Tres. Cuatro. El sonido de la máquina de café marcaba el ritmo.

Cuando llegó a diez, se puso de pie de un salto, sacudiéndose las manos y tomando su taza con una media sonrisa. Bien. Ahora sí.

Se dejó caer en la silla, deslizando los dedos sobre el teclado. La adrenalina zumbó en su pecho, una corriente de electricidad que siempre lo atravesaba cuando algo realmente importante llegaba a su pantalla.

Porque él vivía para esto. Para ser necesario. Para ser la persona a la que llamaban cuando las cosas se complicaban. Estar ocupado y resolver los asuntos de los demás le daba una sensación de valor.

Sus dedos comenzaron a moverse, veloces, seguros, mientras una sonrisa torcida se dibujaba en su rostro.

Hora de jugar y hacer que sus tentáculos invisibles atravesaran las redes, escarbando en bases de datos públicas y privadas.

Josh Mac Donald. El tipo tenía una presencia bien pulida en internet: dueño de varias propiedades de lujo, además de la galería. Un empresario, exitoso. Colaborador en eventos benéficos.

Un hombre hecho a sí mismo, si atendía a lo que decía su resumen. Mmm, sí, como no. Esa fortuna no podía ser fruto de intercambios normales o legales.

Josh era guapo. Facciones cinceladas, sonrisa encantadora, la imagen perfecta del hombre de éxito. Pero algo en sus ojos lo hizo detenerse.

Louie amplió una de las fotos, observando con detenimiento. Los ojos, siempre la mirada era lo que les denunciaba. No podían esconderlo.

Bien decían que eran el espejo del alma. A juzgar por los de Mac Donald, no era limpia, porque no reflejaban nada. Eran planos, sin brillo.

Una sonrisa perfecta, pero ojos vacíos. Estos podían ser un velo o una ventana, una fortaleza inexpugnable o una grieta por donde se filtraba la verdad. Lo había leído alguna vez, pero lo había aprendido en la vida real.

Louie era observador, y había mirado a los ojos de hombres y mujeres que hablaban sin abrir la boca.

Declan, su jefe, cuyos ojos eran un tablero de ajedrez en sombras, cada parpadeo un movimiento calculado, cada destello de emoción medido con precisión quirúrgica. Hasta que llegó su esposa, claro.

Pipen, el dueño de la agencia que monitoreaba la seguridad de las propiedades O'Malley. Su mirada impenetrable como una puerta de acero cerrada a cal y canto, pero con

destellos de humanidad.

Minerva, en cambio, ardía. Su mirada era un filo de obsidiana, brillante y peligroso, una llamarada de curiosidad y fuego.

Y los ojos que más le gustaban, esos que le hacían trastabillar. Verdes, firmes y seguros. Elijah. *No, Louie. Stop. Nada de pensar en ese hombre*, se ordenó con dureza, y cerró la foto de Josh con un clic más fuerte de lo necesario.

Se centró en buscar al segundo hombre, el tal David. No le costó nada acceder a las cámaras de la calle y la galería de arte, al menos a algunas áreas generales.

La seguridad era mediocre. Chasqueó la lengua y rodó los ojos, haciendo un gesto con la mano como si tocara un diminuto violín en el aire.

—Vamos, denme algo interesante.

Y entonces, ahí estaban. Dos hombres entrando en la galería en la noche, el más grande forzando la cerradura.

Louie entornó los ojos, adelantó la grabación con un movimiento ágil del ratón y se inclinó hacia la pantalla.

Los tipos tenían la exacta imagen de mafiosos. Bien vestidos, pero el abrigo del más grande tenía cortes holgados perfectos para esconder un arma.

Postura relajada, pero con el peso del cuerpo distribuido de manera precisa, listos para reaccionar en cualquier momento.

Un aire de calma estudiada, de depredadores acostumbrados a moverse en la sombra.

Louie exhaló por la nariz, su mente ya conectando los puntos antes de siquiera obtener sus nombres.

—¿Quiénes son, eh? Vamos a ver qué tenemos aquí...

Corrió los programas de reconocimiento facial, tamborileando los dedos sobre la mesa mientras la inteligencia artificial hacía su trabajo. Cinco segundos. Ocho.

Una notificación parpadeó en la pantalla. Louie se inclinó sobre el escritorio, su expresión cambiando de la diversión casual a un interés real.

—Ajá.

El nombre apareció de inmediato: David Lupin. Louie alzó una ceja. Ese nombre no le era desconocido.

Abrió un par de archivos y, en cuestión de segundos, se encontró con un historial tan negro que casi sintió la necesidad de ir por más café.

—Madre mía...—murmuró, arrastrando la silla un poco hacia atrás.

David Lupin estaba vinculado a múltiples robos de arte en Europa y América del Norte. Y no cualquier robo.

Obras maestras que habían desaparecido de colecciones privadas sin dejar rastro. *La Virgen del Clavel*, de Botticelli, un golpe maestro en Florencia. El escandaloso robo de *El Jardín de la Villa Medici*, de Velázquez, sustraído de un coleccionista en Madrid.

Louie descruzó los brazos, frotándose la barbilla con una mezcla de asombro e incredulidad.

—Así que el amigo de Josh no es un estafador cualquiera. Es un maldito ladrón de altas esferas, y un fantasma.

Obras valuadas en millones. Desaparecidas. Nunca recuperadas. Apretó los labios. Imposible que alguien así operara sin conexiones peligrosas.

Y ahora, ese hombre estaba en Boston. Se quitó las gafas y frotó sus ojos con el pulgar y el índice, exhalando lentamente mientras el peso de la información se asentaba en su pecho.

—Brady, tío, ¿en qué demonios te has metido?

Pasó una mano por su cabello desordenado y miró la pantalla, pero la respuesta no estaba allí. Esto olía a problemas serios.

Louie se reclinó en la silla y giró, sus ojos cerrados. Su pierna comenzó a rebotar contra el suelo, un viejo hábito cuando algo le inquietaba más de la cuenta.

Joder, todo había estado yendo demasiado bien.

Davagh prosperaba. Declan y Brady habían logrado cortar lazos con la mafia sin que los cadáveres se apilaran en su puerta, sin tener que mirar por encima del hombro cada vez que salían de casa.

Habían trabajado jodidamente duro para eso. ¿Sería que estaba por estallar una bomba?

Giró el anillo en su dedo, un gesto distraído que delataba su inquietud. Sus instintos le gritaban que esto era el inicio de algo feo.

Se inclinó de nuevo sobre el teclado y apoyó los codos en la mesa, pasándose las manos por la cara.

Si Brady estaba metido en esto, entonces él también lo estaba. Suspiró y tomó un trago de su café...

Hizo una mueca. Estaba helado. Joder, sería más fácil si le gustara el Frapuccino, o alguna de esas bebidas pretenciosas, pero no, le gustaba negro y caliente.

Esto no lo detuvo de hundirse en las cuentas bancarias de Mac Donald, en especial la que tenía bajo un nombre falso. Aquí fue donde encontró lo peor.

Transacciones ocultas, transferencias con descripciones ambiguas, pagos provenientes de cuentas vinculadas a empresas que eran fachadas de la mafia italiana.

Estaba claro: Josh Mac Donald no solo estaba involucrado en el robo y venta de arte ilegal, sino que además lavaba el dinero de gente peligrosa.

Sabía que Brady no se acercaría a este tipo de gente sin una razón fuerte. Tenía que ser que alguien se lo había pedido.

¿Quién? Louie tamborileó los dedos contra el escritorio mientras procesaba la información.

Es posible que esto requiera el enfoque de profesionales, se dijo. Esperaba que Brady estuviera tomando recaudos.

Le diría que contactara a Pipen. El Vikingo era muy bueno, y lo mismo sus hombres. Como Elijah.

—Argh, Louie, sutil.

Dios, ¡qué cliché era! Sacudió la cabeza, abochornado.

Un clásico: el twink (porque eso era él, y no importaba que nunca lo admitiese o se comportara como uno), que sueña con el hombrón musculoso.

Anda, Louie, lo mejor es que dejes las fantasías para tu casa. Este no era momento para fantasías. Tenía que llamar a Brady y decirle lo que había encontrado.

Porque lo que tenía en sus manos no era solo información preocupante. Era una bomba.

Capítulo 8

El calor de la taza le quemaba los dedos, pero Marcia no la soltó. Necesitaba algo real que la anclara. Sorbió con cuidado el té que olía a bergamota y miel, pero no sintió el sabor en su boca seca.

Ese jodido malnacido de Josh. Le había puesto el mundo de cabeza.

Sentada en el sillón de cuero negro, con la espalda rígida y los hombros tensos, levantó la mirada hacia Brady.

Él estaba inclinado sobre la mesa, los codos apoyados, los dedos entrelazados, su expresión seria. Observador. Paciente. Esperando.

Marcia apretó la mandíbula y rompió el silencio.

—¿Qué averiguó tu amigo?

Brady no respondió de inmediato. Sus ojos se afilaron un poco, como si estuviera evaluando cuánto debía decirle.

—Bastante. Y nada bueno.

Sí, eso sonaba ominoso.

—Okay—dijo bajito—. Dime, no te guardes nada. Parece que no, pero soy fuerte. Solo estoy...

—Sacudida. Y es más que entendible—dijo él, asintiendo.

Marcia parpadeó para no quedar prendada de los ojos gentiles que no perdían un ápice de profundidad.

No había molestia, fastidio, o temor en Brady O'Malley a pesar de la mierda que le había traído a su puerta.

Si este fuese Josh...

No lo es. Es infinitamente mejor, un hombre de verdad. Alguien confiable.

Sus instintos se lo gritaban. Les haría caso esta vez. Dios sabe que le habían dado alaridos para que se quitara de la vida de Josh, y les ignoró.

Los resultados estaban a la vista.

—Louie investigó a Josh. A fondo, accediendo a lo que no es accesible para la gente simple como nosotros. Es un hacker fenomenal, y ha sido un baluarte en momentos muy complicados para mí y mi hermano Declan.

—Entiendo—asintió.

—El tipo que viste esa noche, es quien creía—dijo Brady, la voz tranquila pero firme—. David Lupin.

Marcia sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

—Hubiera sido un alivio que te equivocaras—susurró.

—Créeme, era lo que quería.

Él se sentó en el sillón al frente, y apoyó sus antebrazos en las rodillas. La mirada de Marcia fue a sus dedos largos en los que había diminutos restos de pintura. Debe ser difícil quitarla, pensó, distraída.

Luego, sus ojos barrieron los antebrazos y bíceps marcados que la playera sin mangas dejaba al descubierto. Entrenaba, sin dudas.

—Josh no es solo un galerista con conexiones dudosas.

La voz grave la sacó de su ensimismamiento. Estaba claro que prefería perderse en la contemplación del fino ejemplar de hombre al frente que escuchar lo jodida que estaba.

—Su galería se utiliza para lavar dinero del mercado negro del arte. Es la explicación

para su relación con Lupin, y para los ingresos de dinero a sus cuentas. Louie encontró transferencias sospechosas, cuentas en paraísos fiscales, pagos encubiertos...—hizo una pausa y la miró fijo.

Ella sintió vergüenza. ¿Cómo no había sospechado nada?

—Te juro que no sabía de eso.

—No tienes que jurarlo. Sé que ha sido un descubrimiento terrible. El hombre con el que se reunió está vinculado con una red internacional de robo de arte. Se le atribuye el robo, o colaboración, con pinturas como *La Virgen del Clavel* de Botticelli o *El Jardín de la Villa Medici* de Velázquez.

Marcia sintió un vuelco en el estómago, un tirón repentino en la boca del estómago que la dejó sin aliento. ¡No podía ser!

El nombre de la pintura trajo un recuerdo que le hizo erizar la piel. *El Jardín de la Villa Medici*. Conocía esa historia, la había fascinado desde siempre, porque ese robo había sido uno de los más audaces y misteriosos del mundo del arte.

Fue un golpe preciso, quirúrgico en su ejecución. Una obra maestra desaparecida sin dejar rastro.

Había leído sobre ello con la misma pasión con la que un arqueólogo estudia ruinas perdidas, imaginando lo que sería poder ver la pincelada vibrante de Velázquez, pararse frente a la obra y absorber cada matiz de luz y sombra.

¡Y había hablado con Josh sobre eso! En una cena cualquiera, en una conversación ligera, sin importancia. Había mencionado cómo soñaba con que el museo recobrara la pintura algún día.

Josh había fingido desinterés. Se había encogido de hombros, cambiado de tema, actuado como si no tuviera idea de lo que estaba diciendo.

Pero ahora, con la verdad golpeándola en la cara, se dio cuenta de que no había sido desinterés. Había sido algo más oscuro.

La taza en sus manos crujió levemente bajo la presión de sus dedos.

—Qué ironía...—musitó, y sacudió su cabeza, su boca esbozando una sonrisa amarga.

¡Qué de desengaños estaba teniendo!

Brady frunció el ceño.

—¿Qué cosa?

—Hablé con él sobre esos robos. Sobre esas piezas. Y él fingía no saber nada. ¡Hipócrita, ladrón! Para él el arte es dinero, mercancía. Simples productos. Pero de insensible y materialista a traficante... Son muchos pasos.

La rabia en su pecho ardía con cada palabra, el sabor de la decepción anidándose en su lengua.

Brady asintió con lentitud.

—A los tipos como él no les interesa el arte por lo que representa, por su historia o su belleza. Solo ven números—Su desprecio era evidente, pero su tono se mantuvo sereno—. Pero podemos hacer algo al respecto.

Marcia lo miró con incredulidad.

—¿Podemos? ¿Cómo? No puedo simplemente denunciarlo. No puedo...

Se interrumpió y bajó la vista. *Isabel*. Su amiga estaba en riesgo, y Marcia no la expondría. Josh lo sabía, y tomaba ventaja. ¡Sucio que era!

Brady pareció leer sus pensamientos.

—Podemos ayudar a Isabel y a su familia a estar a salvo. Reubicarlos, si es necesario.

Marcia levantó la cabeza de golpe.

—¿Podemos?—sacudió su cabeza, abatida.

No veía la manera. Era una mujer sin conexiones, con un empleo en un museo. *Nadie importante.*

El que su cerebro le trajera estas palabras, las que solían aparecer en boca de Josh cuando se enfadaba, la puso de malas.

Era culpable de tolerar la manipulación de este criminal que era Josh Mac Donald.

—Sí, Marcia. Podemos hacerlo. No estás sola.

—¿Por qué harías eso? No me conoces. No la conoces. Es decir, es una buena mujer, trabajadora como la mejor, honesta...

Brady se encogió de hombros, como si la respuesta fuera evidente.

—Porque sé lo que es estar desesperado. Porque tengo los medios para hacerlo. Y porque quiero ayudarte.

Marcia lo miró con fijeza, intentando descifrarlo.

Suspiró, pasándose una mano por la cara.

—No puedo quedarme en Boston—dijo en voz baja. —¿Cuánto tiempo podría huir de él? Me enfurece que todos mis puentes fueron explotados ayer. Mi trabajo... Mi piso, la cafetería que me gusta, el lugar del parque al que me gusta ir... No tengo sitio seguro adónde ir.

Brady apoyó los antebrazos en las rodillas y la observó con seriedad.

—Conozco a gente que puede ayudarnos a encontrar una salida segura. Profesionales en la protección personal.

Algo en su tono hizo que Marcia se tensara. Lo observó con cuidado.

—Yo... No podría pedirte eso—su voz salió más débil de lo que le habría gustado.

Se levantó con brusquedad, sintiendo que el calor en su pecho se volvía vergüenza. ¿Qué hacía acá, comprometiéndolo, trayéndolo a su desastre?

—Te super agradezco que me ayudaras, pero ya he ocupado suficiente espacio. Gracias por la hospitalidad, Brady. No sé en qué estaba pensando al venir aquí.

Se dirigió hacia la habitación. Empacaría y se iría. Tenía que advertir a Isabel para que hiciera lo mismo.

La pobre tenía sus petates más importantes siempre listos, en previsión de que algo así ocurriese. ¡Qué terrible vivir así, con esa inseguridad!

Pero antes de que llegara a la puerta de la habitación, una mano firme rodeó su muñeca. La mirada intensa de Brady pareció quemarla. Su rostro muy serio, sus ojos entrecerrados, todo él hablaba de tensión.

—Viniste a mí por ayuda, porque te la ofrecí. Es incondicional, Marcia, y no me arrastras a nada que no quiera. Elijo ayudarte, y a esa mujer, Isabel. Es lo correcto, y alguien lo hizo por mi alguna vez. No te dejaré enfrentar esto sola. No. Estás. Sola—le dijo, con determinación.

El alivio inenarrable que Marcia sintió demostró lo mucho que esto significaba. Su corazón latió fuerte contra sus costillas.

Y por primera vez en horas, en casi dos días, sonrió. Brady O'Malley era la respuesta a las plegarias que no había vertido, y tenía que agradecer al Universo por eso.

++++

El timbre sonó, profundo y seco, reverberando en la quietud de la sala. Brady se puso de pie de inmediato, cruzó el espacio con paso firme y abrió la puerta sin dudar.

Pipen estaba en el pasillo. Grande, sólido, un muro de carne y determinación vestido en una chaqueta oscura de corte impecable.

Sus rasgos nórdicos parecían más obvios hoy. El cabello rubio ceniza, la barba bien recortada, los ojos de un azul frío. Un hombre que sabía cómo imponer respeto sin necesidad de levantar la voz.

Pero no era solo su físico lo que dominaba la entrada, era su presencia. La seguridad sin esfuerzo de alguien que había estado en situaciones demasiado serias y salido ileso de ellas. Y como su tarea era proteger, eso implicaba que quienes lo contrataban tenían al mejor de su lado.

Brady no tuvo que decirle nada. Pipen ya sabía por qué estaba allí, se lo había adelantado. Lo quería en su mejor comportamiento con Marcia, sin hostigar o ir directo a la yugular de la mujercita.

Pipen podía ser incisivo en sus interrogatorios, y preguntaba sin anestesia. Brady no quería que nada la perturbara. Más. Había recibido muchos golpes emocionales entre ayer y hoy.

—Así que ella es la causa de la *situación*—dijo Pipen con voz baja y calmada, mirando por encima del hombro de Brady.

Les separaban casi diez centímetros, y varios más de ancho. Le hizo un gesto para que ingresase, y el gigantón entró con la cadencia de un felino.

Marcia, sentada en el sillón de cuero negro, aún aferraba su taza de té, y miró a Pipen con desconfianza.

Brady tuvo que concederle, el vikingo hacía magia cuando quería. Esta vez fue ejemplo, pues cuando se acercó a Marcia, todo gesto duro abandonó su rostro, y una sonrisa amable aligeró el encuentro.

Un faro, eso debía parecer el gilipollas, pensó, con más calor del necesario. Se apuró a ir a su lado y señalarle el sillón más alejado de Marcia, mientras él se sentaba justo al lado de ella.

Pipen elevó una de las comisuras de su boca y le miró con sorna que Brady ignoró. El grandulón también podía ser idiota, a veces.

—Marcia, él es Pipen. Es dueño de una agencia de seguridad...

—De la mejor agencia—intervino aquel, e hizo un guiño a Marcia, que sonrió, comenzando a alivianar su postura—. Y a tus órdenes, Marcia. Un gusto conocerte.

—Igualmente. Gracias por venir.

—No te preocupes por nada. Estoy aquí para ayudarte.

—Y parece que lo necesito. Mucho.

Brady observó a Marcia con detenimiento, su mirada deslizándose por cada pequeño detalle que la hacía parecer aún más vulnerable en ese instante.

Los jeans, gastados en las rodillas, se ajustaban a sus piernas con la holgura cómoda de alguien que no buscaba destacar, sino desaparecer.

La sudadera extragrande la envolvía como un caparazón, escondiendo su figura, más como una barrera contra el mundo que una prenda casual.

Sus manos, crispadas sobre su regazo, se estrujaban una contra otra, los nudillos tensos, los dedos entrelazados como si solo el contacto con su propia piel pudiera contener el temblor.

Pero lo que más lo golpeó fueron sus ojos.

Ojeras violáceas sombreaban su piel pálida, hundiendo la luz de su mirada en un cansancio que no solo era físico, sino profundo, como incrustado en sus huesos. El tipo de agotamiento que no se cura con una buena noche de sueño.

Se veía más joven así, desprovista de la firmeza con la que la había visto en la galería, sin la compostura estudiada con la que se movía en su mundo. Más frágil. Más desprotegida.

Y, aun así... Seguía siendo hermosa. No de la manera evidente y cuidada de las mujeres que saben que están siendo observadas, sino de una forma cruda, sin artificios.

Los dedos de Brady picaron por tomar el pincel, por capturar esa imagen, por plasmar en un lienzo lo que la luz hacía con su piel, la curva sutil de su boca, la melancolía hundida en su expresión.

Pero no podía, no ahora. Ella no necesitaba ser inmortalizada en pintura. Necesitaba ser salvada, y haría lo necesario.

Para eso estaba Pipen aquí. Se concentró en seguir el diálogo que este guiaba.

—Así que, Marcia, estás en problemas.

—Lo estoy, y gordos.

—Brady me contó un poco, y ya tengo en mis manos la información que Louie recabó. Así que sé los nombres de los que te tienen en la mira y algunos datos de ellos.

—Ouch—dijo ella—. Así expresado...

—Sí, me disculpo, sonó ominoso. Quiero que estés tranquila. Esto para ti es terrible, pero para nosotros es común. Ten confianza, te protegeremos.

Ella asintió.

—Necesito que me cuentes lo que recuerdes con lujo de detalles, para hacerme una idea precisa. Desde el principio.

Capítulo 9.

Brady observó a Marcia con atención, y no pasó por alto el ligero temblor en sus manos cuando dejó la taza en la mesita.

Cada célula suya pugnaba por rodear sus hombros con su brazo y decirle que no temiera, que la cuidaría. La creciente necesidad de estar cerca, de tocarla, era preocupante.

O no. ¿Qué tenía de extraño que le gustara, que se sintiera convocado por su belleza, por el candor que desprendía? Era lo normal entre un hombre y una mujer.

Salvo que él no había tenido una atracción así en...

Nunca, en verdad. Él conseguía liberación y satisfacción en el club privado, o en los ligues mediados por las aplicaciones digitales. Encuentros rápidos, semi furtivos, sin conexiones verdaderas. Puro sexo.

Joder, casi gruñó, molesto porque no parecía poder concentrarse.

—Olvidé mi laptop—comenzó ella a describir lo que Pipen le había pedido, su voz baja, pero firme—. Por eso volví a la galería, que ya estaba cerrada. Abrí... Tengo una llave—indicó, y Pipen asintió—. Cuando llegué al área de oficinas... Los escuché... Me acerqué... Él... estaba... Con una mujer. Una becaria. Ya sabe. follando.

Se movió en su asiento, y su rostro transparentó la vergüenza.

La humillación. Ah, la traición le punzaba, le dolía. ¿Cuán enamorada estaba? ¿La decepción había atemperado el sentimiento, o este perduraba debajo de la ira?

Era algo que Brady ardía por averiguar.

—"Él" es Josh Mac Donald—dijo Pipen.

Marcia asintió.

—Mi novio. Bueno, lo era. Durante tres años.

Pipen no reaccionó, solo asintió con la cabeza, dándole espacio.

Brady sintió una punzada en el estómago. Tres años era mucho, y ella había confiado en alguien que no lo merecía por todo ese tiempo. Tenía que ser muy removedor.

Ella respiró hondo y continuó.

—Dudé qué hacer. Sé que confrontarlo hubiese sido lo adecuado—continuó Marcia, el volumen de su voz descendiendo—. Pero detesto la confrontación. Iba a irme, a darme la vuelta y largarme cuando...

Se detuvo. Su mano apretó el borde de la sudadera.

—El ascensor sonó—susurró.

Pipen inclinó la cabeza.

—¿Qué hiciste?

—Me escondí. Me metí debajo de una mesa, cerca de la oficina. Desde ahí, podía ver la puerta entreabierta, lo suficiente para ver quiénes entraban.

Brady vio cómo su garganta se movía al tragar saliva, cómo sus dedos se crispaban sobre la tela de su ropa.

—La becaria salió de la oficina. Supongo que escucharon el ascensor—continuó, sin mirarlos—. Y luego... ellos entraron.

—Descríbelos, por favor—dijo Pipen.

—No los vi bien, ya te dije que estaba escondida. Como una cobarde.

—Nada de eso—dijo Pipen, adelantándose a Brady—. Fue una decisión muy inteligente, Marcia.

Ella se encogió de hombros, nada convencida. Brady suponía que le había quedado

pendiente la confrontación con Josh, el enrostrarle en persona que sabía de su traición.

Por fortuna no lo hizo, pensó. No estaría aquí, con él, bajo su techo y su protección.

—Uno era alto, bien vestido, con un acento extranjero. Se movía con calma, como si tuviera el control absoluto de la situación. Aunque estaba enojado con Josh, eso fue obvio.

Brady sintió la tensión en su propio cuello, los músculos endureciéndose, y eso que ya había escuchado la historia.

—El otro era enorme. Silencioso. No dijo nada, pero se movió detrás del primero... y llevaba un arma. No podía moverme—murmuró Marcia—. Solo escuché. Y lo que escuché...

Se pasó una mano por el rostro, con los ojos cerrados.

—Hablaron de dinero, de pinturas... De que Josh tenía que arreglarlo antes de que fuera tarde. Mencionaron arte... y Josh llamó David al más bajo.

—Sabemos que es Lupin ahora—confirmó Pipen.

Marcia torció la cabeza para mirar a Brady por primera vez en toda la conversación, como si buscara certezas en él.

—Hiciste bien en no moverte, en no dejar que te vieran—dijo Pipen—. Esos hombres no son de los que dejan cabos sueltos.

El miedo se reflejó en los ojos de Marcia, aunque trató de disimularlo bajando su vista.

Pipen apoyó los codos en sus rodillas, sin apartar la mirada de ella. Su tono bajó, su postura era la de alguien que había hecho esto muchas veces antes.

—Sé que esto es difícil, pero quiero que sepas algo. Yo no soy policía. No soy juez, ni verdugo. Lo que me digas queda entre nosotros. Brady me contrató para protegerte, y eso haré, contra viento y marea. Mis hombres y yo somos jodidamente buenos en esto.

Brady vio cómo Pipen hacía lo que mejor sabía hacer y lo que lo diferenciaba de otros empresarios de la seguridad: convertirse en un puerto seguro.

Marcia exhaló despacio, su respiración aún entrecortada, pero bajando la guardia un poco.

Sí, había hecho bien en traerlo aquí, Pipen era el hombre correcto para esto.

—Bien. Ahora necesito tu teléfono.

Ella frunció el ceño.

—¿Mi teléfono?

—Tus redes, cuenta de correo... No puedes usarlas. Si ellos te buscan, intentarán rastrearte por todos los medios posibles. Tenemos que asegurarnos de que no puedan hacerlo—explicó Pipen.

—Pero... Mis padres... Mi familia...

—Veremos de darte una línea segura y...

Antes de que Marcia pudiera responder, el timbre sonó otra vez.

Brady se levantó y abrió la puerta para dar paso a Louie, que traía su computadora bajo el brazo y una sonrisa relajada en el rostro.

—¿Interrumpo algo?—preguntó con tono jovial, pero cuidadoso.

—Para nada. Louie, ella es Marcia. Marcia, Louie es el mejor hacker que conozco—dijo Brady—. Y además, un amigo.

Así lo sentía, porque el hombre había estado para él y su hermano en momentos complejos. Ahora que trabajaba en Davagh, más cerca lo sentía. Aunque Brady solía desaparecer de la empresa cuando tenía sus brotes creativos, como esta pasada semana.

Marcia lo saludó con un pequeño asentimiento, y fue obvio que se sintió aliviada por su presencia.

Louie parecía un joven sin problemas, con el que se conectaba fácil, y en parte lo era. Tímido y algo nerd en ocasiones, pero confiable al ciento por ciento.

—Hola, Pipen—Louie se acomodó en la mesa grande y abrió su laptop—. Traje lo necesario para empezar a trabajar.

—Llegaste justo. Gracias por esto—dijo Pipen—. Declan ya sabe que no cuenta contigo por unos días.

Mm, pensó Brady. Declan no demoraría en llamarle, eso era seguro.

—Estaba explicando a Marcia que se debe alejar de sus dispositivos y redes—indicó Pipen, en tanto.

—Me temo que sí.

Louie hizo una mueca de disculpa a Marcia, y esta asintió y le sonrió. Brady sintió alivio.

—Okay.

Ella se incorporó y tomó su móvil de donde se cargaba, y se lo alcanzó al hacker. Louie tomó su teléfono con movimientos fluidos pero precisos, su pulgar deslizándose por la pantalla mientras abría distintas aplicaciones y configuraciones.

Se inclinó un poco hacia Marcia, mostrando con gestos rápidos pero didácticos cómo las redes, la geolocalización y las conexiones podían exponer su ubicación sin que ella siquiera lo notara.

—Si no te molesta, necesito tus contraseñas—le dijo, y ella asintió y le murmuró estas una a una. Louie tomó nota, aunque Brady no tenía duda de que no las necesitaba.

Era un gesto de delicadeza con Marcia que agradeció.

—Intentarán localizarte por tus dispositivos si te ven como amenaza... Mira, has estado transmitiendo tu localización en tiempo real con Josh. En algún momento lo autorizaste y...

—No, no lo hice—negó ella, frunciendo el ceño. Tranquila con eso, aún no lo tenemos claro...—se apresuró a decir Louie.

—¿Así que sabe dónde estoy?

—La localización no es exacta, señala un radio extenso. Para tener el punto exacto, hay que triangular la señal, etcétera. Esa es tarea de gente con más conocimiento que este Josh. Espero.

—Dios... Me aterra esto—susurró ella.

Brady apretó sus labios y sus manos.

—Tranquilo, tío. Joder, estás más involucrado de lo que pensé—le murmuró Pipen.

Le miró y torció un gesto. No lo podía negar.

—Lo mejor es que tome control y empiece a monitorear si hay intentos de acceso sospechosos—Levantó la mirada hacia Pipen, esperando su aprobación—. Si alguien intenta contactarla, puedo intervenir y espiarlos.

Pipen no tardó ni un segundo en asentir.

—Si Marcia accede...

—Hazlo—dijo ella.

—Perfecto. No podemos dejar que nos tomen ventaja.

Louie ya estaba trabajando, sus dedos volando sobre la pantalla, cada tanto murmurando algo para sí mismo mientras configuraba el acceso.

Un golpe seco en la puerta les sobresaltó, y Marcia se llevó la mano al pecho, mirándole con temor. Brady le sonrió para tranquilizarla, mientras Pipen se movía hacia la entrada.

—Ese es uno de los míos—Abrió la puerta—. Este es Elijah Carter.

El hombre entró con pasos seguros, una presencia enorme y una sonrisa brillante en su faz. Alto, aunque menos que Pípen, y musculoso como aquel, exudaba seguridad.

—Elijah estará a cargo de tu seguridad personal. Será tu chofer y guardaespaldas—explicó Pípen a Marcia—. Di hola a Marcia, cateto—bromeó, y la risa del guardaespaldas resonó en la sala.

Hubo un resoplido de Louie.

—Un placer conocerte, Marcia. También me defiende en la cocina—dijo Elijah, con un leve asentimiento.

Ella respondió con una pequeña sonrisa.

—Igualmente. Nunca he tenido un guardián.

—Y ahora tienes el mejor—contestó, y se dio la vuelta mirando la sala—. ¡Ey, chico Louie, no te vi ahí! Imagino que no me esperabas, ¿eh?

—Extasiado estoy—murmuró el hacker, sin levantar la cabeza.

Pípen suspiró.

—Hablemos de lo importante. Boston no es el mejor lugar para estar hasta que tengamos la situación controlada.

La conversación continuó con tonos bajos pero firmes, cada palabra cargada con la urgencia de quienes sabían que no había margen para errores.

Mientras Brady, Pípen y Elijah discutían posibles rutas de escape y medidas de seguridad, Marcia se removió en su asiento, el ceño fruncido con una preocupación que aún no había expresado en voz alta.

Cuando Brady mencionó Colorado, ella apenas lo registró. Su mente estaba en otro lado.

—Esperen —interrumpió de pronto, su voz cortando el aire con decisión.

Todos giraron hacia ella.

—Mi amiga Isabel—dijo, su respiración acelerándose levemente—. Ella y su hija... Josh podría ir tras ellas. Él sabe que me importan.

Pípen asintió con calma, sin perder la compostura.

—Nos encargaremos de eso.

Marcia no pareció convencida del todo.

—Necesito que lo hagan ya—insistió, con los ojos muy abiertos—. Isabel tiene que salir de su departamento, encontrar un lugar seguro para ella y su hija. Y su trabajo... necesita otro sitio. No puede quedarse allí.

Pípen la observó un segundo, luego sacó su teléfono y escribió algo con velocidad.

—Dame su número. Su dirección. Lo arreglaremos.

Marcia exhaló un suspiro tembloroso, como si soltar esa preocupación la dejara respirar un poco mejor.

—Confía en él, lo hará.

Brady le dio un ligero apretón en la rodilla antes de volverse a su conversación anterior.

—Podemos alojarte en Crested Butte, Colorado—dijo—. Tenemos una propiedad en las afueras, cerca del bosque, y en invierno la nieve la hace casi inaccesible para los no lugareños.

Ella parpadeó, y asintió.

—Pero necesita mejoras en seguridad. Cámaras, redes, sistemas de control.

Pípen asintió, sus ojos afilados evaluando la propuesta.

—Podemos solucionarlo. Tenemos al técnico perfecto para ello.

Brady ya sabía hacia dónde iba esto antes de que Pípen siquiera hablara. Este giró la cabeza y fijó la mirada en Louie, que hasta ese momento había estado absorto en su pantalla, los

dedos volando sobre el teclado.

—Tú, chico genio, ¿te animas?

Louie parpadeó varias veces, como si de repente lo hubieran sacado de una hipnosis.

—¿Qué?

Pipen arqueó una ceja, expectante.

—Necesitamos que alguien actualice y eleve el sistema de seguridad en una villa en Colorado. ¿Puedes hacerlo?

—Yo... sí, claro —balbuceó, su mirada desviándose hacia Elijah, que, como el cabrón que era, ya le estaba sonriendo con diversión.

—Parece que estaremos trabajando codo a codo, Louie. No te preocupes—dijo Elijah con una media sonrisa, dándole una palmada en el hombro—. Te llevaremos bien protegido. No queremos que te pierdas en la nieve.

Brady vio cómo Louie enrojecía más, su expresión oscilando entre la desazón y el fastidio mal disimulado.

—Sí... eh, sería lamentable morir congelado—dijo, esforzándose por sonar casual mientras ajustaba sus gafas con torpeza.

Pipen resopló con una risa baja y miró a Brady de reojo.

—Lo que sea que esté pasando aquí, nos dará algunas horas de entretenimiento.

Brady sonrió por primera vez en toda la noche. En medio del caos, al menos quedaba algo de salsa en esta maldita historia.

Capítulo 10

El viento le azotó el rostro mientras caminaba detrás de Brady en dirección al jet que les esperaba. Apenas pudo creerlo cuando puso un pie en la escalerilla del avión privado.

Se sujetó del pasamanos, su agarre más fuerte de lo necesario, mientras su corazón latía en un ritmo frenético contra su pecho. Todo estaba sucediendo demasiado rápido.

Hace dos días, había despertado en el departamento de Brady, envuelta en sábanas suaves, tratando de asimilar el hecho de que su vida había cambiado para siempre.

Ahora, estaba por dejar Boston atrás en un jet de lujo, rodeada de hombres que parecían sacados de una película de espionaje. Su vida había sido rutinaria, aburrida, si cabe.

No estaba segura de poder adaptarse a esta realidad. Dio un paso más y sintió la vibración sutil del metal bajo sus pies. Arriba, Brady la esperaba en la entrada del avión, con una mano apoyada casualmente en el marco de la puerta.

Su chaqueta oscura realzaba la amplitud de sus hombros, y la forma en que la luz de la cabina iluminaba la línea de su mandíbula le daba un aire de control sobre la situación.

Esto la calmó un tanto. Brady no solo había sido su refugio. Se había convertido en su ancla. Cuando sus ojos lo encontraban, el pánico retrocedía.

Brady tenía su agradecimiento absoluto, pero no era lo único que Marcia sentía. Algo más profundo, más visceral la conectaba con él. Se sentía muy atraída a este millonario pintor, y no era por fama o dinero.

Era por su personalidad, sus actitudes. Su solidaridad. Su atractivo innegable.

Era una tontería, no debía fomentar estos pensamientos. Ya se lo había dicho él: ayudarla era su manera de devolver el apoyo que recibió cuando estuvo en peligro.

Louie le había contado algo al respecto, ante su curiosidad.

Él inclinó la cabeza, escaneándola con la mirada como si pudiera percibir lo que pasaba por su mente. Esperaba que no fuese así.

—¿Lista? —preguntó.

Marcia apretó los labios y subió el último escalón, el metal frío contra la palma de su mano.

—Sí —murmuró.

Cruzó el umbral del avión privado y su respiración se trabó por un instante. Era como entrar en otro mundo.

Los asientos de cuero color crema, amplios y con un brillo impecable, parecían diseñados para hundirse en ellos con una copa de champán en la mano.

El suelo estaba cubierto por una alfombra gruesa, tan suave que amortiguaba el eco de sus pasos.

La madera pulida de los paneles reflejaba la luz dorada de la cabina con un resplandor cálido, envolviéndolo todo en una atmósfera de lujo silencioso.

A su izquierda, había un bar abastecido con licores en botellas de cristal tallado. Marcia pasó la lengua por sus labios reseco y se frotó las palmas de las manos contra los muslos, sintiendo el roce áspero de sus jeans contra la piel.

Todo aquí era perfecto, refinado... Y ella se sentía fuera de lugar.

Al fondo del pasillo, un hombre alto y de porte imponente se giró al notar su llegada, y se acercó. Sus movimientos fueron fluidos, medidos, los de alguien acostumbrado a controlar cualquier espacio en el que se encontrara.

Sus ojos la recorrieron con calma, no con hostilidad, sino con una evaluación cuidadosa,

como si en cuestión de segundos pudiera decidir si representaba un problema o no.

Marcia se obligó a mantenerse firme, aunque sintió un escalofrío recorriéndole la nuca. No porque sintiera peligro, sino porque estaba rodeada de personas que jugaban en una liga completamente distinta a la suya.

—Declan, esta es Marcia Donahue—La voz de Brady, plena de calidez, acarició su oído—. Marcia, este es mi hermano.

—Encantada—dijo, y el hombre asintió.

No se parecía demasiado a Brady, pensó, pero luego se corrigió. Algo en su nariz y en su porte le hizo ver que había similitudes.

Su mirada no cedió. Trataba de ver si era un peligro para su hermano menor.

Entonces una mujer vino de la parte trasera, con una gran sonrisa en su faz, y Marcia se sintió aliviada.

Tanta testosterona junta le ponía los pelos de punta, y no importaba que fuese para su beneficio.

—Tú debes ser Marcia. Soy Adele. La esposa de Declan—se presentó con voz cálida.

—Encantada.

—¿Vas a acompañarnos, Declan?—preguntó Brady, sus ojos entrecerrados.

—Nah, pero pensé que no estaba de más pasar a recordarte que te cuides y ver con mis propios ojos la situación.

—Tengo las cosas bajo control.

—Ajá. Que siga así, Brady. Mantenme al tanto.

—Vamos, Deaglan, no es necesario que sigamos aquí—dijo Adele, que se inclinó hacia Marcia—. Es muy sobreprotector—susurró—. Pero Brady no lo necesita. Buena suerte.

—Gracias—respondió bajito.

La pareja se retiró, y Brady les siguió, probablemente a asegurarse de que Declan de verdad se fuese. Parecía tan protector como su esposa dijo.

Observó a Pipen y a Elijah instalarse en asientos al fondo del avión, y detrás ingresó otro hombre.

—Marcia, este es Nathan.

El hombre, serio y compuesto, vestido con un traje oscuro, la miró en silencio y le hizo un gesto de saludo con su cabeza, que ella correspondió.

Su porte era más tenso e intimidante que el de Elijah. Marcia suponía que alguien tenía que equilibrar el modo festivo de Carter.

Louie se dejó caer en uno de los asientos con un suspiro y le ofreció una sonrisa al notar su expresión perdida.

—Es una locura, ¿verdad? No hay nada como viajar así. La clase turista es un suplicio luego de conocer esto—murmuró él.

—Demasiado—admitió Marcia.

Antes de despegar, Brady se acercó a ella.

—Trata de descansar y pide lo que quieras a la tripulación. Mi hermano mantiene este avión bien aprovisionado—le aseguró, su tono tranquilo—. Llegaremos en unas horas y ahí nos instalaremos. Te gustará Colorado.

Ella asintió.

—Gracias, Brady. No sé qué habría hecho si...

La frase incompleta estaba teñida de incertidumbre. En verdad había sido un milagro conocer a Brady.

—No pienses en eso. Estás a salvo.

Justo antes de despegar, mientras se tomaban los recaudos de la partida, el nuevo teléfono que le habían dado vibró en su bolsillo. Lo sacó y vio que tenía mensajes y fotos enviadas por Isabel.

Su amiga sonreía con su hija en brazos en la entrada de la que parecía una casa hermosa, con un jardín amplio y lleno de luz.

Isa: *Querida Marcia, no sé cómo agradecerte. Has sido un envío del Señor. Estamos muy bien.*

Isa: *Más que bien. Tengo un trabajo nuevo, permanente, y con un salario increíble. Apenas puedo creerlo.*

Isa: *Voy a rezar por ti, mi querida, para que estés bien. Confía. Los caminos de Dios son misteriosos, pero tengo fe que te llevarán a buen puerto.*

Marcia exhaló con alivio. Al menos, algo en este caos tenía un final feliz.

Durante el vuelo, Louie se encargó de distraerla, y le contó la segunda cosa buena del día: había conseguido una licencia médica para ella y la había hecho llegar a la sección Recursos Humanos del museo.

—Así que, al menos, no has perdido tu empleo—dijo con una sonrisa orgullosa.

Todavía. No sabía qué ocurriría con eso en el largo plazo, pero sintió genuino alivio. Su trabajo la enorgullecía, era su vocación, pero también era lo que le daba la posibilidad de vivir en Boston.

Había crecido en Berkshire County, un rincón de Massachusetts donde los otoños eran postales doradas y los inviernos, un letargo silencioso entre colinas nevadas.

Un lugar de calles tranquilas y relojes sin prisa, donde todos se conocían. Desde niña, había soñado con cambiar el murmullo de los arces por el pulso vibrante de Boston, con dejar atrás la calma bucólica por el caos electrificante de una ciudad que no se detenía por nadie.

—Eso es... increíble. Gracias, Louie.

—Para eso estoy —respondió él, con tono ligero.

Elijah, que estaba escuchando a pesar de su aparente indiferencia, dejó escapar una risa baja cuando Louie mencionó que había enviado un mensaje contundente a su novio.

—Joder, joven Louie, ¡qué osadía! Y es ex—lo corrigió Elijah con una media sonrisa—. La señorita está corriendo del cateto.

Louie se removió en su asiento y su rostro se tiñó de rojo.

—Sí, ex. Obviamente ex—balbuceó con torpeza, rojo.

Marcia notó el brillo complacido en los ojos del grandote. Parecía deleitarse en obtener alguna reacción de Louie.

El otro guardaespaldas hizo un gesto con su comisura que se pareció a una media sonrisa y tamborileó los dedos sobre el apoyabrazos, divertido con la escena.

Marcia desvió la mirada hacia la ventana, dejando la conversación atrás. Desde el aire, el paisaje de Colorado se extendía ante ellos.

Montañas cubiertas de nieve, densos bosques de pinos y pequeños poblados esparcidos entre valles.

Era hermoso y, a la vez, intimidante. Estaban realmente lejos de todo.

—Wow—musitó.

—Prepárate, Marcia—Brady se sentó a su lado, y ella le miró, aspirando suavemente para llenarse de su fragancia tan masculina. Olía divino.

—Es hermoso, como una postal. Pero si crees que en Massachusetts hace frío, vas a

conocer otro nivel en Crested Butte.

—No estoy preparada para algo así. ¿Crees que podremos pasar por algún centro comercial?

—No te inquietes, tendrás lo que necesitas.

Joder con este hombre. Lograba que Marcia se sintiera como en una crisálida, protegida, mimada.

Podría acostumbrarme a que me traten así, pensó. Sería bonito, para ver otra arista de un noviazgo.

No es como si creyera que Brady pudiese ser suyo... *Argh, deja de pensar gilipolleces, estás escapando y lo menos que necesitas es andar mirando con ganas a tu salvador.*

El viaje tomó cuatro horas, y cuando aterrizaron, un vehículo blindado los esperaba en la pista.

—¿No es demasiado? —preguntó Marcia, sintiéndose cada vez más pequeña en medio de tantas medidas de seguridad.

Nathan se encogió de hombros.

—Toda precaución es poca. Y el señor O'Malley puede pagarlo.

Marcia miró de reojo a Brady. Él sonrió con naturalidad y asintió.

El viaje en carretera comenzó en silencio. Marcia trató de no mirar a Brady, o no demasiado, pero era imposible ignorarlo en un espacio cerrado.

La tela de su camisa se pegó a su bíceps cuando se estiró para alcanzar una botella de agua del compartimento lateral.

Sus antebrazos, torneados y marcados con líneas sutiles de músculo, atraparon su atención un instante más del que pretendía.

Cuando él destapó la botella y bebió un sorbo, el movimiento de su garganta al tragar la absorbió, y deseó haber dicho que sí a su oferta de agua.

Apretó los labios y miró por la ventana, fingiendo interés en el paisaje que apenas registraba.

Tal vez era la tensión de lo que estaba viviendo, el estrés, la adrenalina corriendo por su sistema. *O tal vez, simplemente, Brady se ve terriblemente bien sin siquiera intentarlo.*

—Espero que no esté todo congelado—comentó él, mirando afuera—. Me gustaría salir a correr. Hay un trillo muy bueno con un paisaje espectacular.

Elijah, que iba adelante, giró la cabeza.

—¿Hay gimnasio? —preguntó.

—Sí—respondió Brady.

Elijah sonrió con satisfacción.

—Bien. No quiero oxidarme.

—Más vale que no—bromeó Nathan—. Espero que no pretendas lucirte levantando pesas en la nieve.

—Suenas como algo que él podría hacer—murmuró Louie, y Marcia sonrió, más distendida.

—Ouch, chico hacker, eso duele. Tal vez podamos ejercitar juntos. Soy magnánimo, puedo darte tips.

Louie suspiró y se cruzó de brazos.

—Yo entreno mi cerebro, no mis músculos —replicó con dignidad.

—Y nos viene muy bien que así sea—intervino Pipen, que había estado callado la mayor parte del viaje desde Boston, embebido en su tableta.

Marcia se reclinó contra el asiento, dejando que el movimiento del auto la meciera en sus pensamientos.

¿Cómo era esta su vida ahora? Si alguien le hubiera dicho que terminaría en la que parecía la versión barata de una película de mafia, no lo habría creído. Nada estaba en sus manos. No tenía certezas.

Un suave toque sobre su hombro la sacó de su ensimismamiento. Giró la cabeza y se encontró con los ojos de Brady. Gentiles. Firmes.

—Todo estará bien—dijo con suavidad.

Marcia exhaló. Tenía que confiar en este artista guapo y millonario con pasado mafioso que parecía saber exactamente qué hacer para ayudarla.

Porque ella no tenía idea.

Capítulo 11

El paisaje era vasto, silencioso, imponente. El sol se deslizaba detrás de los picos nevados de Mount Elbert. Majestuosos, y un recordatorio de lo remoto e inhóspito que podía ser este lugar en invierno.

Pinos altos cubiertos de una capa de escarcha flanqueaban el camino serpenteante mientras la limusina avanzaba, sus luces reflejándose en el hielo acumulado en los bordes de la carretera.

Cuando el vehículo se detuvo, Marcia levantó la mirada y contuvo el aliento. Joder. Esta no era una cabaña de montaña. Era una mansión de madera.

Frente a ella, la estructura de troncos oscuros se elevaba sólida. No había nada rústico o modesto en este sitio. Era una fortaleza solitaria, enclavada en medio de la nada.

Los ventanales inmensos reflejaban los naranjas, ocres y celestes, últimos resplandores del atardecer.

El frío la golpeó de lleno en cuanto puso un pie fuera del vehículo. Fue como un bofetón helado, un mordisco que se coló bajo su ropa y la hizo estremecerse al instante.

Dios, era como si el aire aquí tuviera más filo. No era el frío de Boston, ese que se colaba entre edificios y calles transitadas. Esto era un frío vivo, cortante, un depredador que no tenía piedad.

—¿Dónde está tu abrigo?

La voz de Brady sonó junto a ella, grave, con un matiz de incredulidad. Antes de que pudiera responder, él ya se estaba encogiéndose de hombros y quitándose su propia chaqueta.

Con un gesto eficiente se la colocó sobre los hombros, envolviéndola en el calor residual de su cuerpo.

—Acéptalo como un acto de pura supervivencia.

Marcia ni pensó en discutir. Estaba demasiado ocupada intentando recuperar el aliento que el frío le había robado.

Brady abrió la puerta de la cabaña y, de inmediato, una ráfaga de aire tibio y el aroma a madera y algo especiado la envolvieron. El contraste era tan abrupto que sintió un escalofrío recorrerle la espalda.

Apenas puso un pie dentro, la actividad la rodeó como una corriente. Los guardias comenzaron a entrar con el equipaje, sus pisadas firmes resonando sobre el suelo de madera.

Desde algún rincón de la casa, Louie resopló con frustración.

—¡Dios, es como si esta casa hubiera sido diseñada antes de la electricidad! ¿Dónde demonios están los enchufes?

Elijah, que ya había dejado su mochila en el sofá de piel más cercano, rio entre dientes y comenzó a dar pequeños saltitos sobre la alfombra gruesa.

—Si no los encuentras, tendrás que racionar tu preciado Internet. Quizás, quién sabe, hasta socializar.

—Muy gracioso, payaso—rezongó Louie, metiendo la cabeza tras una mesa de madera en busca de una toma de corriente.

Marcia giró sobre sí misma, absorbiendo todo. El crujido bajo sus botas, la textura de la madera pulida que reflejaba la luz cálida de las lámparas.

Desde la cocina llegó el sonido de ollas entrechocando y el murmullo bajo de alguien moviéndose entre los utensilios.

El *crack* de una escalera al otro lado de la sala la hizo girar. Pipen bajaba con pasos seguros, escaneando la casa con la mirada antes de asentir con satisfacción.

—Bien. Distribuyamos habitaciones.

A su lado, Nathan dejó escapar un gruñido y se frotó las manos enguantadas.

—¿Puedo quedarme con la más cálida? No quiero que se me congele el trasero en medio de la noche.

Pipen lo fulminó con una mirada seca.

—Dices eso ahora, pero en cuanto salgamos al perímetro te arrepentirás de no haberte traído una segunda capa térmica.

Nathan gruñó algo ininteligible y se dirigió hacia las escaleras, probablemente a reclamar su cuarto antes de que alguien más lo hiciera.

Marcia sacudió la cabeza con una risa entre dientes. Era un caos, pero uno que, por alguna razón, se sentía reconfortante.

Cuando Brady volvió a mirarla, arqueó una ceja.

—¿Lista para esta locura?

Ella apretó el abrigo que aún llevaba sobre los hombros y asintió.

—Lo estaré en cuanto encuentre una taza de té y un sitio donde no se me congele la nariz.

Brady soltó una risa baja y señaló con un gesto hacia la cocina.

—Entonces empieza por allá. Y si Louie sigue quejándose, desconéctale el Wi—Fi solo por diversión.

Marcia sonrió. Quizá, solo quizá, podía encontrar algo de estabilidad en medio de todo esto.

++++

Cerró la puerta detrás de sí y apoyó la espalda contra la madera maciza, exhalando lento. Por primera vez en todo el día, estaba sola.

El atardecer teñía las paredes de un tono ámbar suave, y se filtraba a través de los amplios ventanales, proyectando sombras alargadas sobre el suelo de madera pulida.

Era una habitación hermosa. Los tonos cálidos de la decoración contrastaban con la inmensidad nevada que se desplegaba al otro lado del cristal.

Se acercó a la ventana y deslizó los dedos sobre el vidrio frío. Afuera, los hombres iban y venían, moviéndose con eficiencia entre los vehículos y la entrada principal.

Pipen daba órdenes con gestos cortos y precisos, Nathan pasaba junto a él con una expresión resignada, frotándose las manos enguantadas, masculando algo. Ese hombre detestaba este clima.

Louie discutía algo con Elijah, apuntando a su teléfono con desesperación mientras Elijah se reía, divirtiéndose a su costa.

Todo seguía en movimiento, como si el mundo no se hubiera detenido. *No lo hizo, tonta. Se te volcó a ti de lado.*

Se alejó de la ventana y se dejó caer en la cama, hundiéndose en la suavidad inesperada del colchón. Dios. La manta gruesa y mullida la envolvió y sintió algo quebrarse en su pecho.

Su vida estaba de cabeza. Se cubrió el rostro con las manos, sintiendo la presión detrás de sus párpados.

No voy a llorar. No voy a llorar... Okay, tal vez un poquito, solo para drenar malas vibras.

Se recostó y dejó que el sollozo medrara. Se dio permiso para el lamento. Le llevó varios minutos, y los aprovechó.

La angustia que venía conteniendo encontró salida, y esto le alivió el pecho.

Luego, con perlas en los ojos y un suspiro tembloroso, se puso de pie y se dirigió al baño.

Tenía que componerse. Estos jodidos hombrones no sabrían que hacer si aparecía con ojos rojos o lloraba. Colapsarían, no tenía dudas.

El baño era de otro nivel. Sacudió la cabeza, atónita de que tanto confort pudiese encontrarse en una cabaña alejada de la civilización. La riqueza de Brady no dejaba de impactarla.

Se desnudó e ingresó a la ducha. Tocó las perillas para lograr la temperatura perfecta, que era tan caliente como su piel soportara.

Dejó que el vapor creciera y la envolviera. Cerró los ojos y apoyó las manos en los azulejos, permitiendo que el calor hiciera su tarea de distender y aflojar.

Las tensiones se le acumulaban en sus sienes, cervicales, espalda baja, caderas. Estuvo muchos minutos dejando que el agua la acariciara y la calmara.

Cuando dio su ducha por finalizada, el recinto parecía un sauna, y a tientas tomó una bata gruesa y mullida que la envolvió como una nube.

Satisfecha, cálida, en paz, se abocó a desarmar su maleta. No tenía demasiada ropa, por lo que debería racionarla. No dudaba de que debía haber un lavarropas en algún sitio. El problema sería el frío. No tenía abrigo importante.

La boca casi se le va al piso al abrir el closet. Había sitio para sus prendas, pero muchas otras estaban colgadas y dobladas con primor.

Rozó su mano en los pijamas de tela suave, pantalones de mezclilla y deportivos, sudaderas, camisas, más un sólido par de botas de cuero y pantuflas.

Todo con etiquetas de marcas costosas que ella nunca se habría permitido considerar.

Sus dedos temblaron ligeramente cuando rozó una de las chaquetas acolchonadas. Brady. Él había pensado en esto.

Había hecho que trajeran esta ropa porque ella mencionó que tenía poca. Estaba en cada detalle.

El nudo en su garganta se apretó hasta volverse insoportable. No podía evitarlo. Las lágrimas llegaron sin permiso, otra vez.

Marcia Clementine, no llores, ¿eso qué soluciona? La voz de su abuela le vino del fondo de la mente, y le hizo sonreír, entre hipos. Joder, había estado en silencio por un tiempo.

Hasta eso se había dejado quitar por aquel bastardo. Era demasiado. Demasiado miedo, demasiado cambio, demasiada gratitud que no sabía cómo manejar.

Brady la hacía sentir segura a pesar de la tormenta en la que estaba. Apreciada. Él, con su rectitud tranquila.

Con su manera de mirarla sin juzgar, con sus gestos que hablaban más que sus palabras.

Se sentó al borde de la cama, abrazándose a sí misma, dejando que el llanto callado mojara su piel aún tibia del baño, y se arrebujó en la bata suavísima.

La imagen del primer hombre que lo ponía todo en juego por ella se le pegó a la cabeza, y la acarició mentalmente.

No te enamores de cualquier gamberro, Marcia Clementine. Te romperá el corazón y te escupirá como hace Manny con el carozo de los duraznos.

¡Qué de recuerdos raros le venían! Manny, aquel caballo manso que adoraba dulces,

galletas y frutas, y era adorado por su abuela, y la cargaba por la granja de esta. El pasado bonito, tranquilo, añorado

Sacudió su cabeza. Sí que la había cagado con Josh. No podía haber dos hombres más distantes que él y Brady O'Malley.

Se dejó caer de lado y cerró sus ojos. Estaba drenada, cansada. El sueño la envolvió en cuestión de minutos.

++++

El sonido de voces, pasos, platos y el aroma a café la despertaron y se puso en movimiento sin permitirse holgazanería.

Se vistió e higienizó, y bajó con cautela por las escaleras, envuelta en una sudadera gruesa, jeans y calcetines de lana, preguntándose cómo sería la dinámica en el refugio.

En la cocina, Elijah estaba junto a la encimera, removiendo una sartén con huevos revueltos y panceta.

En la mesa de la sala de estar, Louie revisaba su portátil con el ceño fruncido, mientras Nathan hojeaba una revista con una taza de café en la mano.

Pipen hablaba por su móvil, y le sonrió e hizo un gesto de saludo.

—Buenos días, Marcia—dijo Elijah con una sonrisa, sin apartar la vista de la sartén—. Nos preguntábamos si ibas a despertar o si te habías quedado atrapada en la cama. Son muy cómodas, ¿no es así? Dormí como el ángel que soy.

—No le hagas caso. Le gusta hablar, demasiado—dijo Louie, haciendo un gesto de fastidio

—Me gusta interactuar con mis clientes. Demándenme—respondió Elijah, y levantó sus manos al aire, una espátula en una de ellas.

Marcia sonrió. Era gracioso, no podía negarlo, a pesar de que le gustaba pinchar a Louie.

—Ahí está, ¿lo ven? Marcia me aprecia. No como ustedes.

—Hasta que la canses—gruñó Nathan, con una sonrisa de medio lado—. Y pasa en cuestión de medio día. Si te contara—suspiró

Marcia rio con suavidad, y se sentó en uno de los taburetes de la isla. Esto se sentía bien, decidió.

El ambiente era de distensión y camaradería. Nada de rostros largos o dramas. Paz. Le iba a hacer bien.

—¿Café?—preguntó Elijah, señalando la cafetera.

—Por favor —respondió.

La cafeína era lo que necesitaba para afrontar el día. Elijah sirvió una taza y se la pasó mientras Nathan le lanzaba una mirada evaluadora.

—Si quieres estirar las piernas, podemos ir al pueblo. No queremos que te sientas atrapada aquí.

Marcia se sorprendió ante la sugerencia.

—¿De verdad puedo salir?

—Claro que sí—respondió Pipen, acercándose—. No es una cárcel ni estamos en alerta. Esto es prevención. Eso sí, debes ir con uno de ellos. No es negociable.

Asintió. No era como si se iba a arriesgar a conducir en este desierto helado, donde todo era blanco y no tenía ni idea del norte. La idea de perderse en el frío no estaba en su lista de cosas por hacer.

En ese momento, Brady entró en la cocina, descalzo y con una taza de café en la mano. Vestía unos pantalones de algodón y una sudadera gris, y su cabello estaba un pelín revuelto, como si acabara de salir de la ducha.

—¿Dormiste bien, Marcia?—preguntó con una media sonrisa.

Marcia asintió y sorbió su café.

—Mejor de lo que esperaba.

Louie levantó la vista de su portátil y la señaló con la barbilla.

—Si te gusta leer, puedo pasarte mi Kindle. Tengo una colección decente de novelas.

—¿Vas a adoctrinarla con tus libros de tecnología? —se burló Elijah.

Louie puso los ojos en blanco, y Nathan le dio un golpe amistoso en la espalda.

—Fuerza, Louie. Te entiendo bien.

Capítulo 12

Cuatro días.

El tiempo en la cabaña había comenzado a deslizarse en una rutina estable marcada por el ir y venir de los guardaespaldas, el sonido del fuego en la chimenea, el olor del café fuerte en las mañanas y la nieve acumulándose afuera, más y más profunda con cada amanecer.

Pipen se había marchado con Louie ayer, dejando la casa con menos movimiento y un extraño vacío. Era raro admitirlo, pero extrañaba los gruñidos bajos de Louie quejándose de la señal de internet o por la manera en que Elijah lo molestaba con su sentido del humor descarado.

Había pasado más tiempo con Brady. Más del que habría esperado.

Los desayunos eran un caos organizado, y en general Elijah tomaba la posta. Ella, Brady y Nathan eran básicos en la cocina.

En su caso, quemaba las tostadas, y la vez que Brady intentó tomar el mando, terminó con una sartén humeante y huevos carbonizados pegados como cemento al hierro fundido.

<<¿Esto era un intento de tortilla o un sacrificio ritual?>> había bromeado Marcia, cruzada de brazos junto a la mesa.

Brady, con el ceño fruncido y los brazos cruzados, había mirado el desastre con una mueca. <<Podría alegar que es cocina experimental.>>

Sí, ella se sentía más y más cómoda con él.

Había hecho otras cosas en esos días. Había hablado con sus padres. Les había advertido sobre Josh, contándoles apenas lo necesario. Lo suficiente para que supieran que era peligroso y que debían evitar al cabrón infiel y ladrón como la peste.

Pipen le dio tranquilidad al decirle que les visitaría en persona, no solo para asegurarse de que estuvieran bien, sino para ofrecerles un viaje a un paraíso tropical.

Un regalo financiado por Brady, que no quiso saber nada cuando ella trató de convencerle de que no era necesario.

Ella había dicho al pasar que su madre había soñado con ir al Caribe toda su vida, y eso bastó. La consentía, eso hacía Brady, y se sentía... Extraño y bonito. Inesperado.

Brady O'Malley no hacía las cosas a medias. Y estas la beneficiaban. No estaba habituada. Entendía por qué tanto revuelo en torno a los sugar daddies, ahora sí.

Tendría que hacer una lista de gastos, y devolverle lo invertido, cuando esto acabase. Era lo menos que podía hacer. Aunque seguro tendría que trabajar de por vida para retribuirle.

Dentro de las limitadas opciones de actividad, ella había elegido caminar por los alrededores cada mañana, aunque la nieve cubriéndole las botas hasta las rodillas lo volvía difícil. Más respirar el aire frío y crujiente era vigorizante.

Había leído. Habían visto películas. Con la pantalla proyectada sobre una de las paredes como en una sala de verdad. Había sido jodidamente divertido.

<<Elegiré yo>> había dicho Elijah hacía dos noches, cuando aún estaban todos. Maratón de *James Bond* había sido.

Nathan había hecho palomitas, y Elijah no dejaba de hablar. <<Ah, Daniel Craig es mi Bond favorito>> comentó Elijah, con una sonrisa de autosuficiencia. <<En cierta manera, soy como Bond. Solo que gay y mucho más guapo.>>

Hubo un instante de silencio. Marcia parpadeó. Louie, a su lado, también. Sus ojos abiertos como platos.

<<Un dato irrelevante, y falso, pero gracias por compartirlo>> dijo Brady con

diversión apenas contenida. Elijah solo sonrió como si lo hubiera estado esperando. Estos hombres no dejaban de darle sorpresas.

Pero sobre todo, Marcia se mordía de curiosidad por el trabajo de Brady.

Él hacía bocetos, todo el tiempo. Ella se acomodaba en el sofá contra la ventana con un libro, sintiendo la atención de Brady en su dirección de vez en cuando.

El sonido del carboncillo rasgando el papel la acompañaba como un murmullo sutil en el silencio.

No había preguntado qué estaba bosquejando. Pero la curiosidad había estado creciendo en su pecho como una semilla enterrada en nieve, esperando el momento para brotar.

Y entonces, esta tarde, deambulando por la casa, sus pasos la llevaron hasta el estudio. La puerta, que normalmente estaba cerrada, tenía una rendija abierta. Dudó, pero no por mucho tiempo.

El impulso de saber fue más fuerte. Entró. La habitación olía a madera y óleo, a algo terroso y familiar que llenaba el aire con una calidez envolvente.

La luz dorada del atardecer proyectaba sombras largas sobre los caballetes, los tubos de pintura, los pinceles dispersos en el mesón.

Y entonces lo vio. Sobre el caballete, su rostro la observaba desde el lienzo.

Se quedó inmóvil, con el aliento atrapado en la garganta.

Su piel parecía de mármol iluminado, pero no frío, sino con la calidez sutil de la luz atrapada en el color. Sus ojos no eran solo reflejos de los suyos, sino algo más profundo, más etéreo.

Un estremecimiento le recorrió la espalda.

—No esperaba que lo vieras aún.

La voz de Brady sonó a su espalda, profunda y tranquila.

Marcia se dio la vuelta con lentitud, avergonzada por la intrusión. Estaba agitada, en verdad. Verse plasmada en el lienzo de un pintor tan excelso como Brady era... Un subidón.

Él estaba allí, apoyado contra el marco de la puerta, con los brazos cruzados, su mirada fija en ella.

—¿Por qué yo?—le preguntó en voz baja.

Brady le sostuvo la mirada un momento largo. Cuando habló, su voz fue baja, pero firme.

—Porque no he podido dejar de mirarte. Desde el minuto uno, quise pintarte.

El latido de su corazón resonó en sus oídos. Brady vino a ella con calma, su presencia llenando el espacio entre ellos.

No era solo la cercanía lo que le debilitaba las piernas, era la forma en que la miraba. Como no la había mirado ningún hombre.

—Porque eres mi musa—susurró con fervor, su voz baja, íntima. Como si pronunciara algo contenido—. Como Camille Claudel lo fue para Rodin, como Dora Maar para Picasso, como Jeanne Hébuterne para Modigliani. Hay algo en ti que me hace querer capturarlo, comprenderlo... Pero se me escapa... Me vuelve loco—susurró.

Marcia sintió que el aire se espesaba entre ellos. Debería alejarse, poner una distancia segura. Pero su cuerpo no se movió. Sus palabras le provocaban un cosquilleo en el pecho, profundo y desconocido.

—No soy una musa—musitó.

Estas eran excelsas, especiales. Ella era... apenas Marcia.

Engañada, humillada, malquerida Marcia.

Brady ladeó la cabeza, una pequeña sonrisa dibujándose en la curva de sus labios.

—Para mí, lo eres. Perfecta en cada detalle, en cada expresión.

Joder, ¿qué hacía ella con esta declaración tan especial? El silencio vibró entre ellos, suspendido, y ninguno lo rompió de inmediato.

—¿Posarías para mí?—pidió él con suavidad.

Marcia bajó la mirada por un segundo, considerándolo. Su timidez hacía que quisiese decir que no, pero... ¿Por qué? Este era Brady, y no le mentía.

Sus intentos de plasmarla estaban por doquier, lo apreciaba ahora. Había varios retratos incompletos.

Cuando volvió a alzar los ojos, asintió. Él sonrió amplio, y le señaló una silla cerca de la ventana, donde la luz natural caía en ángulos suaves sobre su piel.

Sin hablar, se colocó. Le observó quitarse la camisa, y la garganta se le secó. Pero no hubo sensualidad en el gesto, sino practicidad. Luego, la eficiencia del artista: pinceles, pinturas, mezclas se prepararon en minutos, y los trazos frenéticos comenzaron.

Verle pintar era hipnótico.

Al principio, se sentó muy rígida, demasiado consciente de su propia respiración, de la forma en que Brady la observaba.

Pero poco a poco, la incomodidad cedió.

Brady trabajaba con concentración, su ceño ligeramente fruncido, los labios entreabiertos mientras deslizaba el pincel con movimientos seguros. Su mirada viajaba entre ella y el lienzo con un ritmo casi hipnótico.

La forma en que sus manos se movían con confianza sobre la tela, la tensión en su mandíbula cuando se detenía a evaluar lo que estaba haciendo.

Y en algún punto, dejó de sentirse como un objeto de arte y empezó a verlo a él.

El modo en que su cabello caía un poco sobre su frente, cómo su respiración abombaba su pecho cuando algo en el retrato le gustaba, las salpicaduras de pintura en su torso y su muñeca derecha.

Sus piernas firmes en V. Muslos tensos al que el pantalón se pegaba, y la línea de su... Ay, joder, ¡le miró la polla!

Sube tu mirada, súbela, Marcia, se instó, ruborizada. ¿Podía culpar a sus ojos? Esos jodidos pantalones deportivos grises.

La risa masculina brotó bajita, y le vio menear la cabeza y dejar las pinturas y el pincel. La mirada que se clavó sobre ella no era de aprecio artístico.

No, era intensa y visceral, masculina. Se le secó la garganta, pero no bajó su vista. El aire en la habitación cambió.

Marcia sintió un tirón en el estómago cuando él cruzó la distancia en apenas dos pasos, su presencia envolviéndola antes de que siquiera pudiera reaccionar.

El mundo pareció reducirse al espacio entre ellos.

Marcia sintió su respiración volverse errática, su corazón repiqueteando con fuerza contra su pecho. Su cuerpo sabía lo que iba a suceder antes que su mente pudiera procesarlo.

Brady se inclinó.

El calor de su proximidad la envolvió un instante antes de que sus dedos rozaran su mentón, guiándola con una suavidad desconcertante.

Su piel estaba tibia, áspera en la yema de los dedos, la textura de alguien que trabajaba con las manos, que moldeaba el mundo con ellas.

No hubo prisa en su toque. No había urgencia.

El primer roce de sus labios fue lento, contenido, exploratorio. Apenas un tanteo, pero lo suficiente para que un escalofrío le recorriera la espalda y su piel se estremeciera bajo el contacto.

Oh, Dios.

Marcia sintió su olor, una mezcla de trementina, café y algo especiado que se le hizo adictivo al instante.

Su boca se movió con lentitud, explorando la suya con el mismo cuidado con el que había trabajado sobre el lienzo, como si quisiera memorizar cada línea, cada curva.

Ella contuvo el aliento un segundo antes de rendirse a la sensación.

Su cuerpo se inclinó sin que se lo ordenara, buscando más, hasta que su boca se abrió bajo la de él en una silenciosa aceptación.

Y Brady la besó de verdad.

El calor entre ellos se encendió con una intensidad deliciosa. Sus labios se entrelazaron con hambre alimentado con la tensión que había estado creciendo entre ambos los últimos días.

En las miradas sostenidas, en los silencios cargados.

Su lengua rozó la de él con timidez primero, pero Brady respondió con más profundidad, más seguridad, como si estuviera absorbiendo el sabor de ella, marcando cada segundo.

Sus manos se aferraron a sus hombros, anclándose a él.

Sintió la firmeza de sus músculos, la manera en que su cuerpo reaccionaba a su toque, la calidez que irradiaba de él, envolviéndola en una sensación que la dejaba sin fuerzas, como no fuera para corresponderle.

Brady la sostuvo con urgencia y reverencia. Sus dedos se deslizaron por su cintura, apenas un roce, pero lo suficiente para enviar un latigazo de electricidad a través de la piel de Marcia.

Esta dejó escapar un leve suspiro contra sus labios, y él respondió profundizando el beso, haciéndola olvidar todo, excepto él.

Nada más existía.

Solo el latido de su corazón, sus cuerpos alineándose en una tensión exquisita, el sonido de sus respiraciones aceleradas, el leve crujido de la madera bajo sus pies cuando ella se inclinó más hacia él.

Cuando se separaron, un siglo después, o unos segundos, no lo sabía, sus respiraciones eran erráticas, sus frentes rozándose.

Brady deslizó su pulgar por su mandíbula en una caricia distraída, como si aún no estuviera listo para soltarla por completo.

Su mirada descendió hasta su boca, todavía entreabierta, todavía perdida en el instante.

—No te veo solo como mi perfecta musa, Marcia—murmuró, su voz aún teñida del beso, baja y cargada—. Te veo como la mujer que deseo.

Marcia sintió tanto temor como alivio. No había nada que él quisiera que ella no deseara, pero...

¿Qué pasaría con su corazón? Ella no sabía cómo entregar su cuerpo despegado de su órgano vital, de sus emociones. Tonta que era.

—Yo... También...

—Shh, hermosa mía—le susurró sobre la boca, y ella tragó saliva—. Ve ahora, piensa. No hay nada que quiera más que tenerte por completo, pero no es a cambio de mi protección. No se te ocurra pensarlo, por favor.

—No lo haré—dijo, y sacudió su cabeza, mirándolo.

Se le iban emociones en la mirada, y él sonrió, pero se separó.

—Voy a terminar este retrato. Descansa. Ya hablaremos.

Marcia aún sentía el eco del beso en sus labios mientras volvía a su habitación.

Cerró la puerta con suavidad, apoyando la espalda contra la madera. Su respiración seguía agitada, su corazón latía con fuerza en el pecho.

Se llevó los dedos a la boca, como si quisiera atrapar lo que acababa de suceder. La calidez de Brady, su intensidad...

Se dejó caer sobre la cama, con la vista fija en el techo de madera. Había algo exhilarante en la forma en que él la miraba.

No era solo atracción, no era solo deseo. Era admiración, devoción casi. Y eso la aterraba tanto como la hacía sentir viva.

Miró a su alrededor, buscando distracción en los objetos de la habitación, pero su mente seguía atrapada en el estudio, en la forma en que Brady había tomado su rostro con tanta ternura antes de besarla.

En la sensación de sus labios sobre los suyos, la manera en que su aliento se mezcló con el de ella, la presión justa de su boca, ni demasiado exigente ni demasiado contenida.

Un beso que había sido exploración y promesa al mismo tiempo.

Se removió en la cama, inquieta.

No era momento para dejarse arrastrar por emociones que no podía permitirse. No cuando su vida estaba tan revuelta, cuando Josh y sus aliados podían estar planeando algo contra su vida.

Pero, ¿cómo se lo hacía entender a sus gónadas?

Un deseo ferviente de perderse con él, de tocarlo, de unir sus pieles, la llenaba, la hacía sentir en ebullición. Extraño. El deseo sexual no le era ajeno, pero este nivel...

El golpe en la puerta y la voz de Brady pronunciando su nombre la dejaron en blanco.

Joder.

Capítulo 13

Brady no había podido seguir pintando después de que Marcia se marchara, con la respiración entrecortada.

¿Cómo hacerlo, luego de ese beso? Su cuerpo todavía estaba encendido, sus manos temblaban por el deseo contenido.

Nunca había besado a una mujer con tanta necesidad y eso era decir, porque él hacía todo con pasión.

Disfrutar de la experiencia sensorial, sensual y física le eran habituales, a eso iba a lugares donde el sexo se vivía sin pruritos, y era lo que buscaba en las mujeres con las que conectaba en las aplicaciones.

No obstante, nada o nadie lo había acelerado como el beso de Marcia. El contacto de los labios había bastado para ponerlo a mil.

Y el hecho de que ella hubiera respondido, que no se hubiera apartado, que se hubiera entregado al contacto... ¡Qué suavidad en el rosa de su boca! La fragancia que le rodeó mientras le devoraba los labios, el poder tocar la fina piel de su rostro, nácar en sus yemas...

Soltó un suspiro frustrado, frotándose el rostro. Estaba muy, muy alterado. La lujuria lo envolvía, pero no la habitual. Con esta mujer no necesitaba juguetes o fantasías. Ella era el estímulo total.

Pero no podía avanzar en esto que sentía y quería sin dejar muy claro que esto no era un canje. La idea de que ella pudiese sentirse en deuda y claudicar ante él por eso... Lo ponía loco.

La quería rendida para él porque lo sentía, lo necesitaba. Y creía que podía ser así. ¡Cómo se derritió en su boca! Tragó saliva, excitado.

Lo embelesaba. Cada vez que la miraba, escuchaba su voz o notaba la manera en que se mordía el labio inferior, se sentía atrapado en una espiral de emociones que no controlaba.

Necesitaba aire para diluir la apretada tensión sexual que lo envolvía.

Salió de su taller, bajó y dio una vuelta por la sala. Nathan y Elijah estaban afuera, recorriendo el perímetro de la propiedad. Al parecer una de las cámaras tenía problemas.

Resopló, y volvió sobre sus pasos, subiendo las escaleras con paso firme.

Se detuvo frente a la puerta de Marcia. No tenía intención de entrar, pero se quedó ahí, estático, como si con solo estar cerca de ella pudiera calmar el torbellino dentro de sí.

Luego, en un impulso, golpeó la hoja de madera.

—Marcia...¿Puedo entrar?—preguntó.

La puerta se abrió con un ligero chirrido.

Marcia lo miró con sus grandes ojos azules, todavía reflejando confusión, pero también algo más.

Algo que él reconocía, porque lo sentía también. La duda, el miedo, pero sobre todo... el deseo.

No habló. No lo necesitó. Brady entró con paso lento, cerrando la puerta tras él.

La luz tenue de la lámpara de noche dibujaba sombras en sus rostros, acentuando los ángulos y los gestos.

—No sé qué estamos haciendo... Es decir...—susurró Marcia, su voz apenas un aliento.

—Entiendo, pero dejemos que fluya. Puedes decir que no, cuando quieras. No es a cambio de nada, no hay obligación ni presiones.

—No siento eso—dijo ella, seria, sincera, adorable.

—Sé que quiero disfrutarte, perderme en tu cuerpo.

Ella parpadeó.

—Entonces, hazlo. No hay nada que quiera más ahora mismo.

Brady levantó una mano y le apartó un mechón de cabello de la mejilla. Su caricia fue tan suave que Marcia sintió un escalofrío recorrer su espalda.

No había presión en su contacto, solo paciencia y una promesa implícita. Una invitación.

Marcia cerró los ojos un instante, tratando de encontrar claridad. Pero esta se esfumó en cuanto él bajó la mano hasta su mentón y lo sostuvo con delicadeza, inclinándose apenas.

—Dime que me detenga y lo haré—susurró contra sus labios, su aliento cálido chocando con su piel.

Ella no dijo nada. No podía. No quería.

En lugar de eso, asintió, en mudo consentimiento, sus labios se entreabrieron, y eso fue todo lo que Brady necesitó para cerrar la distancia entre ellos.

El segundo beso que les unió fue más profundo, más voraz. Un fuego lento que fue creciendo conforme sus labios se movían en un ritmo lento pero hambriento.

Las manos de Marcia se aferraron a la tela de su camisa, mientras los dedos de Brady se deslizaban por la curva de su cintura, dibujando el contorno de su cuerpo con una devoción reverente.

Su lengua rozó la de ella con una lentitud que la hizo temblar. No era un beso apresurado ni desesperado. Era un beso que hablaba de necesidad contenida.

Brady tenía un solo foco: hacerla volar, y prenderse a su vuelo.

Tenía muchos encuentros sexuales en su pasado, pero esto era nuevo, y lo reverenciaría como tal.

Se concentró en besarla, comenzando por su frente, pasando por sus sienes, para luego envolver su lóbulo y mordisquearlo, tironeando de él.

Ella vibró, y un leve gemido se escapó de sus labios rosados y algo hinchados, abusados por el beso anterior. Tentadora boca.

Fue otra vez a ella, y sus dedos se colaron por su cuello y bajaron por los huesos de sus clavículas, para luego moverse prestos y torpes para quitarle la remera de dormir.

Se apartó y se quedó muy quieto, apreciando los valles semicubiertos, su escote, la suavidad de su abdomen y la dramática curva de la cintura a las caderas.

Perdió la paciencia.

Tenía que verla desnuda por completo. Sus manos fueron al elástico de sus pijamas, y tironearon. Lo que emergió lo dejó alelado.

Tal como la *Venus* de Sandro Botticelli emergía del agua, desnuda, Marcia aparecía frente a él en la habitación de esta cabaña de Colorado.

Hermosa, fina, cremosa piel, belleza clásica y sensual. Era toda líneas delicadas, colores suaves y composición armoniosa.

El deseo se elevó y Brady trazó sus lados con la yema de sus dedos, en reverente admiración.

—Bellísima.

La miró a los ojos y el cielo oscuro en la mirada femenina le contó de su pasión. Estaba tan embebida como él. Quería esto tanto como él.

—Quiero verte—susurró ella, y Brady no dudó.

Con velocidad y torpeza, desprendió su camisa, haciendo un botón volar, e hizo descender los pantalones de chándal, arrastrando con ellos los bóxer.

—Eres... Tus líneas son las de un atleta griego...

Había gula en Marcia, divino pecado que lo enfebreció. Nunca había querido tanto gustar, ser admirado, porque con la apreciación venía el disfrute.

—Eres demasiado generosa. Acá la bella eres tú—musitó, y se acercó, pegándose a su torso, deseando sentir su piel contra sí.

Tibia, suavísima, tembló bajos sus yemas, y los picos duros de sus senos rozando su pecho le dejaron la boca seca.

Quería a estar mujer ya. Enredada a él, unida a él, envolviéndole.

—Eres tan suave—susurró sobre su boca a la vez que sus dedos acariciaban las colinas de sus mamas.

Ella cerró sus ojos y echó su cabeza para atrás, apenas un poco, pero el espacio fue perfecto para que el rostro de Brady alcanzara el tendón del cuello y bajara por él en tobogán hacia sus senos.

Su boca devoró los pezones, alternada con sus pulgares y su lengua. Los gemidos eran su guía y le instruían sobre la creciente agitación de la bella Madonna que era Marcia.

Se fue arrodillando con suavidad, y su lengua emuló al pincel de un pintor vanguardista.

Brady fue un Mondrian trazando formas geométricas sobre el lienzo perfecto que era el bajo vientre de Marcia.

Su lengua trazó una diagonal desde un pezón a su ombligo, allí realizó un círculo, y en línea recta se dirigió al inicio de los huesos de sus caderas. El triángulo de su pelvis lo llamó como un oasis a un perdido tuareg.

Entonces sus manos la rodearon y tomaron los globos que eran sus glúteos, y su mejilla se restregó contra el muslo. Desde su posición a los pies de Marcia, la miró.

Ella tenía sus ojos cerrados, pero los abrió cuando Brady se detuvo, y lo miró interrogante. Le sonrió, y le mostró su lengua, que movió en gesto obvio.

Ella se mordió el labio inferior, y sus ojos desmesurados le contaron de su sorpresa. De lo que no había tenido, o disfrutado. *Ese imbécil...* Josh Mac Donald había fallado en proteger, en valorar, en apreciar. Un error que Brady no cometería, jamás.

Su palma se posicionó en el vientre, y empujó, logrando que ella cayera en la cama con suavidad.

Le elevó las piernas, doblándolas para que sus talones estuviesen apoyados en el borde del lecho. Ella fue arcilla en sus manos, y entonces, tuvo la visión más sexual y candente de todas.

El coño que quería devorar. El centro de la mujer más sensual de todas. La que le provocaba lo que ninguna.

—Voy a comerte—susurró, y el gemido exaltado y la leve presión de Marcia sobre sus talones, elevando su pelvis levemente, le contó de su interés—. Quiero saber a qué sabes... Quiero mi lengua chorreando tus jugos, y no puedo esperar a probarlos. ¿Me dejarás?

Ella gimió, y un *sí* ronco y casi gutural le respondió, y fue todo lo que necesitó.

Sus manos treparon por sus muslos, apreciando la tersura de su piel, y hundió su rostro en su pelvis, su boca lista para dar placer, y tomarlo.

Su coño era un sitio tibio y rosa, de pliegues que escondían el misterio, y él nada quería más que explorar.

Su lengua sabía qué hacer, pero la experiencia no lo inmunizó de ser afectado. Porque el primer toque del suave interior de Marcia le hizo acreedor a su fragancia, a su sabor, y Brady estuvo prisionero de lo que conquistaba.

Fue exhilarante, y lo conminó a saciarse. Su lengua tuvo una fiesta, y provocó otra en los sentidos de Marcia, que se aferraba al cobertor y lo arrugaba, mientras se movía con cadencia para dirigir, como podía, el solo que la boca de Brady tocaba en su coño.

—¿Quieres que te coma aquí?—dijo él, separando sus labios mayores y la punta de su lengua hizo círculos pequeñísimos sobre el clítoris.

—Sí, sí, ahí...

Brady abrió el coño para tener más visión, y sopló sobre el nudito nervioso, para luego arremeter con su lengua, enardecido.

Quería su orgasmo en su boca, ya.

Y no quería perderse una sola de sus reacciones, con lo cual lo tenía difícil, porque había tanto qué y adónde mirar.

—Brady... Por favor...

Sus piernas intentaron encerrarlo, y si esa era una prisión en la que no le molestaría fenecer, tenía mucho por hacer.

—El coño más dulce y único de mi vida. No quiero otro—no mentía, pero le salió sin pretender—. ¿Quieres correrte, Marcia?

—¡Sí, sí, por favor, Brady!

La tortura que el placer podía arrancar era obvia en sus ojos volados y en su boca abierta. Sus manos se unieron a jugar, y pincharon, tocaron y estimularon pezones, clítoris, el apretado agujero que introducía al misterio de su vagina.

Marcia era espasmos, ruegos, gemidos, y todo volvió loco a Brady.

Cuando ella quedó inmóvil, y luego se sacudió, arqueándose, una mano sobre su boca para atrapar su grito de placer, Brady llevó la suya a la base de sus testículos y apretó, porque casi se corre ahí mismo.

La imagen de su musa transida en un orgasmo brutal era... Belleza. Maravilla.

Pasaron unos segundos, y ella se calmó, y respiró fuerte, ojos cerrados, pechos bamboleándose con las inspiraciones.

Brady apostó a calmar su deseo ferviente, y cerró también sus ojos, para abrirlos como platos al sentir la mano envolviendo su polla.

Marcia tenía una mirada tímida, pero a pesar de su rubor, se veía determinada.

—Mi turno.

—No es necesario.

—Quiero... Déjame hacerlo.

Su polla no tenía pruritos, estaba claro. Quería lo que ella le ofrecía, y se engrosó ante la perspectiva.

++++

Marcia tragó saliva. La polla frente a ella era... ¿Podía decirse que un pene era bonito? Este lo era.

Ella no tenía un espectro amplio para comparar, ni quería, pero... Este miembro grueso y largo era el sueño húmedo de cualquier mujer. Jadeó, ansiosa, nerviosa.

Brady estaba muy excitado, porque su apéndice era un garrote duro, y húmedo. Lo miró, su mano envolviéndole, y su lengua se adelantó para lamer las dos gotas de su corona. Él graznó, en obvia aprobación.

Envolvió su mano en la base, deslizándose por la piel suave, y el glande quedó libre al irse hacia atrás la piel que lo cubría.

Marcia abrió su boca a medida que se acercaba, y entonces, tomó la polla, que pareció latir tibia en sus labios.

Succionó, probando, y a medida que lo hizo, se fue sintiendo más cómoda. Que él le hablase como si fuese un coach personal y gimiera en placer la envalentonó.

—Eso... Toma más... Tu lengua lo es todo... Quiero correrme en tu boca...

Un poco porque tomó más de la polla en su boca y jugó con ella, otro poco porque él empujó dentro de su cavidad, follándola con cuidado, y mucho porque era Brady, Marcia se encontró disfrutando el sexo oral por primera vez.

La textura, la humedad, lo loco que ponía a Brady, lo perdido que se veía... Llamaba a su yo más visceral.

Sentir que él se deshacía la hizo sentir con más poder. Redobló esfuerzos, y él le puso una mano sobre su cabeza, y envolvió su cabello, llevándola atrás sin violencia.

—Falta poco... Si no quieres tragar...

No era lo suyo, no, pero... Quería cada experiencia con él.

—Ah, joder... Esa expresión tuya... La presión... Voy...

Brady se corrió y el líquido espeso y no del todo desagradable inundó su garganta, pero tragó rápido y sin problemas.

Listo. Lo había hecho. Era sensual. Mucho.

Él retiró su polla y bajó hasta ella, arrodillándose a su frente. La besó, y sus bocas sabían al otro. Al placer mutuo que se habían regalado.

—Fue hermoso—susurró ella.

—Lo fue. Una primera vez perfecta.

Primera. La satisfacción la llenó. Habría más. Quería más.

Luego, su mente la trajo al tiempo y espacio, y le recordó por qué estaba aquí.

Pero decidió que se daría tiempo para disfrutar. Este había sido el mejor sexo de su vida, hasta ahora.

Capítulo 14

Marcia abrió los ojos con lentitud, dejando que la penumbra del cuarto se asentara a su alrededor.

La habitación estaba fría, pero no necesitaba más que el pesado edredón y la memoria del fuego que la había consumido para calentarse.

Giró sobre la cama, hundiendo la cara en la almohada mientras el corazón le latía fuerte contra las costillas.

Cada roce, cada susurro de su boca sobre la suya, seguían ahí, tatuados en su memoria como un eco persistente.

La forma en que la había sostenido con devoción y control, como si pudiera hacerla perderse y sostenerla al mismo tiempo.

Cerró los ojos y su cuerpo respondió con un escalofrío involuntario. Ay, madre, ¡qué subidón al ánimo, a la autoestima! Nunca había vivido algo así.

No con Josh. No con nadie. *Venerada, disfrutada, saciada.* Así se sintió. Y ese pensamiento la golpeó como un cubo de agua helada.

Abrió los ojos, exhalando hondo mientras se incorporaba, y pasó las manos por su rostro.

La contradicción la acució, porque la idea de que no podía dejarse llevar por esto vino rápida.

Era demasiado intenso. No iba a durar.

Se sentó en la cama, dejando que sus dedos se deslizaran por el cobertor, retorciendo la tela entre ellos mientras su mente se debatía entre la lógica y el deseo.

No fue solo sexo. Había sido sexo del que te volaba la cabeza. Un punto de quiebre.

¿Cómo volver a la intimidad gris y mecánica luego de estar con Brady?

No tienes que hacerlo. No tienes que conformarte. Acaban de mostrarte con ejemplos clarísimos que cada célula puede aullar de placer.

Si solo supiera como confrontarlo ahora. ¿Haría él como si nada pasó? ¿Se transformaría, ya no tan gentil luego de haberla follado?

No, él no es así. Lo he comprobado desde que lo conocí. No es así.

Lo comprobaría en minutos, cuando tuviese el valor de levantarse y comenzar el día.

La posibilidad de que Nathan y Elijah les hubiesen escuchado, además, la avergonzaba.

No, él había sido cuidadoso. *Sin sonidos altos, hermosa, o me detengo.* Y ella había respondido a su comando, vaya que sí.

Su mirada vagó hacia la puerta, como si al otro lado estuviera la respuesta a todas sus preguntas.

Suspiró y deslizó las manos por su cabello despeinado. Debía centrarse. Tener claridad. Y levantarse.

Brady estaba en la cocina cuando ella bajó. Estaba vestido con una camiseta negra de manga larga y unos pantalones de mezclilla gris, descalzo, bebiendo su café.

Se veía relajado, recostado contra el vano de la puerta, y su faz se suavizó al mirarla.

—Buenos días—murmuró, con una sonrisa.

—Buenos días.

Intentó sonar neutral, pero el calor en sus mejillas era incontrolable. Avanzó a la cocina, agradeciendo el que Elijah estuviese de espaldas.

Murmuró un ininteligible *buenos días* y se sirvió una taza de café, que no endulzó.

Necesitaba cafeína pura y amarga para despertarla y sacarle lo tonta.

Sospechaba que no podría, no del todo, porque la vista se le fue hacia el que se había dado la vuelta para observarla y parecía devorarla con sus ojos como láseres en su anatomía.

El memo de ser sutiles no le había llegado, pensó, y casi hundió su cara en la taza de café, nerviosa. Él hacía latir cada una de sus zonas más sensibles.

Tomó asiento en la isla, la vista baja, y sonrió a Elijah cuando este colocó un plato con tostadas con manteca y miel.

Brady se acercó y se sentó a su lado, y procedió a untar una tostada con jalea con calma. Marcia trató de respirar llano para que su perfume inconfundible no le eclipsara la mente y le exigiera que la besara ya.

Jodida estaba. El contacto casual—¿casual?— de sus muslos y su fragancia la predisponían, le daban ideas que hasta anoche no existían.

Cuando él llevó la tostada a sus labios y con un suave comando la instó a comer, ella mordió obediente, y la satisfacción de su rostro le gustó.

Le gustaba complacerlo, se dio cuenta. Dios, ¿se podía ser más patética?

Había desconocido lo que era el buen sexo y su cuerpo no tenía pruritos en humillarse para volver a vivirlo. Lo dicho, patético.

Elevó su vista y vio que Elijah los observaba. Su sonrisa franca y que no juzgaba la calmó. El hombrón, bromista como era, también era un caballero, lo había demostrado varias veces.

Brady O'Malley es un hombre millonario y te tomó bajo su ala, te ha dado protección, y dedicado su tiempo y sus recursos. Por supuesto que estos hombres imaginan que son amantes.

No lo eran... No lo habían sido hasta la noche anterior. Amantes. Wow, sonaba, excitante, interesante. Divino. Era lo que quería. Quería vivirlo. Disfrutarlo.

El día que deje de hacer algo porque esa momia de la casa vecina vigila mis movimientos, estaré muerta. Vida hay una sola, Marcia Clementine, y lo único que hay que cuidar es el cuerpo y la mente de toparse con basura humana. Luego, vida al aire, muchacha.

Así era su abuela. Solía enloquecer a su madre. Sonrió al recordar esa alma libre que adoraba. Tenía razón, y aplicaba aquí justo. Disfrutaría de lo que podía minuto a minuto, sin vergüenza.

Fue entonces cuando Nathan entró en la estancia, su rostro serio y paso apurado.

—Tengo novedades.

Marcia dejó su taza en la mesa de golpe. Brady se enderezó.

—Habla—ordenó con voz firme.

—Josh ha desaparecido.

Marcia sintió que la sangre se le helaba.

—¿Cómo que desaparecido? —susurró.

—Su galería está cerrada. No ha ido a su piso en los últimos días y alguien intentó borrar sus movimientos financieros. Pero Louie fue más rápido.

—Por supuesto—dijo Elijah—. Nuestro chico nerd siempre los caza.

—Encontró un retiro en efectivo sospechoso en una cuenta secundaria y un vuelo privado registrado bajo un alias que ha usado antes. No sabemos con certeza dónde está, pero lo que sí sabemos...—Nathan hizo una pausa, mirando a Marcia—es que te sigue buscando.

El aire se volvió más pesado en la habitación.

Brady se frotó la mandíbula, tenso. Marcia sintió que la ansiedad trepaba por su pecho, como una enredadera sofocante.

—¿Podemos rastrearlo? —preguntó Brady.

Nathan asintió.

—Louie está en ello. Pero hay otra cosa...—Se giró hacia Marcia—. También ha preguntado por Isabel.

El corazón de Marcia se detuvo un segundo.

—Dime que está bien—pidió en un hilo de voz.

—Sí. Pipen la sacó del radar hace días. Pero Josh la mencionó en un mensaje a un contacto desconocido. Lo que significa que está empezando a hilar cosas.

Marcia sintió que la desesperación le oprimía el pecho. Todo esto era un desastre. Y, de algún modo, había arrastrado a otras personas con ella.

Se puso de pie y caminó hacia la ventana, sin saber qué hacer, sin saber qué sentir.

Afuera, la nieve caía con suavidad, cubriendo el mundo en un manto blanco. Se sintió atrapada. No podía salir, no podía detener a Josh.

Y ahora, Isabel podía estar en peligro. ¿Cuán segura estaría? Pipen era eficiente, o eso parecía, pero...

Brady se acercó a ella en silencio. No la tocó, pero su presencia fue suficiente para anclarla a la realidad.

—Lo manejaremos —dijo con voz grave.

Ella giró el rostro hacia él, con la angustia reflejada en cada facción.

—¿Crees que pueda saber que tú me ayudaste?—susurró, con los ojos ardiendo—. La ubicación de mi teléfono cuando estuve en tu piso...

Brady no respondió de inmediato.

—Lo averiguaremos, pero no importa. Estamos bien. Y no debes preocuparte. La fama de mi familia, aunque mala, podría ser de buen uso en este caso. Actuar como disuasivo.

Marcia quiso creerle, pero en su interior, algo le decía que la calma que habían encontrado aquí estaba a punto de desmoronarse.

El día transcurrió con una inquietud densa, palpable en el aire como una tormenta contenida.

Marcia intentó distraerse. Caminó por la sala, hojeó un libro tras otro de la biblioteca, pero las palabras se desdibujaban en la página, sin significado real.

Cada vez que intentaba concentrarse, su mente volvía al mismo punto: Josh. Josh buscándola. Josh acercándose.

Y lo peor de todo, la posibilidad de que él no se detuviera solo en ella, sino que dañara a quienes la estaban protegiendo.

Un escalofrío le recorrió la espalda, pero esta vez no era por el frío.

—¿Necesitas aire?

La voz de Brady la sacó de su espiral de pensamientos. Levantó la vista.

Él estaba apoyado en el marco de la puerta, con las manos en los bolsillos, observándola con atención. Se veía relajado, pero ella reconoció la tensión en su mandíbula, la manera en que su mirada era más oscura de lo normal.

Brady estaba preocupado. Por ella.

—Sí—respondió con un suspiro, frotándose los brazos como si pudiera borrar la sensación de opresión que la había acompañado todo el día—. Creo que necesito moverme un poco.

Brady asintió.

—Ponte algo abrigado. Vamos a caminar.

El aire frío la golpeó en cuanto cruzaron la puerta. Cortante, puro, de ese que entraba directo en los pulmones y despejaba cualquier pensamiento.

La nieve crujía bajo sus botas mientras seguían un sendero que bordeaba la colina, el paisaje extendiéndose a su alrededor en una inmensidad silenciosa.

A lo lejos, el sol comenzaba a descender. Por un instante, todo pareció en calma.

—El pueblo está a unos treinta minutos en coche desde aquí —comentó Brady, rompiendo el silencio—. Si en algún momento sientes que necesitas salir de este lugar, podemos ir.

Marcia asintió, pero no respondió. No era solo la cabaña lo que la mantenía atrapada. Era la incertidumbre. La sensación de que no importaba a dónde fuera, Josh la encontraría.

Brady se detuvo de golpe y se giró hacia ella.

Sus ojos la buscaron con intensidad, recorriéndola como si intentara leer más allá de lo que ella estaba dispuesta a decir.

—Lo de anoche...—comenzó.

Marcia sintió cómo su cuerpo se tensaba, el latido en su pecho acelerándose con ansiedad.

—No quiero que pienses que espero algo de ti—dijo con honestidad—. Si necesitas espacio, lo entiendo.

Marcia desvió la mirada.

La punta de su bota removió la nieve, como si en el suelo pudiera encontrar la respuesta que no se atrevía a decir en voz alta.

—No me arrepiento—murmuró, apenas audible, sin atreverse a mirarlo—. Pero...

Brady esperó, paciente.

El viento sopló entre los árboles, removiendo su cabello, pero él no apartó la vista de ella.

—Pero tengo miedo—admitió finalmente—. No solo de Josh. De lo que esto significa. De lo que está pasando entre nosotros.

Brady exhaló, y cuando lo hizo, ella sintió la calidez de su aliento en la piel, tan diferente al frío que los rodeaba.

—No tienes que decidir ahora—respondió con suavidad—. Pero ese algo que está pasando... Es jodidamente bueno.

El viento sopló con más fuerza, y Marcia se estremeció.

Brady se quitó la bufanda y la envolvió por su cuello con cuidado, arropándola. Cuidándola.

Ella alzó la mirada y se encontró con la suya. El mundo pareció contraerse en ese instante, en el calor de su toque.

Brady no se alejó. Con un movimiento lento, levantó una mano y pasó los dedos por su mejilla, en una caricia distraída, absorta, como si estuviera memorizando la suavidad de su piel.

—Anoche...—murmuró, su voz baja, grave, vibrante contra el viento—. Fue divino, Marcia.

El pulso de ella se aceleró.

—Brady...

Pero él no le dio espacio para alejarse.

—No quiero presionarte—continuó—. Solo quiero que sepas que esto no es solo deseo para mí.

Sus dedos bajaron por su cuello en una caricia casi imperceptible.

—Fue increíble. Pero lo que siento cuando te miro, cuando te tengo cerca... es más que eso.

Marcia sintió su pecho expandirse y contraerse con rapidez. Podía huir. Podía romper el momento.

Pero en lugar de eso, se quedó allí.

Su mano se posó suavemente sobre el pecho de Brady, sintiendo el latido firme bajo la tela de su abrigo. Fuerte. Seguro. Inquebrantable.

—Siento lo mismo—confesó en un susurro.

Brady cerró los ojos por un segundo, su frente rozando la de ella.

—Pero tienes miedo—murmuró.

Marcia tragó saliva y asintió.

—Mucho. No he tenido buenas experiencias, y si la última fue horrible... Hubo anteriores mediocres. No quiero sufrir—susurró.

Brady deslizó sus manos por sus brazos, como si quisiera traspasarle su calor, su certeza. Como si con su tacto pudiera decirle lo que las palabras no alcanzaban.

—Entonces iremos lento. Y no te haré sufrir.

La promesa estaba en su mirada. Y en sus labios, que bajaron para rozar su boca en la más sutil de las caricias.

Luego la abrazó, sosteniéndola contra su pecho, dejándola sentir la seguridad de su abrazo antes de entrelazar sus dedos con los de ella y tirar suavemente para guiarla de vuelta a la cabaña.

—Vamos adentro—dijo, su voz un susurro grave contra su oído—. Empieza a hacer demasiado frío.

Marcia lo siguió sin resistirse, su respiración más calma, y su convicción arraigada. Este hombre era un regalo en su vida.

Capítulo 15

El teléfono de Elijah vibró sobre la mesa con un sonido corto y seco que rasgó la frágil calma de la cabaña como una navaja. La interjección que lanzó fue inmediata.

—¡Joder!

Marcia se tensó al instante, su estómago encogiéndose con una premonición oscura.

Brady dejó el libro que sostenía sin siquiera marcar la página y cruzó la estancia en pasos largos.

—¡Dime! ¿Qué pasa?—demandó, su voz tensa.

Elijah no respondió de inmediato. Su mirada seguía clavada en la pantalla, inmóvil, pero la rigidez en su postura hablaba por sí sola.

Finalmente, se pasó una mano por el cabello y alzó la vista hacia ellos.

—Josh ha aterrizado en Wyoming. Hace unas horas.

El aire se volvió espeso.

Marcia sintió un escalofrío recorrerle la espalda. Wyoming estaba cerca. Demasiado.

Elijah continuó:

—Y no está solo. Su nombre apareció junto a otro en el manifiesto de vuelo de un avión rentado—Hizo una pausa antes de soltar el golpe final—David Kessler. Es uno de los alias de Lupin.

Brady cruzó los brazos sobre su pecho, su expresión endureciéndose hasta parecer piedra.

Nathan, que hasta el momento había permanecido apoyado contra la pared, se enderezó con un movimiento fluido.

—¿Saben que ella está aquí?—preguntó con gravedad.

Elijah se encogió de hombros, pero su expresión no era tranquilizadora.

—Pipen dice que no hay certeza. Pero un hombre como ese no se mueve sin información confiable. Si han venido juntos, es porque tienen un motivo.

El corazón de Marcia latía con fuerza desbocada. Podía sentir su pulso en los oídos, en la garganta.

Se apoyó en el respaldo de una silla, aferrándose a la madera con los nudillos blancos para no perder el equilibrio.

Elijah volvió a hablar.

—Pipen está emprendiendo viaje hacia acá. Pero, Brady, necesitamos un plan. Si Josh llega aquí antes que nuestros refuerzos, esto se va a complicar.

Brady asintió, ya procesando opciones en su cabeza. Su mirada se oscureció con algo afilado y definitivo.

Nathan tomó la palabra con la frialdad de un hombre acostumbrado a lidiar con amenazas reales.

—Tenemos que tomar decisiones. O reforzar la seguridad de la cabaña de inmediato, o retirarnos. No sabemos cuánto tiempo tenemos.

Marcia miró a su alrededor.

La cabaña que había sido su refugio, su escondite seguro en medio de la nieve, de repente se sintió demasiado frágil.

El cristal de las ventanas, el crujido de la madera bajo sus pies, la inmensidad del bosque que la rodeaba... todo se convirtió en una jaula de paredes delgadas.

Se abrazó a sí misma, tratando de contener el temblor en sus manos, pero el miedo era

un animal salvaje dentro de su pecho, arañando, recordándole que la amenaza se acercaba.

Brady se giró hacia ella.

Su expresión seguía firme, pero sus ojos estaban cargados de una determinación implacable.

Y de furia.

Cuando habló, su voz era baja, grave.

—No voy a dejar que te toquen—Marcia sintió un escalofrío recorrerle la piel ante su furibunda promesa—. No permitiré que te hagan daño.

Cada palabra resonó en el aire como un juramento. Había algo feroz en él.

En ese instante, Marcia vislumbró al hombre que había sido. No solo al pintor. No solo al protector que la había cuidado estos días. Sino al hijo de la mafia.

++++

La noche cayó sobre la cabaña como un manto denso, sofocante.

La nevada se intensificaba afuera, golpeando las ventanas con ráfagas de viento que aullaban entre los árboles.

El fuego de la chimenea era la única luz cálida en la sala, pero en lugar de reconfortar, proyectaba sombras como espectros silenciosos acechando en los rincones.

Marcia estaba sentada en un sillón, las piernas cruzadas, abrazando con fuerza una taza de té caliente. Su mente era un torbellino sin descanso, rebotando de un pensamiento a otro sin hallar tregua.

Josh y ese Lupin estaban cerca. Buscándola. Y ella seguía aquí, esperando.

Brady estaba de pie junto a la ventana, observando la nieve caer con una intensidad creciente.

Marcia lo vio apretar la mandíbula, los músculos de su cuello rígidos. No hablaba, pero su energía lo delataba.

Estaba inquieto. Ella exhaló un suspiro profundo y apartó la taza de sus labios. No podían seguir así.

—Tengo que hacer algo—dijo en voz baja.

Brady giró al instante.

Su ceño se frunció con dureza, la intensidad de su mirada clavándose en ella.

—¿A qué te refieres?

Su tono era seco, contenido, como si ya anticipara una respuesta que no le iba a gustar.

Marcia inspiró, intentando darles orden a sus pensamientos.

—No puedo seguir escondiéndome. No así—dijo, su voz firme pero enredada en la ansiedad—. Tengo que enfrentar esto de alguna forma. Tal vez si salgo de aquí, si me muevo... podríamos despistarlos.

Brady dejó escapar una risa seca, incrédula.

Negó con la cabeza, cruzando los brazos sobre su pecho con un gesto rígido.

—Ni hablar. No voy a permitirlo.

El rechazo inmediato la hizo hervir por dentro.

Se irguió en el sillón, sintiendo la frustración hinchársele en el pecho como una presión insoportable.

—No puedes tenerme encerrada aquí y esperar que me quede tranquila —soltó, su voz vibrando con emoción contenida—. Josh no va a detenerse. Y si sigo en este lugar, tarde o temprano me encontrará. ¿Y si logramos despistarlo? ¿Si lo hacemos creer que tomé otro

camino?

Brady inhaló lento y profundo, su mandíbula marcándose aún más.

—¿Y cuál es tu plan, Marcia? —preguntó, su tono bajo pero afilado—. ¿Huir sola? ¿Salir ahí afuera hacia un tipo que tiene conexiones peligrosas y espera encontrarte vulnerable?

Su voz se endureció con cada palabra.

—No entiendes en qué clase de juego estás metida.

—¡Lo entiendo perfectamente!—Marcia se puso de pie de golpe, el corazón martillándole en el pecho—. Entiendo que mi vida ya no es la misma, que todo lo que construí se ha ido al carajo en cuestión de días. Que mi trabajo, mi casa, mi estabilidad... todo está patas arriba porque confié en el hombre equivocado.

Su respiración era irregular, pero no se detuvo.

—Y ahora, estoy aquí, dependiendo de ti, de Pipen, de gente que apenas conozco... Perdón—se dio vuelta hacia Elijah y Nathan.

—Entiendo lo que dices, Marcia—dijo Elijah—. Pero no podemos desesperarnos.

Brady se movió y comió la distancia que les había separado. Sus manos tomaron sus hombros, sin presión, y su mano tomó su barbilla, forzándola a mirarlo.

—Soy una carga, por mi culpa van a...

—Nada de eso. No eres una carga, Marcia—murmuró, su voz más baja pero firme.

No le iba a permitir ser débil, al parecer. Sus ojos la atraparon, oscuros y llenos de intensidad.

—Te estamos ayudando porque queremos hacerlo. Porque mereces estar a salvo.

El nudo en su garganta se apretó, su respiración quedó atrapada en su pecho. La sinceridad en su mirada la desarmó.

No había rabia en él. Había convicción. Y esa maldita determinación de protegerla, de cargar con su seguridad como si fuera una promesa que no pensaba romper.

Ella apartó la vista, cruzando los brazos sobre su pecho, sintiendo su piel arder bajo su mirada.

—No quiero ser un problema para ti. Me importas demasiado—susurró, su voz temblorosa, pero fue valiente en su confesión.

Brady exhaló fuerte y acercó su rostro al de ella.

—Me pasa igual. Y lo único que sería un problema para mí es que algo te pase.

Su tono era áspero, sin espacio para la duda.

La crudeza de su confesión le golpeó como un impacto físico.

Marcia sintió su mundo tambalearse por un segundo. Esta era una declaración de intenciones, de interés, de permanencia.

Ella apartó la vista, pero asintió, sin más fuerzas para resistirse. No quería hacerlo, ¿para qué engañarse? Si no tenía o quería más opciones que Brady.

—Entonces dime qué hacemos—murmuró, su voz un hilo de incertidumbre—. Porque no puedo seguir así, sin saber qué pasará mañana.

Brady la observó un largo instante. Luego, giró la cabeza y miró a Elijah, que había estado en silencio en su rincón, observando la escena con el ceño fruncido.

—¿Pipen tiene noticias?

Elijah asintió.

—Está en camino y traerá refuerzos. Pero aún no sabemos qué tanto saben Josh y Lupin. Lo único claro es que se están moviendo.

El fuego de la chimenea crujió más fuerte, como si el aire hubiera cambiado en la sala.

—La nevada nos complica para movernos—añadió Nathan—. Pero también a ellos.

Brady presionó los labios en una línea tensa, pasándose la lengua por los dientes como si estuviera probando un pensamiento.

Entonces su expresión se tornó decidida. Calculadora.

—No conocen el terreno—dijo con firmeza—. Vamos a movernos y a adelantarnos a cualquier plan que tengan.

Su tono no dejaba espacio para dudas. No era una sugerencia. Era un comando. Uno que tomaba en cuenta lo que ella pensaba.

Marcia asintió, despacio, y la actitud de Brady la envalentonó. Si Josh y Lupin pensaban cazarla, iban a encontrarse con una presa mucho más difícil de lo que creían.

Capítulo 16.

La madrugada les encontró planeando y revisando mapas en la mesa del salón. Marcia, envuelta en una manta, les observaba en silencio desde el sofá.

—Tenemos un rancho en Wyoming. Declan lo compró hace no mucho. Es por eso que han de estar allá—dijo Brady—. No saben con seguridad dónde está Marcia, pero probablemente sí que está conmigo. Eso nos da tiempo.

—Podrían ir a ese lugar. ¿Y si lastiman a alguien?—susurró Marcia, y el terror en sus ojos lo desarmó.

Malditos Mac Donald y Lupin por poner miedo atroz en el pecho de Marcia. Esto llenaba a Brady de ira, una que no recordaba haber sentido. Estaba dispuesto a todo por defenderla.

Otra que bajo la piel, tenía a Marcia tatuada en ella. Corría por sus venas, llenaba cada pensamiento y la sentía en la pulsión de cada órgano.

Esta era la mujer de su vida, y no permitiría que dos bastardos como esos la tocaran. Solo muerto la tocarían, y él no tenía intenciones de perecer.

Había sido humillado y perseguido, castigado y violentado por su padre, pero había aprendido a ser un hombre peligroso. Y tenía el dinero y la pasión irrenunciable de proteger a Marcia.

—Nada pasará. Avisaré a Declan para que ponga en aviso a los trabajadores del rancho.

Lo hizo de inmediato, en un mensaje breve pero contundente que pondría a su hermano en acción inmediata.

—Lo que haremos, en tanto, es sencillo—dijo Brady, pasando los dedos por el borde del mapa—. Mientras comprueban que no estás allá, tenemos tiempo para crear una distracción. Un movimiento que haga que Josh y Lupin nos sigan buscando en el lugar equivocado.

Elijah asintió con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Podemos conducir un coche y dejar un rastro financiero hacia Denver, o California. Eso puede arreglarse.

Nathan chasqueó la lengua y sacudió la cabeza.

—Es una buena idea. Ellos tienen recursos. Si han logrado conectarla con los O'Malley, es porque tienen a alguien muy bueno monitoreando lo digital.

Brady se pasó una mano por la mandíbula y miró a Marcia.

—Lo importante es sacarte de aquí de la manera más segura posible. Y lo vamos a hacer.

Ella sintió un nudo en la garganta, pero asintió. La determinación de Brady era tangible.

Lo siguiente fueron llamadas, propuestas, idas y venidas, y en algún momento, Marcia se durmió, agotada.

Brady fue hasta ella y con un suave sacudón la instó a despertar. Ella se sobresaltó, y parpadeó, incorporándose en el sillón.

Miró alrededor. Los guardias ya tenían sus maletas listas.

—Joder, son rápidos. ¿Y cuál es el plan? —preguntó en voz baja.

Brady acarició su cabello y le sonrió, procurando que su voz sonase confiada.

—Nos dividiremos. Elijah y yo tomaremos un coche y nos dirigiremos a Denver. Queremos que piensen que estamos moviéndote en esa dirección. Mientras tanto, tú y Nathan volarán a una ubicación segura. Pipen está retrasado por el clima.

Marcia asintió, pero su mandíbula se tensó, y se mordió un costado del labio inferior. Brady desarmó el gesto con sus dedos, que trazaron el abusado sitio con suavidad.

—La idea de separarnos... Me asusta—susurró ella, solo para sus oídos—. Pero no voy a poner escollos. Soy una adulta. Se que si esto funciona, me alejará del peligro.

—Es la idea. No tengas miedo.

—Pero si algo sale mal en Denver, ustedes dos estarán en peligro—dijo, más alto.

—Lo sabemos—respondió Elijah con naturalidad, como si estuviera acostumbrado a este tipo de situaciones—. Y es para lo que vivimos—agregó, sonriendo.

—Okay. Okay—asintió, decidida, y Brady se sintió orgulloso de esta mujer. Su musa era valiente, joder—. ¿Cuándo lo haremos?—preguntó ella.

Brady revisó su reloj.

—En cuanto Pipen confirme el avión. Será al amanecer. No hay más tiempo que perder.

Continuaron discutiendo detalles sobre el plan, pero Marcia apenas escuchaba. Su mirada se fijó en Brady, en la tensión que marcaba sus rasgos con más fuerza.

Como si sintiera su mirada, él giró la cabeza y la encontró con sus ojos oscuros y profundos. No necesitaban palabras para entenderse en ese momento: no querían separarse.

Cuando la conversación terminó, Brady se levantó y se acercó a ella. Con un gesto lento, se inclinó, rozándole la mejilla con los nudillos.

—Ven conmigo un momento—susurró.

Marcia lo siguió sin dudar, saliendo al porche.

—No me gusta este plan—dijo ella.

—A mí tampoco—confesó Brady, metiendo las manos en los bolsillos.

Sus ojos recorrieron su rostro, como si quisiera memorizar cada detalle antes de separarse.

—Si no hubiese vuelto por mi laptop esa noche...—susurró Marcia.

—No tendría esta alegría en el pecho de saberte mía—dijo él, y Marcia agrandó sus ojos.

Wow. Palabras tan enormes e inesperadas eran esas, y la envolvieron como una manta muy abrigada.

—Eso... ¡Joder que eres intenso!

—¿Me equivoco?

—No... No. Yo... Esta conexión que tengo contigo es muy fuerte. Me asusta y me encanta al mismo tiempo.

—Lo hablaremos mejor cuando estemos juntos otra vez. Esto saldrá bien—dijo, con convicción—. Volveremos a vernos. Tengo planes. Muchos, contigo.

La besó sin prolegómenos. Fuerte, intenso, apurado.

Marcia no dudó un segundo. Le devolvió el beso y se pegó a él, rodeando su cuello, colgándose a él, pretendiendo llevarse su sabor, su olor, su memoria, para que la entibiara mientras estaban lejos.

Al separarse, los ojos permanecieron atados en muda comunicación.

—Me aterra que te pongas en peligro por mí—confesó.

Brady soltó una risa baja y cálida, y deslizó sus brazos alrededor de ella, atrayéndola contra sí. Marcia se aferró a su abrigo con fuerza, sintiendo el calor de su cuerpo, el latido firme de su corazón.

—Eso no es algo que puedas evitar—dijo él contra su cabello—. Te protegeré, eso elijo hacer.

—Prométeme que no harás nada que te ponga en riesgo.

—No lo haré—dijo él con firmeza—. Y cuando esto termine, cuando estés a salvo... hablaremos de lo que está pasando entre nosotros.

Marcia asintió con un suspiro tembloroso.

El plan estaba en marcha, pero la incertidumbre flotaba en la atmósfera como una sombra amenazante. Nathan y Elijah seguían revisando detalles, ajustando la logística de la salida.

Marcia se encontraba en su habitación, sentada en la orilla de la cama, con la mirada fija en el ventanal.

Tenía que terminar su bolso, pero se estaba tomando un momento. ¿Cómo era esta su vida?

Un suave golpe en la puerta la sacó de sus pensamientos.

—¿Puedo pasar?—Brady preguntó con voz baja.

—Sí, claro —respondió, sintiendo su pecho apretarse en cuanto él cruzó el umbral.

Brady cerró la puerta tras de sí y se apoyó en ella con los brazos cruzados, observándola con esa mirada profunda que parecía atravesarla.

El silencio entre ellos no era incómodo, pero estaba cargado de electricidad.

—Mañana será un día largo—dijo finalmente él.

—Lo sé—respondió ella, jugando con los pliegues de la manta sobre su regazo—. No puedo dormir.

Brady sonrió con suavidad y se acercó, sentándose a su lado en la cama. La calidez de su cuerpo traspasó la delgada tela de su ropa, y Marcia sintió un estremecimiento recorrer su espalda.

—Tampoco yo—admitió él—. No me gusta la idea de separarnos.

Marcia giró el rostro para mirarlo. Sus ojos reflejaban preocupación y algo más profundo que la hizo contener el aliento.

—Brady...—murmuró, pero no supo qué más decir.

Él levantó una mano y acarició su mejilla con el dorso de los dedos, un roce tan suave que su piel se encendió bajo su tacto.

—Si las cosas fueran distintas...—susurró él, inclinándose levemente hacia ella.

—Pero no lo son—terminó Marcia, aunque no se apartó.

Brady deslizó sus dedos por su mandíbula, hasta posarlos en la nuca de ella, atrayéndola con delicadeza.

Sus labios rozaron los suyos en un contacto etéreo, como si le diera la oportunidad de alejarse si así lo deseaba. Pero ella no quería hacerlo. No esta noche.

Fue Marcia quien cerró la distancia, profundizando el beso con una intensidad que reflejaba lo que había estado reprimiendo en estas horas de planificar el separarse.

Las manos de Brady se deslizaron por su espalda, atrayéndola más cerca, hasta que no quedó espacio entre ellos.

Su boca era cálida, exigente, y el ritmo con el que se besaban parecía dictado por una necesidad mutua de dejar impreso el momento en su piel.

Marcia deslizó sus dedos por el cabello de Brady, sintiendo cómo él respondía con un suspiro ronco contra su boca.

Cuando su espalda tocó el colchón, sintió que el mundo exterior desaparecía, que por una noche podía olvidar el peligro que los acechaba.

Lo único que existía era la calidez de sus cuerpos, el deseo que finalmente encontraba

cauce para fluir.

Brady se apartó un instante, apoyando su frente contra la de ella mientras intentaban recuperar el aliento.

—Te deseo.

—También yo.

La besó. ¿Cómo no, si sus labios eran alimento para su adicción? Posesivo, con pasión, urgido, así la besó. Con su cuerpo apiñando el suyo, dejándole sitio para moverse.

Marcia acarició sus hombros y bajó a su tórax, y con torpes tirones pudo sacarle la camiseta. Trazó la piel al desnudo. Brady tenía un poco de vello castaño en su pecho, no demasiado.

La forma en que sus ojos la miraban, con lujuria sin control, la dejó alelada. Estaban igual de conmovidos, de excitados.

—Quiero probar tantas cosas contigo... Hay tanto por disfrutar—le dijo él al oído—. Aunque si solo pudiese besarte de aquí a la eternidad, estaría bien para mí.

—¿De verdad?—dijo ella, asombrada, en un susurro.

A Josh nada le había parecido suficiente. Sus quejas eran... Molestas, considerando que no entregaba nada.

No hay punto de comparación. Este es un hombre distinto. Mejor, único. Atractivo, y piensa que eres bella. Su musa.

Esta convicción le dio calma, y bravura para tomar lo que quería.

—Sí, mi bella. Tu boca es perfecta. Me vuelves loco.

Su pulgar recorrió la columna de su garganta, suave, y siguió por sus hombros, retornando a su escote.

A él le gustaba tocarla, lo hacía como pintaba: reconcentrado en cada línea. Pero Brady no quería pintar, no.

Quería follarla. La erección ostensible la empujó por encima de la ropa, urgida.

—Sin ropa. Tenemos que...

—Sí—dijo él, incorporándose y con premura eliminó su ropa.

Ella, como un espejo, lo imitó, y desnudos, se miraron. Era tan atractivo que dolía.

Pero no se sintió menos, porque el calor con el que él la miraba de vuelta hablaba de que pensaba igual. No había dobleces en Brady O'Malley.

Sus cuerpos se pegaron, y lo siguiente que hubo fue frotación entre sus pechos y sus pelvis, mientras sus bocas se pegaban con desesperación, quitándose el aire, comiéndose labios, lengua, mordisqueándose con desesperada ansiedad.

La separación en puerta les pegaba fuerte a los dos. Querían vivirse, disfrutarse.

—Te juro que quiero conocer cada trazo, cada palmo. Arrancarte sonidos que...— meneó su cabeza, como ordenándose a la calma.

—Tenemos poco tiempo, lo sé.

Acarició sus brazos, se abrazó a él, y le hizo sentir que su centro lo convocaba, moviéndose sin pudor contra su polla, urgiéndola a la acción.

—Joder... Lo que me haces...—murmuró él, y la tomó por los hombros y se dio la vuelta para ponerla sobre él—. Mi billetera... Tengo un condón ahí...

Ella se movió rápido y se hizo del paquete, que abrió con sus dientes. Él la miró hacer, sus ojos semi cerrados, intensos, clavados en su boca, y en sus pechos, que se bambolearon al trepar otra vez al lecho.

—Enfunda mi polla, Marcia. Hazlo rápido, porque quiero follarte ya.

Sus dedos temblaban mientras extendía el condón en el miembro, acariciándolo en el proceso.

—Puedo ver lo excitada que estás, y eso es sexy. Jodidamente sensual. Apuesto a que estás mojadísima.

Ella asintió, y se apresuró a colocarse a horcajadas, y se frotó contra el miembro listo.

Él coló sus dedos, que encontraron la raja y se complacieron en explorarla. En llamas, así la dejó. Lista para él. Torturó su clítoris, y ella jadeó.

—Basta—susurró—. Te quiero adentro.

—Me tendrás—aseguró él, acomodándose para que su verga quedase en su entrada—. No puedo esperar a follarte, a estar pujando dentro tuyo.

—Hazlo. Te necesito—su voz tenía una urgencia desconocida.

Las sensaciones que la atravesaban eran primarias. Quería el placer y el olvido, la perfección de pertenecerle.

La penetración fue profunda y en una vez, sin prolegómenos. Su polla la llenó a la perfección, y la hizo sentir entera.

La empaló, gloriosa, poderosa, y Marcia se arqueó y tembló.

—Móntame, preciosa. Dame todo lo que tienes, quiero tu recuerdo en mi retina para disfrutar de la memoria en el tiempo en que estemos separados.

Fue como si algo se soltara dentro suyo.

Se acomodó hacia adelante, sus pechos colgando en una posición que permitió que él los devorara, y cabalgó sobre su pelvis apoderándose del miembro, haciéndolo entrar y salir.

Se extasió en darle todo de sí, y recibió, porque sus dedos la estimularon, sus palabras la acicatearon, y hacia el final, Brady la folló con la fuerza de un pistón, poniéndola en cuatro apoyos para pujar como alienado.

Enterró su cabeza en la almohada para ahogar su grito de placer cuando el orgasmo la alcanzó, y él hizo lo mismo en el bajo de su espalda, pero su nombre vibró por su piel.

No podía esperar a tenerlo en ella otra vez, y poder gritar a gusto, sin peligros, sin acechos, sin guardias alrededor. Por si no ocurría, se dejó ir, y disfrutó.

—Mi Madonna hermosa—escuchó que le decía, y que la acomodaba con suavidad en la cama, y se rindió al sueño.

Capítulo 17

El golpe en la puerta rompió el silencio de la habitación. Un sonido seco, definitivo.

Era hora de marchar. Brady exhaló lento, sintiendo la opresión en su esternón.

Marcia dormía, su respiración tranquila, su cabello esparcido sobre la almohada en ondas suaves.

La luz tenue de la lámpara iluminaba su piel, dibujando sombras delicadas sobre sus pómulos, sobre la curva de su cuello.

Joder. Iba a echarla de menos. Esta mujer... Lo que le hacía. El sexo con ella era trascender.

Se obligó a moverse. No había tiempo para quedarse atrapado en pensamientos que no cambiaban la realidad. Tendría esto otra vez, se prometió.

Se vistió rápido, con movimientos eficientes, cada prenda abrochada con más fuerza de la necesaria, como si el acto mecánico de vestirse pudiera contener lo que sentía.

Se acercó a la puerta y la entreabrió sin hacer ruido. Nathan estaba del otro lado, su figura recortada contra la penumbra del pasillo. Inmóvil, estoico, con la seriedad de alguien que entendía exactamente lo que estaba en juego.

Brady sostuvo su mirada un instante. Este hombre iba a ser la sombra de Marcia. Su guardián. Confiaba en él. Tenía que hacerlo. Le estaba entregando a la mujer que le había enamorado.

Esa era una verdad irreductible, aun no expresada a su destinataria, pero lo haría.

Volvió sobre sus pasos y despertó a Marcia

—¿Ya es hora? —preguntó en un murmullo, su voz adormilada.

Brady asintió con gravedad, su expresión endurecida.

—Sí. Debemos movernos.

El silencio entre ellos era espeso mientras Marcia se incorporaba, la manta deslizándose por su cuerpo. La burbuja de paz que habían construido en medio del caos, estaba a punto de romperse.

Cuando bajaron a la sala, Elijah y Nathan lo revisaban todo. Mapas, teléfonos satelitales, mochilas con provisiones. No podían correr el riesgo de quedar atascados en la nieve.

—Hay un pequeño cambio de planes—dijo Elijah—. Recibí una alerta hace diez minutos. Louie dice que Josh y Lupin han movido fichas más rápido de lo esperado. Hay registros de un auto alquilado con un nombre falso, pero las cámaras de seguridad lo identificaron en la autopista hacia aquí. No podemos demorarnos más.

Marcia sintió que el aire se volvía más pesado en sus pulmones.

—¿Es Josh?

—O un enviado suyo. Tal vez pensaron en cubrir los puntos posibles más rápido. Yo lo haría—masculló Nathan.

—¿Cuánto tiempo tenemos? —preguntó Brady con los puños apretados.

—Tal vez dos horas. Más, si la nieve ayuda—respondió Elijah, cargando su arma con movimientos automáticos—. Tenemos que salir ya.

Brady miró a Marcia. Ella asintió sin necesidad de palabras. No había otra opción.

La cabaña quedó atrás cuando el pesado vehículo se movió. Nathan iba al volante, con Brady en el asiento del copiloto. Elijah y Marcia en la parte trasera, con mochilas a los pies y la tensión flotando en el aire como una tormenta inminente.

—¿Cómo te sientes? —preguntó Elijah en un intento de distraerla.

Marcia respiró hondo antes de responder.

—Como si estuviera protagonizando una mala película de acción—dijo con una sonrisa tensa.

Elijah soltó una risa corta.

—Bueno, al menos tienes un elenco atractivo—bromeó.

Pero la calma duró poco.

Brady se tensó de repente y se giró hacia Nathan.

—Apaga las luces. Sal del camino principal.

El guardaespaldas obedeció sin cuestionar. Brady miraba su móvil.

—Algo no está bien—murmuró—. Recibí una alerta en la red de cámaras cercanas. Hay un vehículo sospechoso moviéndose en nuestra dirección.

Nathan desvió el coche hacia un camino secundario cubierto de nieve. Marcia sintió que su corazón se aceleraba con cada segundo que pasaba. No podía evitarlo.

—Nos encontraron—susurró.

Brady sacó su arma y la revisó con movimientos expertos. Luego, giró el rostro hacia ella, su expresión intensa y protectora.

—No permitiré que te toquen. Lo prometí, ¿recuerdas?

Marcia asintió, sintiendo que el miedo y la confianza se mezclaban en su pecho.

Entonces, las luces de un vehículo enorme aparecieron en la noche. Nathan maldijo y aceleró, pero el rugido del motor alertó al otro automóvil.

Y la persecución comenzó.

El coche avanzó sobre el camino nevado, Nathan con sus nudillos blancos para mantenerlo firme, y esquivando obstáculos, porque el sendero era rústico, poco mantenido.

Las luces de los faros iluminaban la densa arboleda, proyectando sombras alargadas y fantasmas de movimiento entre los árboles.

El motor rugía en la fría madrugada, la nieve acumulándose en los bordes del parabrisas mientras el viento helado silbaba en los costados del vehículo.

—¡Nos siguen! Maldición, si nos hubiésemos movido antes... Bah, qué más da—exclamó Elijah, preparando su arma—. Abróchate el cinturón, y hazte pequeña, Marcia—le dijo, sin apremio, algo que agradeció.

Brady se giró en su asiento, sacando su arma y bajando la ventanilla. El aire cortante se coló en el interior, erizándole la piel.

—Mantén la velocidad, pero dame tiempo para hacer un tiro claro—le indicó a Nathan, con la voz tensa pero controlada.

—¿Tiro claro en este infierno?—bufó Elijah, preparando su arma—. Solo yo, que tuve puntaje perfecto.

Nathan hizo lo posible por mantener el coche lo más estable posible en el sendero helado. Marcia apenas respiraba.

Armas, disparos, una persecución... Mala, mala película, vuelta realidad en la noche nevada.

El primer disparo de los perseguidores impactó en la parte trasera de su vehículo. Marcia se encogió instintivamente, su corazón latiendo con una fuerza desbocada.

Un espasmo de miedo la recorrió, pero se obligó a no ceder al pánico.

—¡Dispara a los faros y a las ruedas! —gritó Elijah, asomado por la ventanilla trasera, y Brady con medio cuerpo afuera de la delantera.

El sonido de los disparos resonó en el frío de la madrugada, rebotando en la vastedad

del bosque, y hubo gritos de júbilo.

—Le di a las luces, ¡soy un as!—gritó Elijah, y Marcia quiso caerle a mamporros.

¿Es que estaba mal de la cabeza? Estaban en peligro y el cateto parecía fresco como una lechuga, divirtiéndose.

—Pues yo le di a una de las ruedas delanteras—dijo Brady, también compuesto—. Y los jodidos son horribles con las armas.

—No pueden apuntar bien, el vehículo les vibra. No trajeron cadenas, idiotas—gruñó Nathan— ¿Qué criminales catetos son? Unos de clima cálido, probablemente. Miren como se sacude su auto—rio, mirando el retrovisor.

Luego, pisó el acelerador, llevando el coche al límite mientras intentaba zigzaguear en la carretera resbaladiza.

Marcia se aferró a su asiento con ambas manos, sintiendo el vaivén violento del vehículo.

—No pueden llegar al punto de extracción, no pueden saber que Marcia se va en avión—dijo Brady.

—¡Trabajando en ello!—respondió Nathan con los nudillos blancos sobre el volante.

Marcia alzó la vista un instante y encontró a Brady mirándola de reojo. Un breve destello de preocupación genuina atravesó sus ojos oscuros.

—No va a pasarte nada—susurró él, casi en un murmullo, como si buscara convencerse, antes de volver su atención a la amenaza que los acechaba.

El coche enemigo no cejaba, a pesar de las dificultades. La carretera estrecha y bordeada de árboles convertía la persecución en una peligrosa partida de ajedrez a alta velocidad.

—¡Hay una curva cerrada más adelante!—avisó Brady—. Podríamos hacerlos perder el control.

—Okay.

Nathan se hizo a un lado del camino y frenó apenas tomó la curva. El coche que les seguía apareció unos largos segundos más tardes, patinando, y los perseguidores no tuvieron tiempo de reaccionar.

Su vehículo perdió control en la peligrosa curva y derrapó con violencia, estrellándose contra un árbol con un estruendo seco.

El silencio que siguió fue abrumador, interrumpido solo por el ruido del motor aún encendido y la respiración agitada de todos dentro del coche.

—¿Están...?—susurró Marcia.

Elijah bajó del coche con el arma en alto, avanzando con cautela hacia el vehículo enemigo. Brady lo siguió.

Marcia apenas respiraba, observando cada paso con el corazón en un puño.

Desde donde estaba, pudo ver cómo su postura cambiaba, cómo el instinto de combate lo dominaba por completo.

Brady se detuvo a pocos metros del coche destrozado. Dentro, uno de los hombres se movió, intentando encontrar su arma. Brady reaccionó en un segundo, apuntándole con el arma.

—No lo hagas—ordenó con voz gélida.

El hombre detuvo su movimiento y levantó ambas manos, con la mirada llena de rabia y miedo a partes iguales. Elijah le lanzó una mirada evaluativa antes de asentir a Brady.

Con eficiencia, quitaron móviles y armas al herido y al que estaba inconsciente, y vinieron hacia el auto.

—No podemos quedarnos. Estos no eran ni Josh ni Lupin, sí esbirros. Y habrá más en

camino, porque deben haberse comunicado.

—Sigamos con el plan —dijo Brady con firmeza.

Marcia soltó el aire que ni siquiera se había dado cuenta de que contenía. Su cuerpo aún temblaba,

Cuando Brady abrió la puerta, Marcia lo miró, su pecho subiendo y bajando con dificultad.

Brady tomó su mano entre las suyas, dándole un apretón firme pero reconfortante.

—Lo vamos a conseguir

Nathan arrancó el coche, acelerando para avanzar hacia donde Pipen y el avión les esperaban.

Capítulo 18

El camino hacia el punto de extracción era cada vez más peligroso. La nevada se intensificaba, reduciendo la visibilidad y convirtiendo la carretera en una trampa de hielo.

El coche se deslizaba en cada curva, obligando a Nathan a maniobrar con precisión quirúrgica, los músculos de sus brazos marcándose por la tensión con la que sostenía el volante.

Marcia sintió cómo su cuerpo se estremecía, y no solo por el frío.

—Pipen nos está esperando con el avión listo—anunció Elijah, sin apartar la vista de la pantalla—. Pero hay un problema. Louie detectó una transmisión sospechosa en una de las torres cercanas.

Brady frunció el ceño de inmediato. Sus ojos brillaron con dureza mientras analizaba la información.

—¿Nos interceptaron?—preguntó, su voz baja pero cargada de gravedad.

—No lo sabe aún, pero si han hackeado las comunicaciones del aeropuerto, es posible que sepan que vamos hacia allá. Es un acceso codificado, no algo que cualquiera pueda hacer... Lupin tiene a alguien con conocimientos avanzados.

—Ya casi llegamos—anunció Elijah—. La pista de aterrizaje está a tres kilómetros. Si logramos mantenernos en el camino...

—Eso es un gran "sí"—murmuró Nathan, con los ojos fijos adelante.

Brady se giró y miró a Marcia una vez más. Sabía que debía concentrarse en la batalla, en la huida, pero verla allí, vulnerable y a la vez tan fuerte, le recordaba por qué estaba haciendo esto.

—Llegaremos—le dijo.

Ella asintió. Necesitaba creer que así sería.

Luces aparecieron en la distancia.

—¡Ahí está!—dijo Brady.

Pero justo cuando creían que lo lograban y Marcia recobraba calma, otro par de luces emergió en el camino de acceso.

—¡Nos esperaban! ¡Ese jodido mafioso italiano cuenta con recursos!—exclamó Nathan, golpeando el volante con frustración.

Marcia sintió su pulso acelerarse. Ni en una fantasía loca hubiese vinculado a Josh con nada de esto.

Estaban acá por ella. Antes de que pudiese caer en un espiral de culpa, su mente la fustigó: *Espábilate, deja la autocompasión, no sirve aquí.*

Respiró y miró a Brady sacando el cargador de su arma, revisándolo con rapidez antes de alzar la vista hacia Nathan.

—Da la vuelta y dirígete al bosque. Haremos esto a nuestra manera.

El hombrón asintió, impertérrito, y giró el volante, desviándose del camino principal. El coche se sacudió con violencia al entrar en terreno más accidentado. Las luces enemigas se perdieron por un momento.

Marcia cerró los ojos un instante, intentando calmarse. La adrenalina palpitaba en sus venas, pero el único pensamiento que tenía claro era que no quería perder a Brady.

Este le apretó la mano una última vez antes de soltarla para prepararse para el enfrentamiento que estaba por venir.

El destino de su escape pendía de un hilo.

El coche se adentró en la espesura del bosque. La nieve espesa parecía tragar los neumáticos, dificultando la conducción, pero el camino accidentado también era una ventaja: los perseguidores no podrían seguirles a la misma velocidad.

—Sujétense—advirtió Nathan justo antes de maniobrar para meter el coche entre una hilera de árboles lo suficientemente gruesos como para brindar algo de cobertura.

Marcia se aferró a su asiento, su corazón latiendo con fuerza desbocada. Sintió la respiración agitada de Elijah a su lado y el peso de la adrenalina entumeciéndole las extremidades.

Afuera, el viento soplaba, haciendo que las ramas cubiertas de nieve se sacudieran y ulularan con el movimiento.

—Eso nos da una ventaja —murmuró Brady, volviendo la mirada a Marcia. Sus ojos estaban oscuros, llenos de determinación—. Vas a seguir cada instrucción que te dé. ¿Entendido? Ella asintió sin cuestionar.

Nathan apagó el motor y giró la cabeza hacia Brady.

—No podemos quedarnos aquí. Si nos rodean, estamos acabados.

Brady inclinó la cabeza y miró hacia la negrura del bosque.

—Vamos a separarnos. Elijah y yo nos quedamos en el coche. Nathan, lleva a Marcia a pie hasta la pista. Es más riesgoso, pero hay menos probabilidades de que la encuentren.

Marcia abrió la boca para protestar, pero Elijah ya asentía.

—Tiene sentido —dijo con calma—. Les daremos una distracción lo suficientemente grande como para que no descubran que Marcia no está con nosotros.

Ella sintió un escalofrío recorrer su columna vertebral. Dejar el coche significaba adentrarse en la oscuridad de la noche, expuestos a lo desconocido. Y dejar a Brady atrás.

Lo miró con desesperación, urgiéndole a ir con ella, pero él se negó.

—Si me ven, van a creer que estás conmigo, en el coche. Y nos seguirán, lo que les alejará de ti. ¡Ve!—comandó.

Nathan la tomó de la mano y la tironeó para sacarla de su estupor, y ella se sacudió y le siguió, mirando atrás.

—Confía en mí—dijo Brady.

Ella tragó saliva y asintió.

—Nos veremos en la pista—afirmó Elijah, y miró a Nathan. Ambos asintieron, y luego Elijah miró a Marcia con seriedad—. Y tú... no te preocupes. Lo sacaré de esto, ¿vale?

Marcia forzó una sonrisa débil y luego siguió a Nathan. La nieve cubría el suelo tornándolo traicionero, dificultando cada paso. El aire le quemó los pulmones en cuanto inhaló.

Nathan la sostuvo por el codo, guiándola en la penumbra.

Detrás de ellos, Elijah encendió las luces del coche y aceleró hacia el este, provocando una estruendosa distracción. A lo lejos, se escucharon voces y los ecos de otros vehículos.

—Por aquí—urgió Nathan, tirando de su mano para que lo siguiera.

Caminaron en silencio, con los sentidos alerta. Cada sonido de la nieve bajo sus botas se sentía amplificado en la quietud del bosque.

Marcia intentó controlar su respiración, pero su cuerpo estaba en tensión, cada músculo preparado para correr si era necesario.

—¿Cuánto falta?—murmuró.

Nathan miró su reloj y luego observó el cielo, donde la claridad tenue del amanecer comenzaba a asomar.

—Poco. Sigamos.

Un ruido a la distancia los hizo detenerse. Nathan le hizo una seña con la mano para que se quedara quieta. Aguzó el oído y se giró en dirección al sonido.

Marcia sintió un frío diferente al del clima recorrer su espalda. El presentimiento era claro: no estaban solos.

El guardaespaldas la empujó contra un árbol, colocando su cuerpo delante de ella como un escudo. Su respiración era calma, pero su mandíbula estaba apretada.

—Escucha...—susurró apenas, con su boca muy cerca de su oído—. Si nos encuentran, haré lo que sea para distraerlos. Pero tú corres. ¿Me entiendes?

Marcia negó con la cabeza de inmediato, sus ojos brillando de miedo.

—No sé si pueda...

—Dudar no es una opción—dijo él con firmeza.

Un nuevo ruido los interrumpió. Pisadas rápidas y decididas, cada vez más cerca. Nathan sacó su arma con suavidad y la sostuvo con ambas manos.

Marcia sintió el pulso en sus oídos, su cuerpo paralizado entre el instinto de huir y la necesidad de quedarse.

Entonces, la silueta de un hombre apareció entre los árboles. Estaba armado.

El tiempo pareció ralentizarse. Nathan disparó antes de que el otro pudiera reaccionar. El ruido fue ensordecedor, reverberando entre los troncos.

La figura cayó al suelo con un golpe seco. Nathan no dudó. Tomó la mano de Marcia y tiró de ella.

—¡Corre!—ordenó.

La mente de Marcia estaba en modo supervivencia, y urgió a sus piernas a responder. Corrieron por la nieve, el aire helado cortando su piel, los pulmones ardiendo.

Atrás, gritos, luces, vehículos. Más hombres venían tras ellos.

Nathan la tomó como si fuese una muñeca y la elevó sobre su hombro, y corrió cargándola. Marcia estaba sin palabras.

—¡Ya casi llegamos!—dijo Nathan entre jadeos.

Marcia vio la pista en la distancia, y el alivio se mezcló con el terror. Habían recorrido un camino tan largo, y aún estaban tan cerca del peligro.

El rugido de un motor resonó, y dos figuras aparecieron en sendas motos de nieve. Pipen, como un vengador rubio, uno de ellos.

Nathan pasó a su lado en sentido contrario con velocidad y Marcia sintió disparos detrás.

No quiso mirar. Cerró sus ojos, y su cuerpo se sacudió cuando el gigante que la cargaba subió las escaleras de metal, que chillaron bajo su peso.

Nathan la depositó en un asiento, y se movió. Minutos de angustia pasaron. Hubo gritos, órdenes, y entonces el avión comenzó a moverse.

Lo habían hecho. Llegaron. Estaba a salvo. Pero...

Oh, Brady. Brady estaba afuera, en algún sitio entre la blancura de la nieve de Colorado, en peligro. Lo había dejado.

—Brady...—susurró.

—Estará bien—dijo la voz grave de Pipen.

Le miró. El vikingo estaba muy serio, su apariencia imponente en su chaqueta de nieve negra. Había convicción en su mirada.

—Este no es el primer rodeo de Brady, y tiene a Elijah de su lado. Además, envíe más hombres. Les rescataremos.

++++

El zumbido constante de los motores envolvía la cabina del avión, una vibración sorda que se extendía a través del suelo, resonando en sus huesos.

La adrenalina seguía latiéndole en la sangre, un eco de la persecución, de los disparos, del miedo palpitante que aún se aferraba a su pecho.

Pero el peligro inmediato quedaba atrás, disolviéndose en la vastedad que se extendía más allá de las ventanillas.

Marcia apoyó la cabeza contra el respaldo y cerró los ojos un instante.

Intentó respirar hondo, pero su cuerpo temblaba.

Demasiado rápido. Demasiado intenso. La presión en su pecho no cedía.

El asiento a su lado se movió y, sin necesidad de abrir los ojos, supo quién era.

Pipen.

Su presencia era sólida, inmutable, como si nada pudiera sacudirlo. Un ancla en medio de la tormenta.

—Bebe esto —le dijo con voz baja, ofreciéndole una botella de agua.

Marcia tomó la botella, pero sus dedos estaban rígidos alrededor del plástico. Tuvo que obligarse a beber en pequeños sorbos, notando por primera vez lo seca que tenía la garganta.

Cuando abrió los ojos, encontró los de Pipen sobre ella.

Su mirada era afilada, alerta, pero había algo más allí, algo que no había visto en él antes.

¿Preocupación?

—¿Estás bien? —preguntó él, su tono bajo y raspos.

Marcia soltó una risa breve, sin humor.

—No. Lo estaré cuando vea a Brady y Elijah a salvo. Y cuando reciba la noticia de que Josh está entre rejas... y lo mismo ese Lupin.

Su voz se quebró en la última parte, no de miedo, sino de pura tensión contenida. Era la primera vez que lo decía en voz alta.

Que admitía que no podía respirar del todo hasta que ese capítulo estuviera cerrado.

Pipen no reaccionó de inmediato. Solo inclinó la cabeza ligeramente, como si sopesara sus palabras.

—Mm—murmuró, apoyando los antebrazos en los muslos—. Por lo que me dicen mis hombres en tierra, no tenemos que preocuparnos más por Lupin.

Ella lo miró. Pipen la sostuvo con calma.

—Era uno de los que murieron.

Marcia cerró los ojos de nuevo, su cabeza cayendo hacia atrás contra el asiento.

Respiró hondo. Otra vez.

Su mente estaba enredada, su corazón estrujado. Habían muerto hombres. Había sido real. El hombre que la había aterrorizado a pesar de que solo lo vio una vez, estaba muerto.

No sintió nada. Ni culpa. Ni remordimiento. Solo un vacío extraño, como si la parte de su cerebro encargada de procesar el horror hubiera colapsado por sobrecarga.

Cuando volvió a mirar a Pipen, sus palabras salieron sin filtro.

—¿Me hace una persona terrible el que me alegre?

Pipen la observó con atención, y luego negó con la cabeza.

—No. Solo te hace lista.

Su tono era tan neutral, tan absoluto, que por un momento Marcia sintió que su propio juicio pendía de un hilo.

Pipen giró la muñeca, revisando su reloj con una calma desconcertante.

—Josh escapó apenas vio un hueco, eso lo tengo seguro. El que lo traía de las narices era Lupin. No va a hacer nada—dijo con convicción, volviendo a mirarla—. Los hombres como tu ex son cobardes de cuello blanco y valientes detrás de pantallas y dando órdenes para que otros ejecuten.

Cobardes. Esa palabra resonó en su cabeza.

Josh, con su control disfrazado de cariño. Josh, con sus exigencias, sus desdén cuando ella no era "lo que él esperaba". Josh, que ahora sabía lo que era sentirse acorralado.

—Pero, ¿y los que trabajaban con Lupin? —preguntó, su voz aún más ronca de lo habitual.

Pipen sacudió la cabeza.

—No hay indicios de que haya algún pez gordo enredado. Lupin no querría mostrar que la cagó con sus superiores.

—Eso espero—murmuró Marcia.

Porque si había algo más, si la red era más grande de lo que creían... No estaría a salvo todavía.

Pipen captó sus dudas, porque su tono se suavizó.

—Louie se va a encargar de filtrar toda la mierda en la que está metido Josh. Va a caer, te lo aseguro. Y Brady y Elijah van a dar señales pronto.

Marcia lo miró, su pecho aún agitado.

—¿Cómo lo sabes?

Pipen sostuvo su mirada.

—Porque los que los seguían no van a operar con su líder muerto. Y porque esos dos cabrones son más duros de lo que parecen.

El rugido del avión continuaba, constante, inmutable.

Marcia quería creerle. Quería creer que todo esto estaba terminando.

Pero hasta que Brady y Elijah aparecieran, su pecho seguiría sintiéndose como una jaula demasiado estrecha para su corazón desbocado.

Capítulo 19

Brady pisó el acelerador con fuerza.

El automóvil rugió en respuesta, devorando el camino. Elijah iba a su lado, con la mirada fija en el espejo retrovisor.

—Nos siguen.

Brady no necesitaba que lo dijera. Podía sentir el eco de otro motor en la distancia.

Habían mordido el anzuelo. Eso era bueno. Eso era el plan. Cuanto más lejos estuvieran de Marcia y Nathan, mejor.

Marcia. Pensar en ella y la posibilidad de que la encontraran.... La idea le taladró la mente, lo distrajo, pero no podía permitírselo.

—Izquierda en la próxima curva—indicó Elijah, su tono tan relajado que cualquiera pensaría que no los estaban persiguiendo con intención de matarlos.

Brady giró bruscamente, la camioneta derrapó, pero se mantuvo firme.

—¿Qué tenemos?—preguntó con los dientes apretados.

Elijah revisó su arma.

—Tres vehículos. Uno ya rezagado, pero los otros dos son persistentes.

Brady chasqueó la lengua.

—Que se jodan.

Elijah sonrió de lado.

—Me encanta tu actitud.

La persecución continuó. Las luces tras ellos se movían como depredadores en la oscuridad, implacables.

Un disparo resonó y el parabrisas trasero explotó en una lluvia de vidrios.

—¡Mierda!—gruñó Brady, girando el volante mientras Elijah sacaba su cuerpo por la ventana y disparaba en respuesta.

Su arma, una más propia de un ejército que de un guardaespaldas, no disparaba balas comunes, y el impacto de una en el capó del coche enemigo fue seguido de una explosión.

—¡Uno menos!—gritó Elijah.

Brady tomó una curva cerrada, y el coche zigzagueó, pero mantuvo el control.

Otro disparo. La llanta trasera estalló, y su vehículo se sacudió violentamente.

Brady gruñó y peleó con el volante, logrando que no se volcara a un lado.

—Esto se va a la mierda—murmuró Elijah, metiendo otro cargador en su arma.

Pero entonces, algo cambió. El sonido de los motores detrás de ellos disminuyó.

Brady frunció el ceño. Los faros que los seguían comenzaron a desaparecer en la distancia.

Elijah entrecerró los ojos, pero no dejó de apuntar atrás. Brady lo miró con una mezcla de confusión y alerta.

Bajaron y se parapetaron detrás de las puertas abiertas, a la espera. Uno, dos, cinco minutos pasaron. Nada. Se miraron, confusos.

—¿Qué pasó?

—No lo sé, pero lo averiguaré.

Elijah se movió para rescatar el móvil del vehículo. Lo leyó y su rostro se iluminó.

—¡Eso es! ¡A la mierda Lupin!

Le mostró el mensaje en pantalla.

Jefe Pip: *Lupin está muerto, y Marcia está bien. Envío gente a ayudarles.*

Brady sintió que el aire regresaba a sus pulmones. Se incorporó con un suspiro de alivio, pero su cuerpo aún estaba en tensión.

Marcia estaba segura. Pero él no estaba con ella.

Un par de luces apareció en la distancia, moviéndose en su dirección. Brady se envaró, pero Elijah alzó su mano.

—Deja el arma en la funda, vaquero. Son los nuestros.

El vehículo se detuvo frente a ellos, y de la cabina descendió un hombre que parecía una mole de piedra. Uno más bajo vino detrás.

—¡Dare! Bienvenido, viejo, aunque no quedó diversión para ti—gritó Elijah, y chocó el puño con el guardaespaldas—. Logan, mi loco, es bueno verte.

Ambos le devolvieron el saludo. Darius Johnson, el corpulento de piel oscura y mirada calculadora, habló:

—El jefe nos envió para ayudarles, pero en el trayecto nos avisó que el bastardo de Lupin murió. Entonces, la bandada voló—dijo con una voz grave y firme—. Pipen está en vuelo, y deberemos ir a Wyoming para tomar un avión a Nueva York. Hacia allá lleva a la chica. Hasta que se compruebe que no hay peligro en Boston.

Brady no perdió tiempo.

—Nos vamos.

—Logan—sonrió Elijah—. Me temo que te toca cambiar el neumático. El jefe está impaciente por reunirse con su novia.

El otro hombre rodó sus ojos y sin una palabra, se dirigió al vehículo con el parabrisas roto y la goma por cambiar. Iba a pasar frío, pero Logan Reed era estoico, Brady le conocía.

Su mente fue a la palabra de Elijah. *Novia*. Le desconcertó, pero se aclimató de inmediato.

No se lo había pedido, pero sería una de las cosas que hablaría con Marcia. No podía esperar.

Subieron al coche, y Dare pisó el acelerador. El viaje sería largo. Demasiado largo. Marcia iba rumbo a Nueva York. Serían horas antes de que él pudiera alcanzarla.

Brady sacó su móvil.

Brady: *Estoy bien, y en viaje hacia ti. Todo terminó. ¡Qué alivio!*

Marcia: *Oh, Brady, gracias a Dios. Estaba descompuesta de nervios y preocupación.*

Brady: *Quiero verte.*

Marcia: *Yo tampoco estaré tranquila hasta que llegues. Quiero que hablemos.*

Brady: *Marcia, cuando llegue, no pienso hablar.*

Marcia: *Pensé que...*

No podía dejar que la cabecita de Marcia tomara derroteros tontos. Ella tenía que entender que no había manera de que él se alejara.

Brady: *Pienso besarte. Tocarte. Retomar lo que comenzamos en la cabaña. ¿Eso suena bien para ti?*

Marcia: *Suena muy bien.*

Brady: *Hablaremos después.*

Marcia: *Sí. Está bien. Me urge verte.*

Brady sonrió levemente.

Brady: *Entonces, espérame despierta.*

+++

El avión aterrizó suavemente en la pista privada del aeropuerto de Nueva York, donde los esperaba un convoy discreto de dos coches negros de cristales polarizados.

Pipen fue el primero en bajar, asegurando la zona con su característica presencia imponente. Nathan lo siguió, atento a cualquier amenaza.

Marcia se sintió abrumada en cuanto puso un pie en el asfalto neoyorquino.

El aire era más húmedo que en Colorado, y aunque el frío aún se sentía en su piel, no era tan punzante como en la montaña.

Miró a Nathan, quien le ofreció una sonrisa de lado, reconfortante.

—Estamos bien, nada de qué preocuparse—murmuró, mientras la guiaba hacia el coche.

El trayecto hacia el departamento transcurrió en silencio. Las luces de la ciudad parpadeaban en la ventana, reflejándose en los ojos de Marcia.

Su mente iba a mil por hora. Se sentía a salvo, pero al mismo tiempo, el peso de lo que había ocurrido todavía se sentía sobre sus hombros, en sus cervicales.

—Estás muy callada. ¿Te sientes bien?—Pipen rompió el silencio, observándola de reojo—. Entiendo que viviste situaciones de alto estrés. Eso impacta mucho, aún en los más avezados. Puede provocarte insomnio, pesadillas, temblores, PTSD.

Ella pestañeó y giró su rostro hacia él.

—Supongo que todo esto se siente irreal. Hace unas semanas mi vida tenía una rutina, un trabajo que amaba... y ahora estoy aquí, huyendo de un mundo que nunca imaginé—confesó en voz baja.

Pipen asintió.

—Estarás bien. Brady no permitirá otra cosa.

Joder. Había mucha convicción en los hombres que la rodeaban.

No solo en que estaban fuera de peligro, sino de que ella y Brady... De que ambos seguirían juntos.

Se lo habían dicho con distintas palabras. Y eso era lo que Brady había insinuado en sus mensajes.

Ay, ¡el alivio que había sentido al saber de él! Había sido inconmensurable.

Su cabeza había estado embotada hasta que él le escribió. Le dijo que quería besarla, estar con ella.

Puff, que subidón pensar en que la tormenta terminaba y la calma llegaba con exhilarantes posibilidades.

Al llegar al edificio donde sería hospedada, los vehículos se detuvieron, y el operativo de seguridad tomó varios minutos.

No se acostumbraba a esto. La resguardaban con celo, como si ella fuese alguien importante.

Marcia suspiró y esperó.

No la dejaron bajar hasta que inspeccionaron el perímetro. Nathan y Pipen avanzaron primero, revisando el lobby con la precisión meticulosa de hombres entrenados en detectar amenazas antes de que siquiera asomaran la cabeza.

Los minutos se hicieron eternos hasta que finalmente la escoltaron fuera del auto.

La guiaron hasta un ascensor exclusivo, uno de esos con puertas de acero pulido y un panel de control sin botones visibles, solo una interfaz digital con lector de huellas.

Pipen pasó su pulgar por el escáner y, sin más preámbulos, las puertas se cerraron.

El elevador subió con una suavidad imposible, sin vibraciones, sin la sensación de ser transportada a cientos de metros del suelo.

Cuando las puertas se abrieron, Marcia sintió que el aire se le atascaba en la garganta. Era increíble. El pent-house no era solo lujo. Era exceso disfrazado de elegancia.

Un espacio amplio, con techos altísimos y ventanales de suelo a techo que revelaban un Manhattan nocturno, vibrante, una constelación urbana extendiéndose hasta donde alcanzaba la vista.

El vidrio reflejaba las luces de la ciudad, pero dentro todo se sentía cálido, diseñado para ser un refugio por encima del caos.

Los suelos de madera oscura contrastaban con el minimalismo del mobiliario: sofás amplios de cuero gris grafito, mesas de vidrio con bases geométricas, una chimenea moderna incrustada en la pared de piedra negra.

Marcia avanzó con cautela.

A la derecha, un bar de mármol negro con una selección de licores y copas talladas impecablemente alineadas. El tipo de espacio que parecía sacado de una película, donde el protagonista se sirve un whiskey con la mirada perdida en el horizonte.

Pero lo que más la impactó fue la vista.

El Empire State dominaba el paisaje, iluminado como un faro en medio del océano urbano.

Apenas consciente de que lo hacía, se acercó al ventanal y apoyó una mano contra el cristal.

Era impresionante. La ciudad que una vez soñó recorrer, ahora se extendía bajo sus pies como si le perteneciera.

—Bonito, ¿eh?—la voz grave de Pipen la sacó de sus pensamientos.

Ella se giró hacia él, aún con la respiración entrecortada.

—No me esperaba esto.

Pipenladeó una sonrisa.

—Es seguro. Y exclusivo. No cualquiera entra aquí.

Marcia asintió, pero su mirada volvió a perderse en la ciudad.

Lujo, comodidad, protección. Pero no Brady.

Y hasta que él cruzara esa puerta, todo esto se sentiría hueco.

—Estarás segura—afirmó Pipen, lanzándole una mirada evaluativa—. Descansa, disfruta de las posibilidades. Este sitio lo tiene todo.

Con un asentimiento, se dirigió a la habitación que le habían preparado. Era un espacio elegante y moderno, con una gran cama de sábanas impecables y ventanales que ofrecían una vista panorámica de la ciudad iluminada.

Se acostó, y llevó las manos al rostro, cerrando sus ojos. La posición, de aparente calma, distaba de su inquietud mental.

Mil imágenes la atravesaron en un torbellino imparable. Los días en la cabaña, algunos casi idílicos a pesar del peligro.

Luego, la persecución, el sonido de los disparos perdiéndose en la noche nevada, la carrera por la nieve que la llevó al avión y la alejó de Brady.

La necesidad de él era imperiosa, visceral. Quería escuchar el sonido de su voz. Sentir su calor, su mirada.

¿Cómo era posible que en pocos días se hubiera convertido en una parte inamovible de su vida? Suspiró, sintiendo un peso indescriptible en el pecho.

Se incorporó y se dirigió al baño, intentando ahogar la ansiedad con agua caliente.

La ducha se convirtió en un escape. El vapor llenó el espacio, cubriéndola en una

burbuja de calor que relajó sus músculos tensos. Cerró los ojos mientras el agua resbalaba por su piel.

Pero lo que de verdad quería era el roce de las manos de Brady en lugar del agua. Quería el refugio de su abrazo.

Debería avergonzarla sentirse tan necesitada, pero no. Suspiró de nuevo y salió de la ducha, envolviéndose en una toalla mullida.

Iba a intentar dormir, porque habría mucha espera. Se dejó caer en la cama, pero el insomnio la persiguió, cruel y persistente.

Solo cuando el cansancio se hizo insoportable, su cuerpo cedió.

Capítulo 20.

Un toque en su hombro la despertó con sobresalto. Su mente tardó un segundo en reconocer la realidad, pero su cuerpo lo supo antes.

¡Brady!

—Ey—susurró su voz, áspera por el cansancio, pero cálida.

Los ojos de Marcia se abrieron de golpe. Y ahí estaba. El alivio fue inenarrable.

Sus emociones la golpearon con la misma intensidad que el primer aliento tras una asfixia: abrupto, abrumador, como la necesidad de respirar.

Sin pensarlo, se aferró a él. Sus brazos le envolvieron el cuello, sintiéndolo real, sólido, caliente.

—Estás aquí —murmuró contra su piel, su voz temblando.

Brady exhaló fuerte, su mano recorriendo la espalda de Marcia, anclándola.

—Por fin, lo estoy.

Ella se separó apenas para mirarlo. Ojos oscuros, cansados, pero encendidos con una intensidad que la atrapó.

—Te esperé despierta... pero me quedé dormida—susurró ella, sintiendo cómo su pecho subía y bajaba agitado.

Brady sonrió apenas.

—Pero estás despierta ahora.

Marcia apenas tuvo tiempo de procesar la frase antes de que su boca la reclamara.

El beso fue pura necesidad. Hambriento. Urgente. Pero con una dulzura que hizo arder su piel.

Brady la besó como si hubiesen pasado meses sin contacto. En verdad, había sido casi un día, que se sintió eterno.

Marcia respondió con la misma urgencia.

Se apretó contra él, sintiendo cada músculo de su cuerpo fuerte y tenso bajo su tacto. Lo quería cerca, más cerca, hasta que nada más existiera.

—Dios, Marcia...—murmuró Brady contra sus labios, sus manos firmes en su cintura—. No sabes lo que fue dejarte allá, pedirte que corrieras sin mí... Hasta que no leí el mensaje de Pipen confirmando que estabas bien... Si algo te hubiese ocurrido...

Ella le acarició el rostro, su pulgar trazando la línea de su mandíbula tensa.

—Sí, lo sé —susurró—. Porque fue lo mismo para mí. La culpa que sentí al entrar a ese avión, sin saber si lograrías...

Cerró sus ojos, agobiada, y los labios húmedos besaron sus párpados, su nariz, y su boca. Se dejó mimar por esa boca, y devolvió el beso, las caricias.

—He atravesado situaciones muy feas. Dolorosas. Peligrosas... Pero confieso que esta ha sido la peor. Porque te involucraba.

Ella deslizó los dedos por su cabello, atrayéndolo de nuevo.

—Estamos bien—musitó, y él asintió.

—Y esta vez, no hay nada ni nadie que pueda interponerse.

La voz sensual y la necesidad de sus ojos probablemente eran reflejo de los suyos.

Había sido demasiado, y el sueño les atrapó en su espiral.

Marcia despertó con el cuerpo relajado, con una sensación de calidez envolviéndola. El calor de Brady.

No se movió. Quería prolongar el momento, dejar que la certeza de su presencia se

filtrara en cada rincón de su mente.

Se dio la vuelta en la cama, y ahí estaba, dormido a su lado.

Sus facciones suavizadas en el descanso. Su mandíbula fuerte, sus labios ligeramente entreabiertos, la curva relajada de sus cejas.

Esta era otra faceta de Brady. Había visto varias.

Brady era el que sujetaba un arma con la seguridad de alguien que había visto demasiado, el artista que la había pintado con obsesión, el protector cuya mirada prometía fuego y acero si alguien la tocaba. El amante.

Marcia alzó la mano y deslizó las yemas de los dedos con suavidad por su hombro desnudo, trazando la piel tibia. Bajo sus dedos, sentía la firmeza de sus músculos, la vibración leve de su respiración tranquila.

Era tan atractivo, tan masculino. Era removedor sentirse elegida por él. Quería gritar de emoción. Disfrutar de esta paz, no quitaba que ellos podían ser fuego voraz. Un incendio.

Cerró los ojos un instante y dejó que las memorias la invadieran. Sus manos recorriéndola, marcando su piel con cada caricia.

La forma en que había pronunciaba su nombre en susurros rotos contra su cuello. Cómo la despojaba de las capas de miedo, hasta dejarla vulnerable solo para él.

Cómo la sostenía después. Brady no solo la había amado con pasión cada vez, sino con una ternura tan feroz que le había robado el aliento.

Y ahora estaba aquí, a su lado, dormido, con su brazo extendido como si la buscara en sueños.

No sabía cuándo dejó de ser la mujer que huía de un hombre infiel y peligroso, y se convirtió en alguien que ya no podía imaginarse lejos de este.

No podía resistirse al encanto, era demasiado tarde.

Marcia se inclinó con cautela y apoyó su frente contra su hombro, cerrando los ojos.

El ritmo de su respiración cambió. Y entonces, Brady, aún medio dormido, la rodeó con un brazo y la acercó contra su pecho, como si su cuerpo reconociera su ausencia incluso en sueños.

No estaba acostumbrada a sentirse así, y lo era todo. Segura. Protegida. Deseada de una forma que iba más allá del cuerpo.

Estaba bien jodida, pero no quería estar en ningún otro sitio.

Aun si el miedo a que esto fuera un impasse para él, una experiencia de la que beber para alimentar su pasión creativa, todavía tuviera asidero en su cabeza.

Entonces, un ruido en la sala del piso la alertó. Parpadeó, tratando de distinguir si lo había imaginado, pero un nuevo sonido la hizo incorporarse de inmediato, cubriéndose con la sábana y extendiendo la mano para despertar a Brady.

—Brady...—susurró, su voz apenas un hilo de aire.

Él abrió los ojos al instante. No hubo confusión ni somnolencia en su expresión; despertó en plena alerta.

Se sentó de inmediato, aguzando el oído. Otro sonido, el crujido de una puerta moviéndose, hizo que ambos se tensaran.

—No estamos solos—murmuró él, alcanzando el arma que había dejado sobre la mesilla de noche.

Marcia sintió que su pulso se disparaba. Habían sido cuidadosos.

Louie había asegurado que no había señales de rastreo digital, Nathan y Pipen revisaron el perímetro antes de que descansaran. No deberían estar en peligro. Y sin embargo...

Brady le indicó con un gesto que se mantuviera detrás de él mientras avanzaba con cautela hacia la puerta del dormitorio.

Marcia se levantó de la cama sin hacer ruido, sintiendo la frialdad del suelo bajo sus pies.

Contuvo la respiración cuando Brady giró el picaporte con lentitud, abriendo la puerta apenas lo suficiente para asomar la cabeza.

Se escuchó otro ruido, esta vez más claro: un roce sutil, un movimiento contenido. Alguien estaba dentro del piso, era seguro.

Brady hizo una seña con la mano, indicándole que no se moviera. Salió al pasillo con pasos silenciosos, su cuerpo en tensión.

Marcia no pudo quedarse quieta y, con el corazón latiéndole con fuerza en el pecho, lo siguió a corta distancia, pegada a la pared.

El apartamento parecía intacto a simple vista, pero la energía en el aire era distinta. Entonces, Brady se detuvo de golpe y Marcia vio lo mismo que él: la puerta de la cocina, apenas entreabierta, con una sombra moviéndose dentro.

Brady levantó el arma y avanzó con precisión felina. Marcia se quedó inmóvil, su mente trabajando a toda velocidad. ¿Podría ser Nathan? ¿Pipen?

Pero no, ellos habrían anunciado su presencia.

Brady empujó la puerta de la cocina de golpe y apuntó con su arma.

—¡Manos arriba! —ordenó con voz firme.

La figura en la penumbra alzó las manos de inmediato.

—¡Joder, Brady, baja eso!

La voz de Elijah se quebró con sobresalto, su silueta encorvada junto al refrigerador con un pote de helado en la mano.

Brady exhaló con brusquedad y bajó el arma de inmediato.

—¿Qué demonios haces aquí a oscuras?—gruñó, pasándose una mano por el rostro mientras Marcia soltaba el aliento contenido.

—No quería encender las luces y molestar—balbuceó Elijah, con el ceño fruncido—. Siempre me dan ganas de algo dulce cuando la adrenalina baja—indicó, encogiéndose de hombros—. Y no hay nada en el piso vecino.

Brady resopló y Marcia dejó caer los hombros, sintiendo el nudo en su pecho aflojarse, y rio bajito.

—Un susto de muerte nos diste, cateto—bufó Brady.

Luego, suspiró y le extendió el arma.

—Toma, no la necesitaré más.

Elijah colocó la cuchara en su boca, y extendió la mano para tomar el arma, que guardó en la parte trasera de su pantalón.

La puerta se abrió con violencia, y todos saltaron. Pipen apareció en la entrada con el ceño fruncido y un arma, sin camisa. Y, oh, joder.

—¿Qué está pasando? —preguntó con voz ronca.

—Nada, este idiota casi termina con un balazo por moverse como un ladrón en la madrugada —respondió Brady con ironía.

Pipen miró a Elijah y rodó los ojos.

—Serás cateto. Te dije que había pedido desayuno—Meneó su cabeza, y les miró—. Louie habilitó un Zoom para contarnos lo que encontró para hundir a Josh. ¿Nos acompañan?

—Con gusto —dijo ella con firmeza, tomando la delantera—. Ese bastardo tiene que ir a

prisión.

La determinación en su voz lo hizo sonreír. Esta ya no era la mujer que había llegado a él aterrada y huyendo.

Ahora estaba en primera fila para ver caer al hombre que la había traicionado.

Capítulo 21

Las semanas siguientes fueron una vorágine. Interrogatorios. Declaraciones.

Papeleo. Marcia, con su testimonio y la evidencia de Louie, se convirtió en la pieza clave para cerrar el caso.

Brady la observó cada día, admirando la manera en que sostenía la mirada de los fiscales, en que relataba con precisión cada detalle sin titubear. La mujer que propiciaba la caída de Josh no era una víctima.

Era alguien que reclamaba justicia.

Mientras tanto, Louie hacía su magia, y no dudó en pedir ayuda a Minerva, su amiga y estrella del mundo hacker.

Juntos, se dedicaron a desentrañar cada transacción turbia en la que Josh había estado involucrado.

—Es increíble lo descuidado que fue —bufó Louie una noche, en una llamada con Brady—. El tipo pensó que podía mover millones en obras robadas sin tapar bien sus huellas. Si no hubiera sido por Lupin, esto habría explotado antes.

Brady lo escuchaba con el móvil apoyado en su oreja mientras observaba a Marcia a unos metros, sentada en la ventana del pent-house, perdida en la vista de Manhattan.

—¿Lo tienen acorralado?

Louie resopló.

—Le cerré cada cuenta bancaria en paraísos fiscales antes de que pudiera reaccionar. Lo dejé sin un solo centavo.

Brady sonrió.

—Hermoso.

—Espera a que veas lo mejor —continuó Louie, con un deje de satisfacción en su tono—. El FBI tiene las pruebas de los sobornos que movió en el mundo del arte. Lo van a procesar no solo por lavado de dinero, sino por fraude y conspiración.

Brady dejó escapar una risa baja.

—Va a pudrirse en prisión.

—Exactamente.

Y lo mejor era que Marcia lo vería caer con sus propios ojos.

Era algo que necesitaba. Aquel hombre había jugado con su autoestima, la había bastardeado, le había sido infiel, hizo que la persiguieran y dispararan.

Mientras el caso avanzaba, Brady se aseguró de que Marcia tuviera algo más que solo la espera de justicia.

Los días en Manhattan se convirtieron en algo nuevo. Algo que no había planeado, pero que tampoco quería detener.

No importaba que Declan le reclamase cuidado, serenidad, que no se apresurara a declaraciones formales o acciones intempestivas.

Brady sabía lo que sentía, y veía la mujer maravillosa que era Marcia.

Caminaron por Central Park, disfrutando del crujir de las hojas bajo sus botas y del viento fresco enredando el cabello de Marcia.

Exploraron el MET, donde ella se detuvo a cada momento a admirar las pinturas y esculturas. Cuando lo hizo frente a un óleo renacentista con el ceño ligeramente fruncido, absorta, Brady sintió que estaba completo.

¿Qué otra podría comprender su pasión? ¿Compartirla? Eso, además del sexo brutal y el disfrute que era la mutua compañía.

También hubo noches.

Noches en las que la llevó a cenas en restaurantes con manteles de lino y candelabros dorados, donde su risa resonó por encima del murmullo de conversaciones ajenas.

Noches en las que recorrieron la ciudad iluminada, con Marcia abrazada a su brazo.

Y noches en las que simplemente permanecieron en la intimidad de su refugio en el pent-house, donde la tensión y el deseo se mezclaban con la ternura de descubrirse mutuamente en cada roce, en cada beso.

En una de esas noches, mientras Marcia se acomodaba contra él en el sofá después de una copa de vino, Brady sintió su teléfono vibrar en la mesa.

Lo tomó, y su pecho se expandió con satisfacción al leer el mensaje.

LOUIE: *Listo. Josh está oficialmente detenido. Sin fianza. Múltiples cargos. Va directo al infierno.*

Brady no dijo nada al principio. Solo deslizó un brazo alrededor de Marcia y le besó la sien.

—¿Qué pasa? —preguntó ella, con voz soñolienta.

Brady sonrió contra su piel.

—Josh está detenido, sin fianza. Es el principio del fin para él.

Marcia tardó un segundo en procesarlo.

Cuando lo hizo, sus labios se curvaron en la sonrisa más aliviada que él le había visto hasta ahora.

—Libre. Por fin. Podré volver a mi trabajo, a ver a mis padres, a Isabel.

Aunque... Su vida no sería la misma, por supuesto. Habría una quita fundamental, y esto era beneficioso: Josh Mac Donald estaba fuera.

El destino la tuvo que forzar a huir de él con una patada feroz, que agradecía. Porque Brady O'Malley estaba junto a ella por esa misma razón.

Y lo quería a su lado, con la fuerza de un huracán grado diez. ¿Existía? Ni importaba. La completaba en todo sentido.

Físico, emocional, cultural, y un largo etcétera.

Estaba enamorada de él. Enamoradísima, sin remedio.

No era algo pasajero, y no tenía dudas de que no era una construcción idealizada en su cabeza al calor de situaciones de alto estrés.

No. Él le había probado una y otra vez que era un hombre entero. Confiable, protector fiero, romántico y apasionado en la medida justa para ella.

Un alma sensible que adoraba el arte, pero además lo creaba. Y con un costado rudo que le había volado la cabeza.

Pero con la solución de su situación, llegó la pregunta inevitable: ¿qué pasaba ahora?

Marcia miraba por la ventana del pent-house de Brady en Nueva York, con una taza de café en las manos. Era de madrugada, y no podía dormir.

Pensaba fuerte. O daba vueltas a las preguntas que tenía que formular. Y se alistaba por si las respuestas no eran las que anhelaba.

¿Qué haría Brady ahora? ¿Sentía el mismo amor que ella, o el final del peligro apaciguó su interés?

Brady apareció detrás de ella, apoyando las manos en sus hombros.

Su tibieza la envolvió de inmediato, y ella cerró los ojos, dejándose llevar por la

sensación de seguridad que le brindaba.

—Estás pensando demasiado duro—susurró él, como si pudiera leer sus pensamientos.

Ella giró sobre sus talones, alzando la mirada hacia él. Su expresión era serena, y la miraba con ¿amabilidad? ¿Gentileza? ¿O era eso veneración?

Joder que era difícil leer los sentimientos de otros.

Era fácil perderse en la propia cabeza y dejarse dominar por los miedos. O no preguntar, por temor a perder. Lo había hecho antes.

No más, Marcia. Hazte oír. Dile.

—No quiero que esto termine aquí—dijo ella en voz baja—. No contigo.

Brady acarició su mejilla con el dorso de los dedos, su mirada recorriendo cada línea de su rostro como si quisiera memorizarla.

—¿Por qué debería terminar?—Brady ladeó la cabeza—. No es lo que quiero. Quédate conmigo, Marcia—dijo, con sencillez, como si la opción de que se fuera nunca hubiera sido real.

Marcia exhaló una risa suave, aliviada.

Con el suspiro drenó miedos, e incertidumbres.

Brady sentía igual. Se estiró sobre la punta de los pies y lo besó. Fue un beso lento, cargado de significado, de promesa.

Él la sostuvo por la cintura, profundizando el beso con pasión. Sus manos recorrieron su espalda, atrayéndola más hacia él, hasta que el aire se volvió una necesidad secundaria.

Cuando se separaron, sus frentes quedaron juntas, sus respiraciones entrecortadas.

—No quiero que seas mi refugio temporal—susurró ella, con voz temblorosa—. Quiero que seamos reales.

Brady deslizó los dedos por su cabello, hundiéndolos con ternura.

—Lo somos, Marcia—aseguró—. Lo hemos sido desde el primer momento. Me obsesionaste desde el minuto uno, y lo que vivimos... Solo reforzó mis sentimientos. Eres la mujer de mi vida.

Ella cerró los ojos, permitiendo que esas palabras se instalaran en su corazón. Porque sí, lo sentía en cada fibra de su ser.

—Me hace tan feliz saberlo, sentirlo. Porque tú... Tú eres el hombre que amo. Y esta vez lo siento en mi estómago, en mi pecho, en mi cabeza. Te amo con todo lo que soy.

—Bendecido que soy—dijo, y la devoró, tragándose cualquier otra palabra que quisiese verter.

Capítulo 22

El sol nacía sobre Nueva York cuando Marcia despertó.

La calidez de Brady contra su piel, el rítmico ascenso y descenso de su pecho al respirar, la manera en que su nariz rozaba levemente su cuello... todo la hizo sonreír.

Una sonrisa genuina, nacida de la certeza de que, por primera vez en mucho tiempo, estaba donde quería estar. Donde la apreciaban y querían, y lo demostraban.

Se permitió permanecer quieta, disfrutando de la seguridad que le transmitía su presencia, del aroma a maderas y bergamota que flotaba en la cama, mezclado con el perfume más sutil y embriagador de la noche anterior.

Su cuerpo aún vibraba con el recuerdo del amor apasionado que habían compartido, de cada caricia, cada beso ardiente que había sellado sus palabras de compromiso mutuo, de amor correspondido.

Brady murmuró algo entre sueños y la atrajo más hacia él, deslizando una mano por su cadera con un gesto instintivo.

Su boca, aún adormilada, se posó en su hombro, dejando un beso perezoso que le hizo cerrar los ojos con un escalofrío placentero.

Sus labios descendieron morosos por la curva de su cuello en un roce que encendió cada fibra de su piel.

—Buenos días—murmuró él, su voz rasposa y profunda, acariciándole los sentidos.

—Buenos días—respondió ella, girándose en sus brazos.

Brady le sonrió con esa expresión de devoción tranquila, como si verla despertar a su lado fuera un privilegio que no se cansaría de recibir.

Sus dedos recorrieron su mejilla, delineando su pómulos con la misma reverencia con la que trazaba pinceladas sobre un lienzo.

—¿Sabes lo hermosa que estás ahora mismo?—musitó, su tono cargado de admiración genuina.

Marcia rio con suavidad, sintiendo cómo el calor le subía a las mejillas. No era una mujer de mañanas espléndidas, eso lo sabía, pero...

Él la veía así. No era un cumplido vacío, no con él.

Lo percibía en la manera en que la miraba, en cómo su cuerpo la buscaba con un deseo que iba más allá de lo físico.

—Tienes la costumbre de decir cosas que hacen que me derrita un poco—admitió en voz baja.

Brady sonrió contra su piel, antes de besarla con una ternura que poco a poco se convirtió en algo más.

El roce de sus labios fue lento, deliberado, un juego de tentación que les robó el aliento antes de que sus cuerpos volvieran a enredarse con la misma urgencia de la primera vez.

Fogata que ardía porque ambos eran madera seca y lista para encender ante la menor chispa. Un roce, un beso intenso, un mirar fogoso, y eran incendio.

Era increíble, y Marcia se revelaba en esta pasión. Brady descubría capas que no sabía estaban allí.

Una de ellas, su gusto por el lenguaje sucio. No sabía que podía ir de cero a cien con un par de frases. Pero sí.

<<No sé si puedo lograr que mis acuarelas hagan justicia a tus pezones>> le había dicho, succionando duro, haciéndola temblar.

<<Me encantaría pintarte así, arqueada para mí, crema en tu piel, ocre de tus picos. Expuesta tu cueva húmeda y rosa. Con trazas de mi semen, para que sepan que tienes dueño.>>

Uff, sí que la ponía. La puerta que tenía encerradas sus fantasías había sido abierta, y él era el dueño de la llave.

¿Otra capa?

Le encantaba el sexo oral. Ni hablar de que este no existió con Josh.

Con Brady, empero... Él se complacía en hacer a su coño cantar. Y devolverle el favor se había convertido en su obsesión, lo que enterraba su antigua idea de que era cansador, raro y mecánico.

No había nada de mecánico en la forma en que Brady reaccionaba cuando su lengua recorría su polla y sus labios succionaban sus testículos. *Joder*.

Le había dicho que quería probarlo todo con ella.

Deprivación sensorial. Eso sonaba intrigante. *Edging*, no tanto. Eso de esperar como una buena niña para obtener el orgasmo, y que este le fuera negado uno y otra vez...

Brady decía que esperar tenía su recompensa. Okay, podría funcionar.

Lo brutal de esto era que tenían el tiempo adelante por probar. Esto no era un ligue. Era una relación. Sana. Comenzaba sólida. Ambos la querían.

Marcia tomó aire, hondo, y apostó a calmar su ansiedad. Lo quería todo con él, pero ya.

Sí que había florecido y se había abierto. Esta intensidad no la tenía antes.

O no la había podido mostrar. Había temido asustar a sus parejas. Algunos hombres no daban la talla. Todo se trataba de ellos.

Brady... Él le daba el espacio para hacerlo, y la alentaba. Haría lo mismo para él, se prometió.

Lo miró, y le encontró dormido, otra vez. Marcia se deslizó fuera de la cama y caminó hacia la ventana, sosteniendo la sábana contra su piel desnuda.

Observó la ciudad que despertaba bajo el cielo teñido de dorado y lavanda, y no sintió temor ante lo que vendría.

Su vida estaba cambiando, pero esta vez, no era un cambio que le aterrara. Era uno que la llenaba de esperanza.

—¿Qué piensas?

Marcia giró el rostro, permitiendo que su sonrisa iluminara la mañana y encontró a Brady observándola, apoyado sobre un codo.

—Que por primera vez en mucho tiempo, sé exactamente dónde quiero estar.

Brady extendió una mano hacia ella, su invitación silenciosa cargada de promesas.

—Espero que sea aquí—palmeó su lado de la cama.

—No hay otro sitio donde me guste más estar—Fingió pensar—. Tal vez en Italia, en algún museo de Florencia o Roma.

—Está bien, si yo puedo ir contigo. Podríamos follar a la vera de un Caravaggio, o Modigliani—movió sus cejas en sensual gesto, y ella rio, y sacudió su cabeza.

—¡Blasfemia!

—No, mi musa. Paraíso.

++++

Los días pasaron con una cadencia distinta, una respiración pausada tras las semanas de vértigo y peligro. Marcia sentía el peso de la calma sobre sus hombros, una sensación extraña.

Debería sentirse pletórica, completa. Y en lo personal, en lo referente al amor y a la

familia, lo estaba. Sus padres estaban bien, aún dando la vuelta en un crucero.

Brady lo era todo para ella. Podía hacer lo que quisiera con su vida, que él la apoyaría. Y, sin embargo, no sabía qué quería.

El sol bañaba la terraza del piso de Boston. Habían vuelto.

El aire fresco de la mañana traía el aroma del café y de la ciudad despertando bajo ellos. Marcia sostenía su taza entre las manos, pero no bebía. Su mente estaba en otra parte, perdida en la incertidumbre de lo que venía después.

Brady un poco más lejos, lo notó.

—Dime en qué piensas—pidió, con esa voz baja y paciente que lograba hacerla hablar.

Ella alzó la vista, encontró su mirada cálida, y exhaló un suspiro.

—En lo que sigue —confesó—. En qué hago ahora que todo ha cambiado. Ya no tengo que correr, pero... ¿qué significa eso para mí?

Brady dejó su taza en la mesa y tendió la mano hasta la suya, cubriéndola con una calidez tranquilizadora.

—Significa que puedes elegir, Marcia. No estás atrapada. Eres libre. Bueno, salvo para correr de mí—sonrió.

—Nunca—prometió.

Libre. La palabra le pesó en la lengua, poderosa y aterradora a la vez.

Durante demasiado tiempo, su vida había estado dictada por las circunstancias: su carrera, que adoraba, pero era vital para pagar sus expensas y el préstamo estudiantil.

Josh, que la había absorbido en su narcisismo. La huida y el miedo en el último año.

Ahora que todo estaba en calma, ¿quién era ella sin eso? Lo único seguro que tenía y quería era su rol junto a Brady.

—Puedo volver a mi trabajo en el museo—murmuró, deslizando un dedo por el borde de su taza—. Pero no sé si eso es suficiente. Antes lo era, pero...

Brady asintió, dándole espacio para procesar.

—Siento que necesito más —continuó, su ceño frunciéndose levemente—. Algo que me haga sentir que esto valió la pena. Que lo que pasé no fue en vano.

Brady se inclinó hacia adelante, apoyando los codos en la mesa, sus ojos fijos en ella con un interés genuino.

—¿Y qué es ese *algo más*?

Marcia mordió su labio, sopesando su respuesta.

El arte siempre había sido su pasión, pero había visto su lado oscuro. Había aprendido cómo los criminales lo manipulaban, cómo lo convertían en una simple mercancía para el lavado de dinero.

Y eso la enfurecía.

—Quiero ayudar a recuperar lo que fue robado—dijo, su voz cobrando firmeza a medida que hablaba—. Trabajar para ayudar a devolver las piezas de arte robadas a quienes las aprecian. A sus verdaderos dueños.

—Eso suena adecuado para ti. Lo aplaudo—sentenció él, sin demora.

Marcia parpadeó, sorprendida por la rapidez con la que él lo aceptaba, sin cuestionarla.

Joder, ella se cuestionaba. ¿Qué hacer? ¿Dónde empezar? ¿Con qué medios?

—¿Realmente lo crees?

—Adoras el arte, sabes de él, y tienes un fuerte sentido de la justicia. Eres la persona perfecta para hacer eso.

Ella dejó escapar una risa suave, relajando los hombros. No había esperado sentirse tan

comprendida.

—Ven—la llamó, y ella fue, obediente.

Se sentó en su falda, y Brady olió su cabello y su piel. Sensorial que era(aunque a ella le encantaba). Deslizó su pulgar sobre el dorso de su mano, una caricia lenta, distraída, íntima.

—¿Y tú? —preguntó ella, mirándolo con curiosidad—. ¿Qué sigue para ti?

Brady sostuvo su mirada antes de responder.

—Pintar. Eso no cambia. Aunque confieso que esta experiencia fue... removedor.

Ella suspiró.

—Hubiese querido no arrastrarte conmigo.

—Pero, ¿qué dices? Fui el que más gané. Estás conmigo gracias a eso, y además...—se puso serio, y la miró fijo—. Estar en control la mayor parte del tiempo, ser el protector, el guía... Créeme que se sintió bien. Declan fue eso en mi vida, y sentirme fuerte a tu lado me hizo valorar otra faceta mía.

—Me alegra muchísimo. Para mí eres el hombre que me dio cobijo, que me rodeó de cuidados y guardias, el que se jugó y luchó por mí. El hombre que quiero.

El beso, inevitable, fue lento, extendido, suave. Romántico y sin urgencia.

Cuando se separaron, él siguió hablando.

—Tengo deseos de hacer algo más con mi arte, también. Más allá de pintar para galerías y coleccionistas adinerados. Contar historias reales a través de mi pincel.

Marcia apoyó la barbilla en su mano, observándolo con una mezcla de admiración y cariño.

—Eso suena jodidamente romántico, en el sentido pictórico. Podrías viajar, pintar sitios cuya belleza nadie ve. O retratar a la gente que no es perfecta, o bonita, o canónica. O...

Brady soltó una risa baja.

—Mi musa en todo sentido—murmuró él contra su boca—. Viaja conmigo por el mundo mientras te pinto una y otra vez.

Marcia rio, deslizando los dedos por su nuca, atrayéndolo más cerca.

—¿Y cómo pago mis gastos, mis...?

Brady dejó un beso en la comisura de su boca antes de responder.

—Cuando seas mi esposa, no tendrás necesidad de preocuparte por eso. Joder, ¿qué digo? No tienes que hacerlo—Muy serio, se enderezó, y ella también, sobre sus muslos—. Lo que tengo es tuyo, y es suficiente para varias vidas de las buenas.

—Sé que tu generosidad está a la par de tu talento, y aceptaré ayudas, pero quiero tener mis ingresos, mi dinero.

—Por supuesto. Pero me dolería que dejes de hacer lo que quieres o tomar lo que deseas porque crees que no puedes pagarlo.

—Soy de bajo mantenimiento, muchas gracias—rio ella, y le besó el mentón, y él rio bajo.

—Pues yo, no tanto, pero puedo intentarlo.

La tensión que había sentido por la incertidumbre de su futuro se desvaneció. Porque no importaba lo que decidiera hacer, Brady la respaldaría. Y no pensaba en lo económico, sino en lo emocional, en lo físico.

Aunque sabía lo que su abuela diría. *No hay nada malo en dejar que un hombre consienta a su chica. Todas esas peroogrulladas de la independencia están bien, pero ¿qué hay de malo en dejarse mimar y en aceptar lo que una merece?*

Capítulo 23

Las semanas siguientes fueron un remanso de calma. Tanto Marcia como Brady encontraron en esos días la oportunidad de redescubrirse, de fortalecer la relación que había comenzado a trompicones en medio del temor.

Brady pasaba horas en su estudio, pincel en mano, dando vida a nuevas creaciones que parecían llevar en cada trazo las emociones que había reprimido durante tanto tiempo.

Su arte se veía transformado. Ya no era solo una expresión estética, sino un testimonio de su camino, de su evolución, de lo que había encontrado en Marcia.

Ella lo observaba muchas veces en silencio, fascinada por la concentración en su rostro, por la manera en que sus dedos recorrían el lienzo con pasión y determinación.

Además de disfrutar del tiempo libre sin apremios, Marcia se dedicó a explorar nuevas oportunidades.

Pasaba horas navegando en su laptop, leyendo sobre equipos especializados en recuperación de arte robado. Organizaciones internacionales, grupos privados, agencias gubernamentales.

Cada historia de una obra recuperada y devuelta a su legítimo dueño encendía la resolución en su interior.

—No puedo dejar de pensar en esto—le confesó una noche a Brady, mientras cenaban.

Él la observó con atención, girando su copa de vino entre los dedos.

—Entonces, encuentra la manera de hacerlo tuyo.

Sus palabras le dieron el empujón que necesitaba. Al día siguiente, decidió hacer llamadas.

Primero contactó a un antiguo colega del museo, un restaurador con conexiones en el mundo de la restitución de obras. También escribió a una profesora de su época universitaria, quien solía colaborar con investigadores en casos de falsificación.

*<<Si esto es lo que quieres, Marcia, te recomiendo que hables con alguien del FBI. Harías un gran trabajo>>*le contestó esta.

El FBI tenía una división de crímenes de arte, y Marcia lo sabía de primera mano.

Durante el proceso contra Josh, en el que declaró, conoció fugazmente al agente Langford, un hombre de unos cincuenta años, con mirada sagaz y un aire de cansancio que solo daba la experiencia.

No tenía forma de contactarlo directamente, pero sabía quién sí podía.

—Pipen, necesito un favor.

La llamada fue breve. Pipen no preguntó demasiado, solo escuchó y prometió hacer algunas conexiones.

Tres días después, recibió un mensaje suyo.

PIPEN: *Langford dice que tiene unos minutos mañana para hablar contigo. Aquí tienes su número. Haz que valga la pena.*

Marcia sonrió. Por supuesto que lo haría.

Cuando finalmente se sentó a hablar con Langford, el agente no perdió el tiempo con rodeos.

—¿Por qué estás interesada en esto, Marcia?

Ella tomó aire y respondió con honestidad.

—Porque el arte no debería ser solo un negocio sucio. Porque detrás de cada cuadro robado hay una familia que lo perdió, un museo que fue saqueado, una historia que fue

silenciada.

Langford la estudió en silencio durante unos segundos que parecieron eternos. Luego, asintió.

—Necesitamos gente con esa convicción. Hay un equipo que trabaja en rastrear piezas desaparecidas, en colaboración con fundaciones y expertos. No es un empleo en el FBI, pero podrías encajar bien en el proyecto. ¿Quieres que te ponga en contacto con ellos?

La emoción la golpeó con fuerza.

—Sí. Sí, por favor.

La oferta no tardó en llegar, y cuando recibió el correo con la confirmación, corrió a buscar a Brady.

Él estaba en su estudio, trazando bocetos en carboncillo. Ella se quedó en la puerta, observándolo por un momento, sintiendo el vértigo de lo que estaba a punto de decirle.

—¿Tienes un minuto?

Brady levantó la mirada y sonrió de inmediato.

—Siempre.

Marcia avanzó y se sentó en la mesa frente a él, con su móvil aún en la mano.

—Lo conseguí. Me ofrecieron el puesto.

Los ojos de Brady brillaron.

—Sabía que lo harías.

—No sabes ni lo que es, el puesto, el lugar—protestó.

—No. Pero...—Se inclinó hacia adelante, apoyando el antebrazo en la mesa—. Te importa a ti, y eso me basta.

Ella sintió un nudo en la garganta. No estaba acostumbrada al apoyo incondicional, pero él trabajaba arduo para aclimatarla.

Brady tomó su mano, la giró y besó sus nudillos con ternura.

—Eres increíble, Marcia.

Ella sonrió, bajando la mirada un instante antes de volver a encontrarse con la suya.

—¿Sabes que voy a viajar mucho, verdad?

Brady soltó una risa baja y se encogió de hombros.

—Podría ir contigo. Pintar en cada ciudad, cada país.

Marcia rio, apoyando la frente contra la suya.

—¿Así que quieres convertirte en el pintor errante de una musa obstinada?

Brady deslizó la mano por su cintura, atrayéndola más cerca.

—O tal vez solo quiero seguir viéndote brillar.

El invierno comenzó a ceder paso a la primavera, y con ello, Marcia y Brady se encontraron cada vez más enredados en la construcción de su nueva vida.

Una mañana, mientras compartían el desayuno, Brady dejó su taza de café sobre la mesa y la miró con una sonrisa juguetona.

—Tengo algo para ti—dijo con ese tono que siempre despertaba su curiosidad.

—Oh, dime, ¿qué es?—dijo, con expectación.

Él le extendió un sobre. Marcia lo tomó y lo abrió rápido, sus ojos recorriendo las palabras escritas en el interior. Su corazón se detuvo por un instante.

—¿Italia?—susurró, alzando la mirada hacia él, incrédula.

Brady se encogió de hombros con una sonrisa encantadora.

—Dijiste que querías sumergirte en la historia del arte... ¿y qué mejor manera de hacerlo que con un viaje a Florencia, Roma, Venecia? Podemos recorrer cada museo, cada calle

adoquinada, cada rincón donde los grandes pintores dejaron su huella.

Marcia sintió un nudo en la garganta. No era el viaje en sí, sino lo que representaba. Una invitación a seguir explorando, a seguir construyendo juntos.

—Brady... esto es...—parpadeó, sintiendo el ardor en sus ojos—. Es demasiado.

—No es demasiado—interrumpió él, tomando su mano—. Es lo que mereces. Y si me permites, me encantaría compartirlo contigo.

Ella dejó escapar una risa emocionada, asintiendo antes de lanzarse a sus brazos. Lo besó con fuerza, vertiendo en el contacto toda la emoción contenida.

Cuando se separaron, Brady apoyó su frente contra la de ella.

—Nuestra historia apenas comienza—susurró.

Marcia cerró los ojos y sonrió.

—No puedo esperar a ver lo que nos depara el futuro.

Desenlace

El avión aterrizó con suavidad en el pequeño aeropuerto de Florencia, y Marcia sintió el impacto de la ciudad apenas llegaron.

La brisa primaveral traía consigo el aroma de glicinas y jazmines enredados en antiguas fachadas, el calor de la piedra bañada por siglos de historia, el murmullo de una lengua melódica que no dominaba, pero que sonaba como música.

La cuna del arte renacentista, el epicentro de todo lo que había admirado desde niña.

Brady la observó con una sonrisa de satisfacción.

—¿Feliz?

—Más que eso. No puedo creerlo—dijo, y alzó los brazos, girando, y él rio, abrazándola.

Se hospedaron en un hotel boutique en el corazón del casco histórico, un antiguo palazzo restaurado, cuyos balcones daban a la Piazza della Signoria.

Marcia se quedó sin aliento cuando entraron a su habitación.

Las ventanas arqueadas se abrían hacia el Duomo, con su cúpula majestuosa pintada de ocre y rojo profundo, recortándose contra el cielo azul.

—Oh, esto va a ser como despertar dentro de una pintura. Santo Dios...—susurró, acercándose para tocar con la yema de los dedos la baranda de hierro forjado.

Brady se apoyó en el marco de la puerta, con las manos en los bolsillos, disfrutando de su reacción.

—No es mal despertar, ¿verdad?

Marcia rio, dándose la vuelta para mirarlo con emoción que fluía por todos sus poros.

—Es mejor de lo que imaginé.

Él se acercó lentamente, deslizando los brazos alrededor de su cintura y apoyando su barbilla en su hombro. Marcia se dejó envolver en su abrazo. Brazos que la centraban, que la hacían sentirse segura.

—Entonces prepárate, porque apenas comenzamos.

Los días siguientes fueron un sueño.

Recorrieron Florencia sin prisas, perdiéndose en sus calles adoquinadas, con Brady llevándola de la mano, como si hubiera sido su hogar en otra vida.

—Este lugar está hecho para caminarlo—dijo él, guiándola por el Ponte Vecchio, donde el oro relucía en los escaparates de los joyeros—. Para descubrirlo en cada esquina.

Vieron el atardecer desde la Piazzale Michelangelo, con la ciudad extendiéndose bajo ellos en una explosión de tonos cálidos.

El río Arno reflejaba los últimos destellos del día, y Marcia sintió que la realidad se doblaba sobre sí misma.

En la Galleria degli Uffizi, Brady la miró más de lo que observó las pinturas. Después de todo, no era su primera vez aquí, y para él, no había mejor obra que Marcia.

Ella entonces se detuvo largo rato frente al *Nacimiento de Venus*, embelesada, su mirada atrapada en la delicadeza del trazo de Botticelli.

—No me mires así—susurró sin girarse, adivinando su presencia detrás de ella.

Brady sonrió, apoyándose en la baranda de madera junto a ella.

—No puedo evitarlo.

Ella lo miró de reojo, mordiéndose el labio, consciente de la tensión que vibraba entre ellos.

Y entonces, llegó Venecia.

El tren los llevó a la ciudad flotante, donde el agua reflejaba los balcones desvencijados y la historia se respiraba en cada rincón.

Tomaron una góndola al atardecer, cuando los turistas ya se retiraban, y la ciudad parecía pertenecerles solo a ellos.

Brady la sostuvo contra su pecho mientras el gondolero los deslizaba entre los canales estrechos, el rumor del agua contra la madera envolviéndolos en una burbuja de intimidad.

—No me digas que este lugar no te parece sacado de un sueño—susurró Marcia, girando el rostro hacia él.

Brady deslizó una mano por su mejilla y besó su frente, sus labios, su cuello, en una serie de caricias lentas que la hicieron estremecerse.

—Es bonito. Pero mi sueño eres tú, y encuentro a Venecia un pelín pálida en comparación.

Ella resopló.

—Halagador. Pero tus palabras podrían llevarte lejos.

—O profundo—dijo muy bajito, y ella se ruborizó.

Era incorregible. Y le daba ideas. Malas, malas ideas.

El hotel palacio del siglo XVI en el que se hospedaron tenía techos altos pintados a mano y lámparas de Murano que proyectaban reflejos suaves sobre las paredes de terciopelo rojo.

Marcia se quedó en el umbral de la habitación, impregnándose del ambiente decadente y seductor del lugar.

Brady cerró la puerta tras ellos y se acercó con pasos lentos, como si no hubiera prisa, como si el tiempo les perteneciera.

La tomó de la cintura, la atrajo hacia él.

—Esta noche, quiero que solo pienses en nosotros. En esto.

Marcia alzó la vista, su respiración agitada. El deseo en los ojos de Brady era un imán.

Dejó que sus labios se encontraran, que la pasión acumulada en cada paseo, cada susurro, cada roce casual, estallara en ese instante. No había prisa, pero tampoco duda.

Su boca se apoderó de la de ella con la misma precisión con la que esbozaba trazos en sus lienzos. Sabía cómo explorar, cómo dibujar el contorno de sus labios con la lengua, cómo saborear cada jadeo entrecortado que escapaba de su garganta.

Sus manos se deslizaron por su espalda, recorriendo la tela suave de su vestido, delineando su piel a través de la seda.

Marcia se aferró a sus hombros, su cuerpo cediendo a la fuerza contenida en él, pero sin perder su propia voluntad.

Sus dedos se enredaron en su cabello oscuro, tirando con suavidad, como si quisiera asegurarse de que ese momento fuera real, que Brady estaba ahí, con ella, en cuerpo y alma.

Él la alzó con facilidad, sus labios nunca separándose de los de ella, y la llevó hasta la enorme cama de dosel. El colchón cedió bajo su peso cuando la depositó con cuidado, como si fuera un tesoro.

Marcia quedó tendida sobre las sábanas de lino, su respiración agitada y sus mejillas encendidas. Brady la miró, sus ojos oscuros brillando.

Venecia, afuera, dormía. Pero dentro de esas paredes centenarias, el tiempo dejó de existir.

—Quiero hacerte el amor, Marcia, y complacerte—musitó, y ella se estremeció.

—Eso quiero también. Hoy... ¿Será hoy el día en que me enseñes algunas de las prácticas que solías ejecutar con otras?

Se atrevió a decirlo. Habían hablado de eso, brevemente, cuando le había encontrado borrando las aplicaciones de su móvil. Había sido una limpieza del pasado, y el compromiso con ella.

La curiosidad le había hecho preguntar entonces, y le alivió que él hubiese decidido que ella bastaba. *Solo tú. Nadie como tú.*

El día en que vio la bolsa de cuero en lo alto del clóset, y la abrió con curiosidad, se había puesto bordó. Cuero en esposas, collares y crops, además de plugs y falos varios. Le había volado la cabeza, y le asustó. Ella no... Nunca...

Se lo había dicho, porque no podía no hacerlo. Él había asentido, sin molestia, y le dijo que solía sazonar el sexo *cuando no sabía tan bueno. No lo necesito contigo, Marcia. Tu eres todo lo que quiero. Pero podemos probar, cuando desees.*

Ahora, ante su demanda, Brady elevó una ceja, y sonrió. Se inclinó sobre ella, su peso apoyado en un brazo mientras el otro delineaba su perfil con la yema de los dedos, recorriendo el arco de su cuello hasta su clavícula, deslizándose con reverencia por el borde del vestido.

—Tengo un par de elementos nuevos, esperando. Solo para ti.

Caminó como un puma hasta su maleta, y de una cajita de cuero extrajo un pequeño objeto. Lo trajo. Era un plug no muy grueso, con una piedra en azul en su extremo.

—Un juguete hecho a pedido. Me tomó tiempo lograr este color, que es el de tus ojos, amor mío.

Sería romántico si no fuese tan erótico... Ella parpadeó, los ojos grandes.

Le miró moverse con calma, y colocar lubricante en el extremo que por lógica debía ir... Allá abajo, en su zona más privada. Ohh, por Dios, esto era... Intrigante.

—Desnúdate, Marcia, y tiéndete en la cama. De espaldas. Piernas abiertas.

Ella casi se cae en el apuro por obedecer.

—Buena chica, tan dispuesta—murmuró él, y su voz pareció recorrer su columna.

Vino a ella y su mano acarició sus glúteos desnudos, y luego, sintió sus dedos en su entrada trasera. Tocando, leve.

—Tan jodidamente apretado. Tomará días y días prepararte para mí. Esto hará el trabajo. Tengo una colección de cuatro así, mi Madonna. Tu roseta se expandirá como una flor en primavera.

Ella gimió, un sonido raro que nunca había hecho. En su defensa, nunca le habían dicho algo así, y la perspectiva adelante era... De nuevo, intrigante.

La intrusión se sintió molesta, el metal frío en su orificio, pero como estuvo acompañada de caricias en su vulva, besos a su espalda y tortura a su clítoris, pronto olvidó el objeto extraño en su cuerpo.

—Hermosa. Te pintaré así, algún día. Solo para mí, para mi deleite. Mi propia Madonna desnuda, con un plug anal y antifaz. ¿Qué dices?

Su lengua se deslizó del clítoris al ano, y ella vibró.

—Muy... contemporáneo.

Brady rio.

—Nunca había pensado en lo increíble de una colección privada, pero la idea crece en mí.

Marcia tembló, y cuando él se tendió sobre ella, atrapándola, apretándola con su cuerpo atlético, suspiró.

Sus cuerpos encajaban con naturalidad. Los labios de Brady encontraron la piel de su cuello, dejando un sendero de besos húmedos que hicieron que Marcia arqueara la espalda, buscando más, perdiéndose en la sensación.

Cada caricia y roce hacía que perdiera asidero de la realidad. La devoción y el deseo se entrelazaron en cada suspiro ahogado contra la piel.

Brady se tomó su tiempo, adorándola con sus manos, con su boca, con cada parte de sí mismo. Cuando su polla la penetró, su bajo vientre pareció muy lleno.

—Me comprimes... Jodido paraíso...—gruñó, y comenzó un ritmo atronador.

—Ohh

—Te voy a marcar. Voy a llenarte. Como lo prometí, tu coño va a ser bautizado en cada ciudad que pisemos.

Se lo había dicho en Florencia, y cumplió su palabra en Torino, en Roma, y ahora aquí.

Se movieron juntos, en un ritmo que no necesitaba palabras, solo el lenguaje de los cuerpos. Sus nombres se convirtieron en susurros, en jadeos, en una sinfonía de deseo y rendición.

La habitación se llenó de su aliento entrecortado, del roce de piel contra piel, de la sensación de dos almas encontrándose en la intimidad más pura.

Y cuando el clímax los alcanzó, fue como una ola rompiendo contra la orilla, un instante suspendido en el que todo lo demás dejó de importar.

Brady la sostuvo contra él. Sus dedos trazaron círculos perezosos en su espalda, y ella cerró los ojos, disfrutando de la seguridad que le brindaban sus brazos.

Venecia seguía dormida.

Pero en esa habitación, dentro de esas paredes centenarias, ellos estaban más vivos que nunca.

LEE LA HISTORIA DE **LOUIE** Y **ELIJAH** AQUÍ: rxe.me/C9PTL

LA SERIE AGENCIA **PIPEN** COMIENZA CON LA NOVELA DE **PIPEN**:
RESERVA AQUÍ: rxe.me/D94R72

FIN

Novedades

Siempre termino mis novelas con un GRACIAS. Por elegirme, por leer mis historias. No es poca cosa, y lo aprecio. Quiero contarte que:

- Si quieres ver lo que he publicado y acceder a los enlaces de lo que se viene, o lo que te falta leer, puedes ir a esta página: subscribepage.io/Uu7Okf
- Mi Instagram y mi Newsletter (te puedes suscribir en el enlace anterior) son mis canales más ágiles de información.

Te invito a seguirme: **@mayarstone** en IG

- La serie O'Malley termina con Louie, pero comienza la de la Agencia Pipen.
- También continuarán las de los Caballeros Oscuros (moteros) y Pecados de Savannah (millonarios del sur de EE.UU).

Así que habrá mucho más por leer en este 2025.

Espero que me acompañes.

Maya